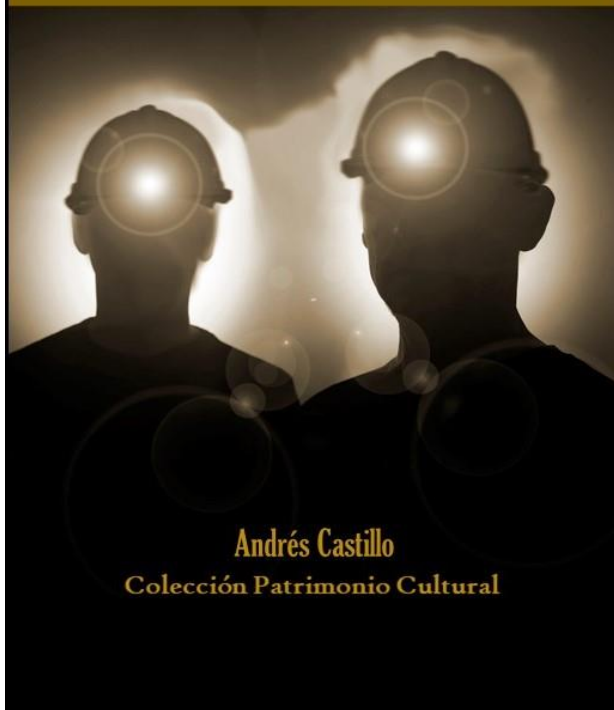


EL LUGAR DE LAS PIEDRAS ARDIENTES



EL LUGAR DE LAS PIEDRAS ARDIENTES

©Andrés Castillo A.

Registro de la Propiedad intelectual: 298.549

ISBN: 978-956-8969-44-8

Directora- editora: Ingrid Odgers Toloza

Diseño general de Impresión: Juvenal Carreño

Diseño de Portada:

tallercuatromanos@GMAIL.COM

Imagen: Andrés Castillo A.

Editado e Impreso por Ediciones Orlando

edicionesorlando@gmail.com

Celular: 961559699

Avenida 21 de mayo 2659 – Cs. 12 Concepción,

Chile MARZO 2022

Auspicio: Fundación Artística y Cultural Bután

www.fundacionbutan.cl

Impreso en Chile / Printed in Chile

Índice

Dedicatoria.....	7
Prólogo.....	9
PRIMERA PARTE.....	15
Capítulo I.....	16
Capítulo II.....	54
Capítulo III.....	68
Capítulo IV.....	89
Capítulo V.....	98
SEGUNDA PARTE.....	136
Capítulo VI.....	137
Capítulo VII.....	204
Capítulo VIII.....	224
Capítulo IX.....	252
Capítulo X.....	264
Epílogo.....	284

DEDICATORIA

A mi esposa Andrea y a mis hijos Andrés y Daniela. Porque ellos continuarán llevando el legado, el tesoro de la memoria.

EL LUGAR DE LAS PIEDRAS ARDIENTES

PRÓLOGO

Por Ingrid Odgers Toloza

*La narración es capital entre todas las formas de
arte verbales porque constituye el
fundamento de tantas otras, a menudo incluso más
abstractas.
Walter Ong*

El libro tiene un protagonista principal, Iranio y el escenario primero es un pueblo llamado Tulahuén¹. De la pluma del escritor recorreremos los

¹ **Tulahuén** (en mapudungun: Tulawen 'Dodonaea viscosa') es una aldea de la comuna de Monte Patria, en la Provincia de Limarí, Región de Coquimbo de Chile.

yacimientos de Ausonia, Pampa Unión, una salitrera que existía al noreste de Antofagasta. Conoceremos al padre de Iranio, llamado Federico, que es hijo de madre irlandesa, la madre de Iranio era diaguita. Presenciamos la realidad de un pueblo campesino y pobre, donde la miseria se incrementó durante la primera guerra mundial, al poco tiempo los alemanes concibieron el salitre sintético para fabricar pólvora, cuando este mercado se globalizó, el comercio del salitre natural sucumbió. Pampa Unión había comenzado a cerrar todas sus operaciones salitreras. Todo acontece a inicios del siglo XX, la época del Charleston. Iranio crece en la miseria y con el apoyo de un sacerdote logra educarse y llegar a Superintendente de Minas más tarde en la mina de carbón de Schwager, en Coronel, pero su infancia y adolescencia se desenvuelve entre la pobreza, la falta total de afecto, la violencia del entorno y el duro trabajo en las salitreras y luego en el carbón.

Es este un libro escrito con claridad, un libro que ilumina, que abre puertas y a su vez senderos,

es posible salir de la pobreza con un estoicismo casi heroico, una serenidad que nos deja perplejos, un trabajo duro, extenuante, y un deseo firme: trabajar, trabajar, porque se es el sustento de la familia. No hay amor más grande que este, lo refleja Andrés Castillo en su relato, a través del protagonista, tan nítido como potente y esta percepción estremece fuertemente, y esta lucha se adhiere al ser interior con la intensidad del relato, es imposible no conmoverse.

Todos sabemos que la narración contiene dos grandes niveles de desarrollo ², el de los hechos (que interiorizamos en referencia a los temas que circulan histórica y cotidianamente) ³ y, el nivel de subjetividad.

Entonces se puede afirmar que la acción de narrar algo, contar algo en forma escrita es inherente al ser humano, es propio de hombres y mujeres y cada narración o escrito nace de lo cotidiano, de las vivencias del escritor en sus

² Páez Martínez (2011)

³ Héndez Puerto & González Gutiérrez, 2006

propias interpretaciones según como perciba o dilucide el objeto de su narración.

Precisamos que la narración es ejercida tanto por el que cuenta como por el que la recibe, de esta forma se transforma en una serie narrativa que trasciende tiempos, muda lo banal, redibuja lo cotidiano, en definitiva, resignifica aquello que se mantiene en el tiempo en la memoria, en la voz de las microhistorias humanas ofreciendo sentidos dentro de lo inesperado. La dura cotidianeidad el autor la refleja plenamente y conocer esta historia no puede dejarnos indiferentes.

Creo haberlo dicho anteriormente, respecto a la relevancia de las obras de Castillo Aguilera, registran el patrimonio cultural inmaterial de la zona del carbón, cuando decimos esto nos referimos a la producción humana misma, a la forma en que se expresan individuos y se relacionan dentro de las sociedades, o a cómo los grupos humanos se diferencian de otros. No creo que exista otro autor, en este siglo XXI, que haya

dejado impreso este rescate inmaterial del trabajo minero, de la realidad cruda y verdadera con tanta visión, estudio y pasión para dejar a las nuevas generaciones el legado, el tesoro de la memoria de un pueblo esforzado, valiente y diligente en su trabajo diario, donde tantos hombres forjaron su carácter y supieron salir adelante con el mismo empuje, la misma fuerza con la que realizaban sus labores.

Esperamos que este libro pueda llegar a la gran mayoría de chilenos y chilenas, como un valioso aporte a nuestro patrimonio cultural.

Fragmento.

El pájaro chucao comenzó a tronar en el bosque, canto, que sólo se le oía a intervalos, lejos del hábitat del hombre. Era un canto sorprendente que Iranio no había escuchado nunca, pero le atraía. Un canto profundo y primitivo. Largo rato se quedó en vano intentando ver desde dónde provenía; de entre los árboles o de los arbustos; y como no lo logró se sentó resignado en un tronco escuchando el extraño sonido que le parecía provocar un trance.

¡Lástima que no sea capaz de hablar con las aves o los

*animales como lo haces tú Michi! —le dijo Iranio.
¡Qué hermoso sería hablarle a esa ave de canto misterioso; y preguntarle algo de lo cual ella quisiera hablar; de su vida en el bosque; de sus amores; de sus hijos; de sus sueños o de sus penas!!*

Acordóse entonces de las veces que dibujaba con un carbón toda suerte de aves en bosques sombríos, de gruesos troncos enervados y gigantes. Ahora ya no necesitaba dibujar porque ante tal incomprensible y verdadera belleza se emocionaba, y en aquel amanecer, cuando observó salir el sol por detrás de la montaña, le ocurrió aquello que ya le había sucedido. Los colores de la aurora y el canto infinito de avecillas que despertaban al ritmo del firmamento; le hizo caer lágrimas de gozo, pero no ese gozo de felicidad que genera un éxito repentino, sino un llanto de dicha, incomprensión y dolor como si estuviese viendo al mismísimo dios, al verdadero. Cuando Michi lo miró a los ojos, Iranio disimuló su llanto como si fuese resultado de una risa, pero su fiel amigo guardó silencio hasta que las lágrimas se evaporaron al son de la brisa mañanera, se volatizaron, como el vapor que generaba la fuerza para el enganche de la locomotora.

Concepción, 28 de febrero de 2022

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Tulahuén era un pueblo pobre, ni siquiera alcanzaba para pueblo, un caserío de viejas casas empedradas en adobe, al pie de la precordillera, enfiladas a intervalos a lo largo del estero Grande que entre sauces añosos doblados por el viento; bajaba sinuoso desde los Andes recorriendo un largo y angosto valle que permitía a sus habitantes cultivar todo tipo de frutas, y Teodolinda; la madre de Iranio; las comercializaba, transformándolas en el medio de subsistencia de la familia porque Tulahuén no era el Edén, sino que la economía se basaba en el trabajo de la tierra y en la crianza de cabras como único sustento, su carne como alimento y la leche para los quesos, y como en aquellos tiempos no utilizaban el dinero –porque sencillamente no lo poseían– la economía se

desarrollaba mediante el trueque, llevando sus productos a la zona de Ovalle y retornaban con azúcar; fideos; arroz; aceite; hierba y otros alimentos. De este modo, retiraban de otras aldeas diaguitas de la zona lo que necesitaban para su alimentación, y los pagaban con los productos de la tierra, lo mismo sucedía con el vestuario.

El padre de Iranio, Federico; era un obrero que decía que su madre era hija de un irlandés traído como mercenario por el general Lynch, para combatir en la guerra del Pacífico. Federico siendo niño tuvo entre sus manos con orgullo la espada de su abuelo; pero como muchacho, en ocasiones jugaba con ella hasta que un día se quebró; y nunca se supo nada más de ella. Federico decía que su abuelo había nacido en Douglas, ciudad entre los ríos Doo y Glass, que en celta antiguo significaba oscuro y claro; por allá al otro lado del Atlántico; isla de Man, en el frío mar de Irlanda.

Federico tenía un caballo gris y de cola negra, de tan brillante pelaje que lo llamó Resbaloso. Además de su caballo tenía dos endemoniados perros: Uno se llamaba Ying y el otro Yang, hijos de la misma perra que los había criado como lobos salvajes, y aunque parecidos físicamente, eran tan distintos como la noche del día. Ying era algo tímido, retraído y paciente como las serpientes, a solas más bien era cobarde, pero se envalentonaba con Yang que era impulsivo, alocado y extremadamente bravo y violento.

Cuando Federico se casó con Teodolinda se fue con ella, su caballo y sus perros a trabajar a los yacimientos de Ausonia y luego como jefe de pampa en Pampa Unión que era una salitrera que aún existía; al noreste de Antofagasta. En aquel asentamiento Federico se mostró como un hombre de carácter tranquilo, pero al poco tiempo todos se percataron que el demonio se ocultaba en su ser,

portaba una barra de fierro al cinto, como una maza, y en ocasiones al imponer orden en las cantinas aparecía su lado intolerante y de violenta ira, y muchas veces los mineros tuvieron que sujetarlo para que no terminara en la cárcel por asesinato. Aun así, al poco tiempo el viejo ascendió y sus jefes ingleses lo nombraron alguacil, si de alguna forma se le podría así llamar. En aquellos tiempos; cuando comenzaba el siglo XX, esas tierras casi no tenían ley, cada cual la tomaba por sus propias manos, y con el fin de mantener el orden y deberes cívicos en aquellos territorios, a algunos ciudadanos se les asignaba la noble tarea de hacer cumplir la ley, pero éstos no eran elegidos por ser educados y de buenos hábitos, sino por fortaleza física y severidad de carácter, eran las divisas que les permitía imponerse en aquellas tierras del infierno en donde les había tentado residir. Con el tiempo Federico fue apodado don

Ferre, gozaba de gran respeto en Pampa Unión, nadie sabía cómo ni de dónde había salido aquel apodo; decían algunos que era el diminutivo de Federico; mientras otros suponían que era por su fuerte carácter y sus duros pesados puños, pero los menos ilusos, no tenían dudas que era por el macizo fierro que portaba al cinto.

Don Ferre recorría en su grisáceo corcel y sus feroces perros los vastos yacimientos salitreros, veía sus avances, los desórdenes o sistemas mal empleados, entregando los resultados a sus jefes, administradores de los yacimientos. Con un abrigo negro de cuello alto y un sombrero de ala ancha generaba la semblanza de un hombre gigantesco, misterioso y temido. A pesar de ello existía amor en su ser porque se despedía de Teodolinda con un beso tierno en la frente al amanecer, como si no fuera a regresar jamás. Salía de su casa de madrugada y se detenía un momento en el umbral,

alzaba la mirada hacia al lucero del alba, que titilaba en el manto cósmico de las constelaciones, era su rutina diaria o mejor dicho su ritual, justo antes del amanecer.

La casa de Federico estaba junto a estos campamentos y algunos policlínicos y pulperías que abastecían de alimentos y de licores a la población, y que con el tiempo también eran supervigilados por él. Era tanto el poder que infundía el gran Federico que se le admiraba y se le envidiaba, pero en secreto, los malandrines lo odiaban también. A pesar de parecer solitario y frío, en su corazón habitaba la bondad, aunque nadie se daba cuenta de aquello ni a nadie le importaba tampoco así que el viejo casi no tenía motivos para vivir, sólo lo mantenía vivo su conato, el cumplir por orgullo su deber, y para recibir de vez en cuando, ni siquiera una caricia, sino una vacía y fugaz sonrisa de su mujer. Pero

don Ferre era consciente de su forma de ser, así que comprendía y lo aceptaba, no le pedía nada más a su mujer, sólo la amaba, y al correr los años en Pampa Unión nacieron sus hijos: tres varones y dos mujeres.

A los días del nacimiento de Iranio, el menor, una gitana pasó por el pueblo y golpeó la puerta pidiendo cualquier cosa a cambio de ver el destino que le deparaba al recién nacido. Arrojó unas runas al piso y alzó a Iranio en sus brazos, luego, tomó azarosamente una runa y sin mirarla siquiera, suspendió al niño colgado por los pies cabeza abajo, como un murciélago, pero el niño no emitió gemido ni llanto alguno. La gitana observó la runa que resultó ser la berkana, al tiempo que exclamó una palabra en romaní que nadie entendió. Todos se miraron consternados entre sí, preguntándose que había querido decir la profetiza. Pero ésta no dijo nada, no quiso decir

palabra alguna y se quedó callada. De pronto llegó Federico y sorprendido le preguntó a la gitana que hacía allí. Ella le indicó que sólo deseaba proteger a su hijo del mal.

¿Y por qué debería protegerlo de aquello? — dijo Federico.

Porque si no es así, morirá solitario, lejos de su tierra y de sus padres. Y no tan solo eso, deambulará su alma pues no tendrá sepulcro alguno, a menos que, se convierta en religioso, en un cura tal vez, no lo sé—contestó consternada la gitana—o en un portador de la luz para que ilumine el rostro de los hombres.

Don Ferre estalló en carcajadas, pero luego cambió su semblante de serio a irritado y exclamó:

¡Acaso no te has dado cuenta anciana! ¡Dios ha muerto hace mucho tiempo! ¡Y con él han muerto todos los valores e ideales, así que puedes llevarte a tu dios a dónde se te plazca! — gritó

enfurecido.

La gitana se alejó advirtiéndole algo que Federico no pudo discernir si era una profecía o una maldición.

—¡Que tu hijo no se aleje como tú del sendero de dios! ¡Será su perdición! ¡La bestia no tiene misericordia, esperará por ti en las cavernas, en los abismos o en las tinieblas del bosque, y si andas por donde no debes, caerá sobre ti! —le gritó.

El abuelo materno de Federico, como ya se dijo, había luchado en la guerra del Pacífico, pero perdió un brazo en ella y aquel trauma siendo niño Federico, dejó en él, una secuela sicológica y es de suponer que, por esos motivos, para don Ferre, no existía un dios en realidad. Todo a lo que aspiraron sus ancestros en algún momento de sus vidas, había muerto en esa guerra. La cruz que portaba ahora era la del trabajo, y la veneraba más que a su vida misma, y ese era el sermón que pretendía que

predicaran sus hijos para que así un día le sucedieran en las jefaturas de las salitreras. Por ello, quería que vivieran las durezas de la vida, lejos del espíritu que: ¡Es sólo un bastón de la debilidad! — decía, y para evitar que desarrollaran su tendencia hacia la ociosidad y a los vicios que generan las comodidades de la vida, los inducía hacia la superación por la vía del trabajo y por cuenta propia—ser más de lo que creían poder ser— y no vivir pensando en la mano divina de la salvación, del asistencialismo o de la dependencia.

Teodolinda en cambio, de ascendencia diaguita, era religiosa producto de ese mismo temor a dios fomentado por la iglesia, devota de la parroquia del pueblo a la que asistía con sus hijos con regularidad y luego también con Iranio Del Carmen —así le puso—el segundo nombre: Del Carmen, en honor a la virgen, pero a escondidas de Federico que nunca lo supo.

Cuando la gitana abandonó el pueblo, Federico se burló de tal profecía e instruyó a Teodolinda a evitar que sus hijos vivieran la experiencia con el lado religioso de la vida – ¡Críalos con la razón y no con el espíritu! Así que los moldeó al modo de él, en una vida ausente de placeres y con el mayor contacto posible con el sudor resultante del trabajo de la tierra. Sólo así se harán fuertes—dijo Federico.

Teodolinda, a pesar de ser devota de dios, era dura e impersonal porque desde niña hizo frente en solitario a los tormentos de su entorno, lo que implicó que criara a sus hijos independientes y con lejano cariño materno. Era la realidad de un país campesino y pobre y cuya miseria se había acentuado durante la primera guerra mundial, cuando los ingleses se enfrascaron en conflicto con Alemania, pero al poco tiempo los ingeniosos alemanes inventaron el salitre sintético para

fabricar pólvora y su comercialización se globalizó, así que a los ingleses les salió el tiro por la culata porque murió el negocio del salitre natural y Pampa Unión había comenzado a cerrar todas sus operaciones salitreras. Federico continuó por un tiempo como jefe de pampa, pero luego se dio cuenta que era jefe de nada, la vida en aquella tierra se hizo precaria y hubo que regresar al pueblito de Tulahuén. Allí, Federico recomenzó, aunque no le fue fácil encontrar trabajo. Teodolinda, a falta de alimento, pedía fiado o recurría a la caridad del párroco o a la de sus vecinos tan hambrientos como ellos. La miseria tocó nuevamente la puerta de la familia, pero la madre nunca dejó de enviar a sus hijos a la escuela, un recorrido de media hora en donde René, el mayor de los hermanos, los trasladaba montados en Resbaloso.

Cuando llegaba el invierno a Tulahuén, la nieve bajaba frívola sobre la tierra fría llegando

hasta la barriga del gigantesco caballo. Proeza era para René sacarle trote a la bestia en esas condiciones, se apernaba al piso como los burros y no había forma de mover al terco animal. Pero cuando llegaba Federico, el caballo y sus perros le obedecían como un relámpago, y así los sentaba a todos a lomo desnudo sobre el resbaloso pelaje, pero a Iranio, por ser el menor y más pequeño, lo montaba en el último lugar aferrado a la sucia cola para no caerse, y de pasada, no ser pateado por éste. Así, a caballo, y acompañados por el Yin y el Yang recorrían a diario el camino de campo desde su mísero hogar hasta la escuela. Al llegar la tarde, Resbaloso había sido retirado por Federico así que regresaban a pie atravesando el paisaje rupestre, silencio sobre el silencio que hasta ese entonces era el único amigo de Iranio. No obstante, aquel amigo le agradaba, incluso, por momentos, lo hacía feliz, un pedazo de tierra, una choza en el campo, los

frutos y animales porque no necesitaba nada más para vivir. Pero allí, en la escuela, conoció por primera vez a los otros, a esos niños privilegiados, más fuertes y resueltos porque tenían una vida menos precaria o más benevolente dentro de las precariedades en las que vivía todo el pueblo. Entre ellos, debido a su origen extremadamente humilde se sentía inferior y postergado, lo sentía así, en todas aquellas actividades cotidianas en las que solía participar y que eran fomentadas por los maestros, como la cosecha de la manzana y la uva, el juego de pelar habas, el de la chueca y el de la pelota, y las carreras a pies descalzos alrededor de la escuela y,— cuando despertó en pleno al uso de la razón— Federico le dijo que dichos juegos le servirían para convertirse en ese otro, en ese ser inteligente, orgulloso y fuerte que debería competir y luchar para ganarle a la vida que era áspera y dura como la tierra. —Cuando lo hagas, te

sentirás orgulloso de ello, porque tu orgullo resplandecerá siempre frente a la humildad.— Pero Iranio no comprendía el mensaje de su padre, como tampoco imaginaba ese otro mundo aún, así que después de la escuela, como un animal que solo actúa al mandato del instinto de su ser, salía corriendo al encuentro de sus hermanos que lo llevaban a trabajar al cultivo de los patrones, al pastoreo o a la recolección de frutas y plantas comestibles, a la caza de conejos y a la pesca en el estero Grande. Proveídos ya de unas pocas frutas, como pago de sus labores, regresaban a casa al atardecer con su madre que dentro de su dureza era hacendosa y de buen corazón. En Teodolinda, en la profundidad del invierno de su alma, también existía una primavera invencible, con la perseverancia de mujer pobre que siempre fue, elaboraba finos telares con muchas figuras y colores que luego los comercializaba por migajas

en el pueblo. En cambio, su padre Federico, sin trabajo y frustrado, llegaba en ocasiones embriagado y de mal humor, Teodolinda lo encaraba generando fuertes discusiones y esto hacía que Federico le pegara, pero después de habérseles pasado la rabia volvían a tratarse bien otra vez.

Tales situaciones afectaron al pequeño Iranio quien comenzó a tartamudear y a volverse introvertido con una opresora timidez cribada por las circunstancias. Durante las clases en la escuelita de Tulahuén aquellos otros con los cuales había comenzado a jugar, ahora se burlaban de él, y para evadirlos dejó de asistir a la escuela y se ensimismó dibujando. Con un trozo de carbón madera y un viejo sucio cuaderno descolorido por el sol, trazaba toda suerte de paisajes, bosques inmensos y profundos, algunos extremadamente hermosos con juegos de sombras, candor y luz, pero otros en

cambio, parecían misteriosos, oscuros y siniestros.

Sus maestros mandaron llamar a Teodolinda porque solían ver a lo lejos a ese niño oculto en la orilla del estero, bajo la sombra de un sauce, hablaban con él, pero se negaba a regresar, pretendía aprender por sí mismo, como si sus maestros fueran los árboles, el viento y los pájaros. Y cuando se le acercaban escapaba nadando hacia la otra orilla y se internaba en el bosque de la hondonada. Era como si no necesitara nada más, sólo la pureza absoluta de su ser y la paz.

¡Hay que rescatar al muchacho antes que llegue a las tinieblas del bosque, muchos se han perdido allí y no han vuelto a plena luz otra vez! — dijeron los maestros a Teodolinda.

Pero Iranio al atardecer, cuando regresaba a su hogar, abría su barroso cuaderno de sueños, encontraba allí sus dibujos de verdes laderas,

frondosos helechos crecían al alero de las sombras, gruesos troncos enervados se elevaban hacia las alturas y en los peñascos, de pronto, un ave majestuosa apareció atalayando su presa, presta a lanzarse en picada y a pleno vuelo. Y con trazos enérgicos de su lápiz carbón, esbozó a esa ave majestuosa como si fuera el reflejo de su propio ser, como un juramento de que su naturaleza podía situarse e ir a cualquier parte a su voluntad, en compañía solo del viento y su soledad que eran las alas de su libertad.

El padre Clemencio a cargo de la parroquia y la escuelita de Tulahuén llegó a conversar con Teodolinda y Federico. Habló largamente y los padres escucharon con atención. Teodolinda prometió enviar a Iranio al internado al día siguiente, pero el niño escuchaba detrás de la puerta y tomó aquello como una traición. Se encerró en su cuarto sollozando desconsolado

hasta la mañana del siguiente día, cuando llegó el cura a buscarlo.

¡Aquí viene el padre Clemencio a buscarte, te vas a ir con él! —le gritó Teodolinda.

¡No quiero! ¡No quiero! —dijo Iranio, aferrándose a las faldas de su madre.

¿De veras no quieres? —replicó Teodolinda enfurecida, y lo agarró de las mechas tironeándolo y lo empujó hacia el cura diciéndole: ¡Vete con él y déjanos en paz maldito!

No se habla de ese modo a un niño —dijo el cura.

¡Lléveselo entonces de una vez si Usted mismo lo quiere! —exclamó llorando Teodolinda, un llanto lleno de remordimiento, desesperanza y desesperación que rompía como quien rompe un jarrón todo lo que ella pudo haber representado como madre ayer o mañana. A Iranio se le heló la sangre y después sintió como si hubiese quedado

huérfano porque desde ese día, no habría nada más entre ellos, cualquier sentimiento que pudo existir entre hijo y madre se enterró como una tumba en ese instante.

Vamos ya—le dijo con afecto el padre Clemencio. —En la escuela comerás tres veces al día, dormirás bien y te pondrás ropas limpias cada día. Esas palabras, aunque tiernas y protectoras, aumentaban más aún el desconsolado llanto de Iranio, pero aquella desesperanza no duraría mucho. El padre Clemencio, era un hombre adoctrinado, sabio, y como un modo de mantener ocupada la mente de los niños se le había ocurrido desarrollar la operación de un enclave económico allí, una institución distribuidora de productos; así, ya no se trataba sólo de una escuela, falta de recursos, y sin sentido ocupacional o propósito más que la de enseñar a leer, escribir y a sumar, sino de una misión estable, benefactora y consentida por la

población.

Los indígenas y campesinos llegaban de todas partes, tanto hombres como mujeres, y todos los días se presentaban ante el padre en un sector habilitado para eso en la escuelita de Tulahuén. En aquel tiempo, los treinta kilómetros de distancia entre Tulahuén y Ovalle era considerada como muy lejos, y no había ocasión de comprar las cosas necesarias. Algunos pobladores como si el mundo se fuera a acabar, pedían tabaco exaltadamente o de mala forma como si se tratara de una droga, otros pedían ají, otros, sal, cucharas, agujas, paños, etc.; todo lo que se les ocurría lo pedían vía trueque. El padre, sin alterarse, distribuía. Algunos cuando tenían necesidad de dinero traían vacas, cabras o novillos grandes y gordos, y a cambio de esos animales el cura les entregaba monedas o billetes. La escuelita de Tulahuén y su misión de pronto cumplía la función de organizar una nueva

economía en la zona con la colaboración activa de los niños y pasiva de algunos pobladores, como el caso de Teodolinda que colaboraba en ocasiones al padre Clemencio, mientras otros se incorporaban más activamente, asumiendo su papel como productores y compradores.

El proceso económico no terminó ahí. En la escuelita comenzó a abundar la carne de los animales comprados o trocados por productos; y viendo la gran cantidad de cueros de vaca que sobraban, el padre decidió establecer una industria casera. Aprovechando la mano de obra de los mismos alumnos que el padre instruía, les sacaban los cueros a los animales y luego los secaban para mandarlos después a Ovalle, intercambiándolos por otros productos, como sal, tabaco, vestuario, azúcar, zapatos, sombreros y todo cuanto hacía falta según el padre. Luego, para sacar de su ensimismamiento a Iranio y otorgar ocupación a

Federico, el padre Clemencio los enviaba junto a otros alumnos en un largo viaje en mulas a Ovalle. Aventura que duraba tres días. Uno de ida, uno de venta y otro de vuelta. Una vez en Ovalle, las pieles eran llevadas a la curtiduría y allí se vendían, recibiendo de esta manera un valor agregado, una plusvalía que se aprovechaba para comprar todo lo que faltaba en el pueblo. El mismo proceso se repetía año tras año. Y de esta forma, no sólo se desarrollaba el comercio simple de intercambio o trueque sino una industria incipiente. Los niños se educaban, producían y sus productos se vendían en la ciudad más cercana que era Ovalle, para convertirlos en dinero y, con este excedente, comprar lo que no se producía en Tulahuén.

Un día, al terminar la misa de un domingo, Iranio, con palabras de niño, aunque con maduro razonamiento, agradeció al cura por todo lo que había hecho por él. También hizo internamente las

paces con su madre, aunque una brecha de amargura siempre quedó en su mirada, aquel episodio doloroso, era una cicatriz evidente en su corazón, no obstante, ahora estaba en paz consigo mismo, comía, dormía bien y vestía ropa limpia, tal como se lo había prometido el padre Clemencio. Sin embargo, sólo cuando sea mayor se dará cuenta de mejor modo del verdadero alcance del triste acontecimiento con su madre, en su inconsciente estará grabado para siempre el abandono, el desapego del afecto necesario de sus propios padres. Es a sus progenitores, su corazón le parece decir que ha perdonado, pero a quienes en el sustrato de su psiquis no los perdonará jamás, por haberlo marginado del hogar, dejándolo en una especie de orfandad.

En este momento crítico de su vida, cerca de los diez años de edad, se produce un quiebre o fractura a nivel inconsciente en Iranio. Ha pasado

tiempo en el internado y ha absorbido la filosofía de vida espiritual del padre Clemencio, pero no está seguro si es el sendero religioso que señaló la gitana, el camino correcto.

A través de esta meta reflexión comienzan a aparecer nuevamente senderos que lo hacen mirar hacia la luz que proviene de los claros del bosque. Le entra la duda acerca si él puede determinar el camino o debe dejarse arrastrar por el designio de la gitana. Se da cuenta que está dividido en dos, atado a dos distintos contextos: Al padre Clemencio que lo induce a una vida civilizada, o a la libertad de esa ave que perdura en la soledad de su ser. Aun así, permanece junto al cura y lo acompaña muchas veces en sus misiones, y lo ve humillarse delante de otros padres cuando busca tan solo hacerles el gran favor de educar, alimentar y vestir a sus hijos. Más aún, ve como el padre Clemencio debe hacerles regalos a las madres y

demás parientes y a todos los que estén presentes cuando van a sus casas mal olientes a solicitarles las matrículas de sus hijos. Iranio comprende y comienza a conocer la verdadera naturaleza humana, muy distinta a la que deseaba el padre Clemencio, que sin estos estímulos no se puede conseguir nada por muy buenas razones que se aduzcan. Sólo por medio de regalos logra esta gente a la cual Iranio pertenece, entregar a sus hijos para que sean educados o instruidos. Así Iranio toma conciencia del sacrificio personal del religioso por las almas, pero definitivamente, sin mucho éxito. Se da cuenta que todo aquello no tiene sentido y paralelamente comienza a hostigarle la rutina cotidiana y regimentada del internado, aflora el deseo de ser de su esencia humana, con instintos contrapuestos a lo que predicaba el padre, en que casi todo lo humano era divino, pero contradictoriamente coartaba al ser, al gozo, al

placer que lo muestra como pecado. Sin embargo, se destaca su maleabilidad para adaptarse y soportar en forma no problemática esta extraña realidad del deber y la resignación. El padre Clemencio a la vez, sin notar el cambio en Iranio, o tal vez sí –nunca lo sabrá Iranio— intenta envolverlo cada vez más como lo hace una tela de araña, preparándolo como a un buen discípulo, y lo involucra en todas las funciones y asuntos de la misión habiendo muchos otros niños que merecen y deseaban tal designación. Pero en la vida religiosa también existen las dos caras del hombre que ilustran muchas aristas. Cierta día un profesor invocó argumentos referidos a que el padre hacía uso indebido y en beneficio propio de los recursos destinados a la gente. Fue doloroso para Iranio escuchar semejante infamia, pues arrojaba al abismo todo el trabajo que había puesto el padre en la escuela. Desde aquel día nada llegó a ser igual en

el internado y ya nadie miraba del mismo modo al padre Clemencio. La confianza se pierde una sola vez y tan fácilmente como una sola frase mal intencionada que cercena para siempre la mano creadora, afable y piadosa de un hombre. Entonces, después de cuatro años Iranio resuelve regresar a vivir con sus padres bajo la condición de continuar asistiendo a clases en la escuela. Aunque estuviese allí dos mil años predicando, jamás lograría ser ni formar buenos cristianos, nunca podría construir con los demás una sociedad verdaderamente civilizada, útiles a sí mismos porque los ideales y los valores—tal como se lo había dicho Federico a la gitana, se habían distorsionados, dios había muerto, y lo único que perdura eternamente era la naturaleza del hombre, su vida en esencia, el cuerpo, el deseo, la pasión, la ambición, el aquí y el ahora.

Tiempo después Federico encontró trabajo

como cuidador de caballos, pero como le pagaban poco lo abandonó. Era terco y como tal, hacía lo que le parecía y no lo que debía así que se fue a vivir en soledad a un fundo de otro patrón, para cuidarle los árboles frutales y las siembras, también velaba en la noche por los viñedos y por el ganado, dormía bajo las higueras para sorprender y lacear a los bandidos y cuatrereros por los pies. Y cuando esto ocurría, aparecería montado en Resbaloso y atravesaba la polvorienta avenida arrastrando a los bandidos hasta salir del pueblo. En una ocasión, un cuatrero robó un cordero y huyó a la montaña, pero Federico lo buscó con sus perros hasta encontrarlo, y a punta de revólver se lo trajo caminando desde los montes con el cordero al hombro, hasta el mismo pueblo. Federico ingresó triunfal por la avenida como Julio César a Roma; el cuatrero a tropiezos y exhausto con el cordero en sus espaldas, y don Ferre en su endemoniado caballo,

atalayándolo con su feroz mirada. Era atrevido, no cabe duda, pero tal atrevimiento terminó con su vida cierto día. Un atardecer, mientras regresaba con un grupo de jinetes galopando al pueblo, una profunda quebrada obligaba vadearla por un sendero a la redonda. El terco Federico, haciendo caso omiso de las advertencias de los jinetes no quiso rodearla, y evocando al hijo del viento espoleó su caballo y exclamó: — ¡Salta Resbaloso! ¡Crines al viento! Pero, aunque el fiel animal un enérgico y largo salto intentó, sus dos patas delanteras sólo rozaron la otra orilla, se quedó corto. Hombre y animal rodaron por el despeñadero. Así murió Federico, y al noble Resbaloso hubo que sacrificarlo allí mismo de un balazo.

Murió aplastado el gran Federico, por su propio caballo. Murió en su ley — dijeron.

Teodolinda, recordó la profecía de la gitana,

—el viejo terco se había desviado del sendero y la bestia cayó sobre él—y ante la inesperada muerte de su esposo, después de vaciar sus penas, sin brazos con que trabajar la tierra, sin un mísero leño con que hacer fuego, y ni siquiera un pedazo de pan con que mitigar el hambre, buscó cualquier trabajo. El padre Clemencio le consiguió una labor vespertina en una escuelita de Ovalle, trabajo que consistía en enseñar a leer a personas adultas. Tuvo que emigrar de Tulahuén dejando a los hermanos al cuidado del mayor, René, quien con quince años de edad se hizo cargo de Iván de trece, Iranio de diez, y de sus dos hermanas mayores Carmen y Cecilia, pero la ausencia de Teodolinda se prolongó por varios meses.

—Que vamos a comer ahora —preguntaban a René con tristeza sus hermanas.

—No se preocupen, no faltará —contestaba René, quien barría a diario el empolvado piso del

umbral de la casa porque, aunque siempre observó con soslayo las actividades de sus padres, y aunque nunca tuvo tampoco abrazo alguno de éstos, estuvo atento y ahora había tomado la bandera de lucha de la familia. Como el mayor de los hijos, a pesar de su juventud, tenía conciencia plena que la subsistencia de la familia recaía sobre él. Un acontecimiento en su niñez quizás lo había hecho madurar prematuramente. Durante los últimos años en Pampa Unión, aquellos años de crisis debido a la muerte del salitre, resistiendo la hostil vida en la pampa, Teodolinda instaló una choza precaria que ofrecía comida para los viajeros, personajes errantes en busca de trabajo rumbo a las salitreras. Cierta día, un boliviano ingresó a alimentarse a la precaria choza y al terminar su cena, mientras Teodolinda procedía a retirar los platos, el boliviano tuvo la mala idea de introducir su sudada mano por debajo de la falda de la mujer.

Sin dudarle siquiera, presa de su impotencia, Teodolinda contó lo ocurrido a Federico que al poco rato ya había llegado al lugar y su ira tampoco se hizo esperar. René, como niño inquieto que era, merodeaba por los cuartos de la choza, ignorante de la trama que se desenvolvía, observó tras una puerta como su padre se acercaba al extranjero, y vio como desenvainando don Ferre su macizo acero, golpeó como un rayo la cabeza de aquel pobre moreno quien cayó tieso y súbitamente al suelo, como un palo, y quedó muerto sin darse cuenta siquiera qué le había ocurrido. Finalizado el ataque, Federico cargó sobre sus hombros el bulto inerte y en la complicidad de la noche lo enterró en alguna montaña desértica del pueblo.

Durante la ausencia de Teodolinda, René instruía a sus hermanos y hermanas en labores metódicas y repetitivas de modo que la rutina diaria fluyera con eficiencia y naturalidad, cosa que

logró con éxito pues al tiempo de haber partido su madre a Ovalle se alimentaban de cebollas robadas de algún campo cercano, y solo con agua de pozo hervida a fuego de leños, se mantuvieron casi dos meses sobreviviendo gracias a esas cebollas. Y mientras comían cebollas crudas a la luz de una hoguera, Iván se burlaba de Iranio diciéndole: ¡Pumpulla!, porque de ese modo le recordaba a Iranio que cuando tenía seis años, tartamudeaba, y para evitar las burlas en la escuela, no hablaba, se mantenía mudo. Todos creían que se mantendría como tal el resto de su vida, pero cierto día, al comer por vez primera una cebolla, dijo nuevamente una palabra: ¡Pumpulla!, queriendo decir cebolla. Grandes risas y aplausos generaron en aquella oportunidad a sus padres y hermanos dicha proeza del niño analfabeto y mudo que había recuperado el habla y todos se regocijaban por ello.

En ocasiones viajaban a Ovalle para ver a su

madre, y durante el día con sus hermanos lograban reunir dinero acarreando las maletas de los pasajeros y las ancianas en la estación. Con diez años de edad y a pies descalzos, Iranio se apeaba las maletas sobre su hombro y con el propio impulso resultante del peso de éstas, avanzaba hacia la dirección que la anciana le indicaba, servicio que le era remunerado con míseras monedas pero que, al terminar el día, le permitía llegar a casa con comida para sus hermanas a cargo de las labores del hogar. No obstante, cuando Teodolinda regresó, encontró a sus dos hijas muy enfermas. Le pidió a dios que no enfermara también a sus hijos, en aquellos tiempos los hombres eran las columnas de la familia y si el supremo debía llevarse a alguien, que eligiera a las mujeres, pero no a los hombres. Al poco tiempo tan terrible petición se cumplió, Cecilia, la menor falleció de pena —según dijeron, y un par de meses

después también falleció Carmen, quien padecía de una extraña enfermedad en sus huesos. Iranio lloró, lloró en secreto por semanas desconsoladamente en soledad. La angustia y la hambruna las mató—pensaba. Incluso un remordimiento entró en él. Desde que Federico falleció, nunca pudo Iranio apagarles la pena, frenar sus lágrimas. Se sentía culpable.

No es nuestra culpa—le dijo René. Sucumbieron en la tristeza y finalmente el corazón enfermo se las llevó—.

La inesperada muerte de Federico, la ausencia de cariño materno, la hambruna permanente, y la tempranera marcha de sus hermanas poco a poco cultivaron en Iranio un inconsciente cuestionamiento a la existencia de su ser. Esto agravó su tormentosa tartamudez que le hizo pensar abandonar la escuelita del padre Clemencio. Confundido entró en soberbia y se

rebeló contra todo, y al terminar su octavo básico definitivamente la abandonó. En aquellas tierras transcurrieron tres años más de los trece de su mísera existencia, entre Tulahuén, Monte Patria, Ovalle y su vieja estación. Pero a esa edad no era un niño mimado, pues ya es sabido que su fría madre nunca le dio la oportunidad, como tampoco era un niño vago, porque recordaba el designio de su padre, así que solo le importaba trabajar en cualquier cosa para sobrevivir. El trabajo y su mente ocupada no le daban tiempo ahora ni le permitían tampoco cuestionar su existencia, porque en soledad, durante el verano, hallaba paz bajo esa higuera, en la falda de la ladera, y cuando llegaban las frías noches del invierno, se acercaba a los boliches con sus hermanos, sólo para reírse al oír las añosas historias de los ancianos, que entre los sones festivos de una canción con ritmo de charlestón, se acomodaban entre el calor humano

del aire viciado, olor a tonel de vino que emanaba de las podridas maderas del piso y mesones de las cantinas, oían como los viejos echaban a correr el vino y recordaban sus sueños mirando al infinito con una chispa en los ojos rojos y una gran sonrisa cargada de picardía. Cuando los ancianos caían en aquel mutismo y luego se dormían de embriaguez, Iranio se retiraba a dormir con sus hermanos entre la paja del granero cercano a su hogar; preferían vivir libres como las aves. Se calentaban frente a la hoguera, e Iranio observaba asombrado —igual que su padre— el manto cósmico de las estrellas, fijaba su mirada en Venus que titilaba solitario, colgando como un lucero en el azul profundo que se extendía en el cielo como un manto para morar. Se preguntaba entonces qué más habría para él en aquel finito mundo tosco y precario en el cual le había tocado nacer.

Capítulo II

Durante una noche a la luz de la hoguera del pajar, Peyo, un tranquilo muchacho campesino de catorce años, le dijo a Iranio que viajaran al norte, a las minas del desierto de Atacama para trabajar en los pirquenes.

Vivamos de las riquezas de la tierra que son los tesoros de la pasada guerra. ¡No en vano perdió el brazo tu tatarabuelo! —le dijo.

¡Y así lo hicieron!, abandonó a sus hermanos y se trasladó con Peyo al desierto más árido del mundo.

Pero a su tierna edad, Iranio no conocía en plenitud la maldad de los hombres, aunque desconfiaba de ellos. Llegaron a la ciudad de La Serena a conversar con Vicente, capataz de una mina de cobre en Incahuasi, —*Quechua: Casa del*

Inca—, y ambos muchachos le manifestaron sus deseos de trabajar en la mina. El hombre los aceptó y les dijo que varias carretas saldrían desde la ciudad a la mina dos días más tarde. Así, el día señalado, los muchachos viajaron en la parte trasera de una de ellas que brincó como potranca hasta que llegaron a Incahuasi, doscientos kilómetros al norte de Coquimbo, viaje que tardó una semana entera. Al llegar, ingresaron adoloridos, como contando los pasos, a una precaria bodega que era utilizada como comedor. Una veintena de hombres estaban comiendo allí a los cuales saludaron cortésmente, pasando luego a una oficina polvorienta como si no le hubiesen pasado un paño hace siglos y lo peor, es que era la del capataz que, sin perder tiempo alguno, los condujo a otra pequeña bodega y les dijo:

—Aquí dormirán ustedes y comerán dos veces al día, mañana se presentarán en el pique de

la mina a las siete de la mañana para comenzar a trabajar.

No había baños ni camas, solo cajones que oficiaban de velador y a falta de closets, clavos en donde colgaban las sucias ropas junto a los alimentos de los trabajadores, así que durmieron sobre sacos y cubiertos tan solo con las ropas que traían encima. A las siete de la mañana del siguiente día llegaron al pique después de desayunar un sándwich y un café. Lamentablemente, al poco tiempo los muchachos percibieron que el capataz Vicente era una mala persona, se había transformado en un trabajólico empedernido y para colmo era que en las mañanas saludaba de mala gana a su personal, y al proceder con el pago de sus míseros salarios, refunfuñaba y maldecía como si fuera una donación o el despilfarro de su dinero en un vicio.

El pique de la mina era un orificio de tres

metros de diámetro y dieciséis metros de profundidad. En la boca del pique tenía tres vigas apernadas en forma de arco, y en el larguero horizontal había una polea colgando por la cual pasaba un cable de acero que se enrollaba con un huinche que tenía en un extremo un tambor de doscientos litros. El tambor se subía o se bajaba con el mismo cable. El huinche se movía mediante un compresor energizado por un generador. En el extremo del cable se podía desenganchar el tambor y en su reemplazo se ataba un sucio neumático de camión mediante el cual Iranio y Peyo, igual que el tambor, eran bajados o subidos por el improvisado ascensor. Vicente con palancas comandaba el ascensor desde superficie, bajándolos o subiéndolos a intervalos de una hora. El profundo agujero vertical era atemorizador para un aprendiz que bajara por primera vez, pero los muchachos se acostumbraron a los pocos días de laborar en él. En

el fondo del pique avanzaban por un socavón oscuro, precariamente iluminados mediante lámparas de carburo que se fijaban sobre los cascos provistos por el capataz. Con hechizas carretillas trasladaban los trozos de tosca y material que contuviese mineral, lo vaciaban al tambor atado al mismo cable y una vez lleno, hacían sonar una campanilla mediante un cable que llegaba a superficie y avisaba al capataz para que activara el hinche haciendo subir el tambor. En ocasiones, se extraviaba la campanilla, así que cuando deseaban salir del pique sacudían el cable con un tirón que era como el cordón umbilical que unía el cielo con el infierno. Era una labor simple y repetitiva, pero dura y agotadora, sin embargo, no constituía grandes riesgos para los trabajadores, las paredes y techos eran recubiertas con macizos tablones que contenían las caídas de rocas o derrumbes por lo cual no requería de complejas fortificaciones,

aportando importantes beneficios a sus propietarios por al bajo costo de la extracción.

Las primeras semanas en el árido desierto a Iranio no le fue gran cosa, al menos era una tarea remunerada y no tenía que comer sólo cebollas ni tampoco recibir las míseras limosnas de las ancianas en la estación. No obstante, recordaba aquella vida mísera pero indolente del campo, el gozo bajo la higuera, y aquellas noches serenas en el pajar. Pero aquello ya no existía ni tampoco contaba con la mano piadosa del padre Clemencio, ahora no había paz ni descanso, todo era acción, la vida se hacía acelerada, no tan peligrosa, pero era preciso vivir alerta porque aquello no era la escuela, sino una mina, y aquellos hombres y muchachos, improvisados mineros de la pampa, no eran discípulos del cura ni ciudadanos pacíficos ni honrados, era el legado de los veteranos de la guerra, que no conocían otra ley que la de los

puños, la de un fusil o la del puñal. Iranio no había visto nunca ese tipo de curtidos rostros, de miradas desafiantes, con surcos profundos marcados en la frente y en la cara, ni había peleado nunca tampoco ni visto aquellas riñas entre mineros, pero la realidad le enseñó duras e inolvidables lecciones. Por suerte aprendió en pellejo ajeno.

Un día Peyo, había comenzado a fingir una cojera —con la intención de justificar su pereza— tuvo un encontrón con Oscar que le cuestionaba tal lesión. Oscar era un muchacho astuto, de aspecto violento, de mayor edad y algo corpulento. Tenía fama de matón y más que minero bien parecía un delincuente, sin previo aviso le descargó un puñetazo en plena boca. Luego sonaron dos puñetazos más y Peyo quedó sangrando desde la nariz hasta el mentón. Iranio se dio cuenta como combatían los hombres del desierto, con velocidad, repentinos ataques y

rápidos retrocesos. La veintena de mineros se acercó al lugar de la pelea y rodearon a los combatientes formando un círculo silencioso. Peyo se arrojó contra su rival, pero éste lo recibió con un puntapié en el entre piernas, haciéndolo rodar de dolor por el suelo empolvado lleno de filosos guijarros y piedras ardientes. Los hombres y jóvenes muchachos que rodeaban la pelea lanzaron unos chiflidos de triunfo y se abalanzaron sobre Oscar, alzándolos sobre sus hombros. ¡Toro del desierto! ¡Toro del desierto! —exclamaron eufóricos.

Iranio quedó inmóvil ante el inesperado espectáculo. Luego Oscar le mostró su roja lengua riéndose de él y de su humillado amigo. No había piedad ni misericordia. Aquí la derrota equivalía a la humillación absoluta, peor y más insoportable que las burlas de los otros en la escuelita de Tulahuén. Incluso, más que la miseria

misma que hasta ese entonces le había tocado vivir. Oscar le mostró la lengua nuevamente y reía sarcásticamente. Desde aquel instante y por primera vez Iranio conoció el sentimiento del odio que recorrió y se impregnó en sus venas como si lo atravesara un rayo, y luego aprendió a odiar, lo odió inconmensurablemente.

Después de ese incidente Iranio ya no era el mismo, ni tampoco se sentía a gusto en aquellas labores, sin embargo, su instinto le advertía que debía ser prudente como para no rebelarse, cauto como la serpiente, aunque su orgullo se mantenía inamovible como el orgullo de un águila. Lo que resplandece siempre es el orgullo frente a la humildad —le había dicho su padre Federico, así que inclinaba la cabeza con la sabiduría de los orientales ante el inclemente capataz y obedecía sus órdenes. Como Oscar no podía golpearlo sin razón, le regañaba con insultos

o lo fustigaba hábilmente con la carretilla por detrás dándole cortos pero dolorosos golpes.

— ¡Ya sabes que no debes detenerte cuando trabajas! —le reñía con su burlona voz. Pero Iranio resistía, razonaba y aprendía rápido. Ya sabía que tenía que detenerse cuando se le aparecía Oscar y alejarse cuando éste se le acercaba.

Una de aquellas tardes, Vicente regresó del pueblo con Arturo y Juan, dos muchachos que, al igual que los perros Yin y Yang, parecían hijos de la misma madre, pero de caracteres distintos como lo oscuro de lo claro. El defecto de Arturo era su excesiva bondad; Juan, por el contrario, era huraño y de mirada malintencionada. Iranio los saludó y recibió amistosamente, Peyo les sonrió y Oscar en cambio, los saludó prepotentemente. Arturo le tendió la mano haciendo caso omiso de su actitud y luego prefirió alejarse de él. Pero Juan lo enfrentó

dándole la espalda y encendiendo un cigarrillo, luego exhaló el humo por su nariz, con los dientes apretados y lo miró con sus ojos desafiantes. Era tan fiero su aspecto que Oscar renunció a su prepotencia, ocultó su psicológica derrota gritándole algo a Arturo que se hizo el loco caminando junto al cojo Peyo, hasta el límite del campamento.

Durante medio año Iranio trabajó afanosamente apeando su carretilla, subiendo y bajando el pesado tambor, era el primero del campamento en levantarse, como queriendo ganarle al alba. Había algo que le atraía en ese azul de las constelaciones, no sabía qué, pero lo hacía.

Trascurrieron los meses y las interminables jornadas no les dieron descanso. Al término de cada día devoraban como animales su segunda y última ración distribuida por el hosco Vicente, y luego se dormían, algunos en la sucia

bodega y otros en chozas de lata cuyas planchas había proveído el capataz. Durante el día eran un horno y en las noches un refrigerador. Iranio estaba flaquísimo. Sus tres cuartos de kilo de pan con queso seco de cabra y medio litro de té no le parecían suficientes. Sus compañeros, sin embargo, a excepción de Oscar, se resignaban y se daban por satisfechos con su ración.

Un día Iranio se percató que Juan, astuto y audaz ladrón extrajo en secreto una tajada de charqui de la choza de Vicente, aprovechando la ocasión que éste no estaba en el campamento. Al día siguiente Iranio repitió la hazaña y se llevó un buen pedazo de queso. Otro muchacho recién llegado fue culpado sin tener nada que ver en el asunto. El buen éxito de su primer robo le demostró que se podía sacar ventajas en ese hostil ambiente de la pampa. En fin, el asesinato y el robo, así como suenan, son las dos columnas en que los

imperios han levantado su poder—le había escuchado decir al mismo Vicente. Aquello era prueba evidente de su aptitud para ajustarse a las condiciones de la vida sin lo cual hubiera sido difícil prosperar. El ser racional se adapta al medio. El ser irracional adapta el medio a sus propósitos. Por lo tanto, todo avance, todo progreso se lo debemos a seres irracionales —pensó Iranio, justificando su delito y deshonesto acción. Aunque hubiera preferido caminar descalzo que robar chancletas, las circunstancias en aquel campamento implicaban que siendo honrado no hubiera resistido, tenía que jugar con las mismas cartas, aunque Iranio no robaba por vicio, sino porque lo necesitaba su estómago vacío. Robaba en secreto y astutamente, por temor a la ley del capataz y a la humillación por parte de sus compañeros. Así recuperó su peso, agilizó su mente y endureció sus músculos como si fueran de

acero, se volvió menos sensible y desarrolló a tal grado su percepción de su entorno y de las personas que podía intuir las intenciones de quienes le rodeaban. Incluso salió de su ensimismamiento y hasta dejó de tartamudear. También aprendió a pelear a puñetazo limpio porque se trenzaba a golpes con uno u otro por cualquier insignificante razón, asimiló astutamente las claves de aquellos combates que era mostrarse salvaje, extremadamente violento, iracundo y decidido, adoptando rápidas y relampagueantes embestidas de puño y repentinos retrocesos. Entonces ahora, cuando dormía en el campamento, en aquellas frías y serenas noches de la pampa, nuevamente alzaba la mirada hacia las constelaciones y se preguntaba que más habría para él en ese infinito universo en el cual le había tocado nacer.

Capítulo III

El cambio de carácter de Iranio era notorio. La indiferencia del desierto a las debilidades de los hombres había hecho de él un muchacho implacable; y sus compañeros se habían dado cuenta de ello; porque, aunque silencioso e introvertido lo veían más seguro; con más aplomo y total dominio de sí mismo. Y esto no se debía a que se hubiera adaptado al medio; sino que finalmente había adaptado el medio para sí; porque ya no se enredaba en peleas como antes y las evitaba siempre que le fuera posible. Hasta pudo mantener en secreto su odio a Oscar. Sin embargo; el Toro del Desierto adivinando tal vez en Iranio al peligroso rival; no perdía ocasión para molestarlo, y muchas veces le salía al paso con su acostumbrada prepotencia provocándolo

insistentemente a un combate que buscaba humillarlo hasta que aquel día llegó. Eso sucedió cuando el pesado tambor cayó por accidente sobre el pie de Peyo. No fue una lesión grave, pero le causaba molestia cuando pisaba producto de la contusión. Cojaba a ratos; pero luego lo hacía durante el resto del día y al hacerlo gemía porque no soportaba el intenso dolor; y al terminar la jornada se dejaba caer adolorido en su litera como si estuviera muerto. Oscar; aunque consciente de la cierta lesión; no desaprovechó la oportunidad y a la mañana siguiente cuando Peyo no se presentó a trabajar; Oscar hizo entender al capataz que estaba holgazaneando e ingresó a la choza como una fiera insultándolo y dispuesto a levantarlo ya sea a punta de golpes o a puntapiés. Vicente le gritó desde lejos e intentó detenerlo, pero fue en vano. Cuando Oscar sacó de la choza a Peyo a punta de empujones; Iranio se interpuso desafiante con el

odio personificado en su ser, y sin darle oportunidad de pensamiento alguno; le dio un violento codazo en la nariz y luego buscó la quijada con el fin de noquearlo, aunque no lo logró. Así que sólo lo empujó cruzándole la pierna para derribarlo. Tan inesperado fue el ataque de Iranio que Oscar cayó desconcertado; rodó y salpicó la sangre de su nariz rota sobre el polvo. Sin detenerse un instante al improvisado empujón, Iranio transformado en incontrolada bestia saltó sobre Oscar y le lanzó otro puñetazo a la nariz tan rápido y con tal fuerza que erró el golpe. Oscar aún sorprendido giró sobre su cuerpo y agarró a Iranio por el cuello y ambos rodaron como troncos sobre las piedras ardientes del desierto. Oscar se levantó de un salto y ya consiente de su destrozada nariz; se la tocó con sus dedos para evaluar el daño provocado. Resignado al desastre de su rostro; se sacudió la sangre de sus manos y se recobró en

parte, porque brincó furioso como león sobre Iranio gritando y golpeando con el puño su quijada y retrocedió de nuevo buscando mejor posición para el segundo golpe; listo para el combate, y haciendo muecas amenazantes con su boca.

Oscar había dado la señal.

¡Que se desate el infierno!; gritó un minero a lo lejos.

En ese instante Iranio sintió otra sensación, no era odio, sino un sentimiento instintivamente salvaje que emergió del sustrato más profundo que puede existir en el alma humana; no sujeto a ley natural ni a raciocinio alguno; y lo comprendió todo, igual que su padre, era capaz de matar, sentía arder su sangre que lo quemaba por dentro y lucharía como bestia del bien o el mal.

Sin inmutarse, contempló a la tropa de hombres enfervorizados que formó nuevamente aquel coliseo romano en torno a ellos: ¡Mátalo,

Mátalo! gritaban a uno y al otro. Pero Oscar era experto en este tipo de peleas.

En vano se esforzaba Iranio por darle un puñetazo en el rostro. Siempre que lo intentaba, Oscar lo esquivaba o se encontraba con los antebrazos de él. No podía romperle la guardia; una y otra vez buscó ansioso la nariz, la boca o la quijada de su odiado antagonista, en donde la sangre pudiera emanar más rápidamente y a flor de piel. Oscar consiguió abrirle una herida profunda en la boca, pero retrocedió luego. Iranio simuló arrojar un golpe sobre él, pero Oscar siempre estaba en mejor pie y lo esquivó tan solo con un salto. Atropelló Iranio entonces torpemente con su cuerpo al de Oscar; intentando derribarlo; pero Oscar era demasiado corpulento y se lo sacó de encima de inmediato, y luego desvió otro puñetazo de Iranio, pero con tal rapidez que su puño brutal alcanzó a Iranio como un latigazo.

Explotó en sangre la nariz de Iranio y quejosamente recibió golpe tras golpe provocándole dolor hasta las náuseas. La pelea parecía definida porque Oscar a pesar de su torcida y sangrante nariz; estaba físicamente íntegro; casi intacto, mientras que Iranio con su nariz también destrozada; emanaba sangre por ella y por la boca, sudaba a raudales y respiraba fatigosamente. El círculo de mineros inicialmente fervoroso se había tornado siniestramente silencioso, esperando que cayera cualquiera de los dos. Al ver a Iranio herido y jadeante; Oscar tomó la iniciativa, se arrojó sobre él dándole un violento puntapié en las costillas y un fuerte puñetazo en la nuca que tumbó violenta y finalmente a Iranio que quedó tendido sobre el polvo hirviente que se pegó como imán a su piel sudorosa. Los hombres del círculo hicieron ademán de avanzar para levantarlo, sin embargo, Iranio hizo un brusco gesto con su mano para que

se alejaron y se recobró rápidamente y los iracundos espectadores volvieron a sus posiciones cerrando el círculo. Iranio observó a su adversario en un milisegundo de contemplación, se dio cuenta que al no poder vencerlo lo único que podría hacer era soportar los golpes, así que para vencerlo Oscar tendría que matarlo. Pero para eso; Oscar tendría que acercarse y ponerse frente de él, pero eso significaba que Oscar también tendría que estar dispuesto a morir. No obstante Oscar parecía leer los pensamientos de Iranio y no caería en la trampa. Y en ese preciso instante de vacilación; Iranio arremetió con un nuevo ataque, pero en pleno vuelo cambió de decisión y concentrando todo el peso de su cuerpo en su pierna en alto, aterrizó sobre la rodilla de Oscar. Se oyó un crujido de huesos rotos y luego, un espeluznante y desgarrador grito de dolor. Oscar; tieso como una vara en el suelo se agarró con dos manos su pierna

rota con los ojos desorbitados, como si no creyera que aquello le estuviera ocurriendo de verdad, pero consecuente con su hombría y conteniendo el dolor intentó un supremo esfuerzo para levantarse, pero todo había terminado porque ante sí; vio los ojos rojos de la bestia que lo observaba amenazante; a punto de darle el golpe de gracia. ¡Mátalo! ¡Mátalo ahora! —gritaron eufóricos los morbosos hombres. Pero antes que con esa acción Iranio se condenara; Peyo arremetió violentamente por entre el círculo fervoroso y los hizo a un lado a codazos y a empujones, se abalanzó sobre Iranio anudándolo con sus brazos, otros protegieron a Oscar a quien llevaron en ancas a una carreta tirada por una biga de mulas. Luego, el círculo de hombres desapareció hasta convertirse nuevamente en un grupo de mineros pacíficos laborando sobre la planicie de la pampa. La carreta con tres hombres y el herido Oscar se fue alejando

en la llanura camino a un policlínico. Había desaparecido para siempre. Peyo; Arturo y Juan alzaron sobre sus hombros al victorioso Iranio y exclamaron: Ira, Ira, Ira, ha sacrificado al toro; mientras Iranio contemplaba erguido el espectáculo de la victoria, y sus amigos se regocijaban con el dulce sabor de la venganza y con el frenesí del triunfo.

Durante el transcurso de los siguientes meses la vida de trabajo no varió en absoluto. Ya nadie volvió a recordar al desagradable Oscar. Con el sacrificio del toro parecía ahora que todos en la mina confiaban en la más absoluta tranquilidad y confianza. No obstante, pasado algún tiempo, Arturo y Juan fueron sorprendidos robando alimentos y fueron expulsados de inmediato. Emprendieron su lastimero viaje cuesta abajo por las dunas del desierto y desaparecieron de la vista de Iranio, como desaparecerían tantos otros en su

vida; y para siempre.

El trabajo en la mina continuó. Y como Peyo nunca puso entusiasmo en su labor; recibía severas reprimendas de Vicente, pero desde que sanó de su dolorosa lesión, algo sucedió en su ser porque desde ese momento trabajó con más ahínco que nunca. Llenaba tan rápidamente el tambor que atareaba a Vicente, hasta que un día el capataz se cansó, y trajo de refuerzo a un muchacho moreno; menudo; bajito; mechas de clavo y de mal aspecto llamado Michi, pero para la mala fortuna de Vicente resultó ser con el tiempo un estorbo más que una ayuda. No obedecía a nadie, sólo a las señales de la tierra y hacía caso omiso a las instrucciones de los hombres.

Iranio se percató, aunque nadie más parecía advertirlo; que este nuevo ser que se cruzaba en su camino era algo especial porque hacía sonar una pequeña arpa de madera de una

sola cuerda cuya caja de resonancia era su boca, y un tamborcito hechizo de madera y cuero al cual llamaba cultrún. Eran ritmos poco melódicos; bitonales; bucólicos; constantes y monótonos como música trance, sonidos de la naturaleza— según dijo. Pero para Iranio y para cualquiera, era como el preludio sinfónico al infierno.

El muchacho no utilizaba las lamparillas de carburo; ni botas ni guantes ni nada. Como si todo aquello le estorbara. Su forma de ser y pensar era la última cosa que Iranio podía entender, así que solo asumía que era el resultado de su ignorancia, pobreza y sencillez.

Cuando se introducía a la mina murmuraba canciones indescifrables, y a veces usaba antorchas así que parecía un sacrificio en un ritual chavín. Cierta día, Michi tomó un palo y dibujó en la arena a Venus como una estrella de ocho puntas. Luego trazó un círculo en el que circunscribió una cruz de

tal modo que el lucero quedó ubicado en el interior de uno de sus cuadrantes y opuesto a la Luna que también en otro cuadrante interior dibujó. Dijo conocer el movimiento de Venus y las estrellas mejor que el hombre moderno, quien había olvidado todo aquello. Que la civilización no estaba alineada con las energías del cosmos, ni cronológicamente con los ciclos de la naturaleza, y eso provocaba sufrimiento. Que lo antiguo se renovaba siempre por ley suprema, distinta ley que Iranio había aprendido del padre Clemencio, en que lo antiguo muere y queda atrás, que se va al cielo o al infierno, y no vuelve jamás, y tan sólo se puede recordar porque queda habitando en un mundo del más allá.

Michi decía que su nombre era el diminutivo de michiquillo; que era como lo llamaban sus padres. Pero un minero peruano decía que en quechua; Michi es un felino

domesticado que los incas usaban como animal de compañía. No obstante, un minero chino decía que, en su idioma, Michi significaba “camino”.

Iranio lo instruyó en el trabajo y le enseñó a obedecer para que no fuese expulsado por Vicente, aprendió rápido el muchacho así que Vicente dejó de operar el huinche y delegó en Iranio tal función. Iranio aceptó resignado. No le gustaba mucho porque a pesar que era una labor más reposada, se requería de muchísimo esfuerzo muscular cuando correspondía tumbar y vaciar el tambor. Durante las jornadas Michi no dejaba de hablar, de la mapu y de lafkén, de kay-kay y de treng-treng. Peyo malhumorado parecía no escucharlo, pero Iranio lo hacía con la fidelidad de un verdadero amigo.

¡Marichiweu! ¡Marichiweu! —Gritaba Michi, e Iranio la repetía chistosamente causando risas a todos por tan aguerrida gracia. Pero aun así

la vida se volvía monótona y aburrida como la paciencia del pobre, el tiempo no valía nada y lo dejaban pasar como agua de río al mar. Todos los días eran idénticos como las horas en un reloj. La ausencia de la hostilidad de Oscar en el campamento había transformado las jornadas en una actividad de la pasividad más absoluta. Todas las mañanas a la misma hora se encendían las hogueras para calentar el agua en las negras teteras. Con picotas; chuzos; palas y trastes bajaban a la mina al clarear el día. Michi encendía sus antorchas mientras los otros se ponían sus cascos y lámparas de carburo. Por momentos, en la cavernosa penumbra de la mina, Iranio no discernía si eran siluetas de fantasmas o seres de carne y hueso en realidad.

Al llegar la noche volvían hambrientos de nuevo al campamento para comer su última ración. Sacudían sus camas, otros encendían fuego

y esperaban el desayuno del siguiente día. En ocasiones, durante las noches, Vicente los invitaba a beber alcohol que traía de una destilería clandestina. Iranio bebía; compartía y reía un rato con el capataz; con Peyo y los mineros, pero luego se alejaba y se sentaba junto a la hoguera en donde los imprudentes de siempre se acercaban demasiado a ella, y tras haberse quemado; se alejaban hacia el frío de la noche y maldecían al fuego por haberlos quemado.

Michi no compartía con ellos, se mantenía sentado con sus piernas entre cruzadas haciendo sonar con la boca su pequeña arpa y luego murmuraba como si rezara o entonara esas indescifrables cancioncitas, palabras que vibraban en el aire como una voz reiterativa y nasal. Iranio notaba que al parecer Michi con su canto accedía a extraños estados de consciencia, pero nadie oía el canto del mapuche, sólo Iranio lo hacía, aunque sin

que Michi se percatara de ello. Cierta noche; Michi le dijo que su canto emanaba del wütan que en su lengua nativa significaba pulso del corazón, y dicha cualidad vibracional del canto actuaba como mantra sobre él, a nivel físico y espiritual.

Te protegerá de los peligros, de las enfermedades y te acompañará a continuar el camino soportando de mejor modo la soledad, el miedo, las borrascas del alma—le dijo a Iranio.

Durante las siguientes noches Michi continuó con ese canto parecido al tibetano, un sonido reiterativo ni en voz alta ni en voz baja, sonaba como AAAAGUUUUUMMMMM haciendo una “OOOO” a partir de una “AAA”, constante y seguido, pero sonaba como las dos juntas.

Es el sonido de la creación. Nuestro universo no es sólo color sino también sonido y muchas otras cosas, te permitirá captar las energías

y abrirte a tus propios sentimientos, las cosas más bellas en el mundo no se pueden ver, ni siquiera tocar. Deben sentirse con el corazón—le dijo.

Cierta noche cuando dormía Iranio o en la vigilia; entregado al cansancio; mientras otros bebían agua ardiente del capataz en torno a la hoguera de aquella tribu humana; Iranio abrió de a poco sus ojos y los mantuvo entre abiertos, fijos en las llamas; entonces aquel fuego se transformó en otro fuego. En un fuego lejano. Michi emergió de las brasas, primero su cabeza, luego su dorso, pero cuando estuvo en pie del todo, sus piernas eran más cortas y encorvadas. Sus brazos más musculosos. Largos y espesos cabellos caían desordenados sobre sus hombros, emitía extraños sonidos y al parecer temía a la oscuridad que le rodeaba, pero entonces cuando Iranio intentó ponerse en pie sorprendido; su sueño fue interrumpido y zamarreado bruscamente por el

capataz Vicente porque ya amanecía, el fuego había menguado y reducido a cenizas las piedras ardientes de aquella hoguera. Vicente despertó a todos de la borrachera instruyéndolos a levantar el campamento porque el preciado mineral habíase ya agotado.

Desmontar las enfierradoras y tablones de fortificación y arrastrarlas pesadamente hasta las hechizas carretas iba poco a poco desgastándolos. El arduo trabajo les hacía sentir como si murieran un poco cada día. Terminado el desmantelamiento de la mina comenzaron a levantar el campamento y Vicente le dijo que el pirquén cercano distaba cien kilómetros de allí.

Caminaron hacia la nueva mina junto a las carretas, entre caballos y mulas quince kilómetros diarios. El primer día de camino no se les concedió descanso alguno, y dos días después

hasta las mulas estaban sudorosas y rendidas. Michi maldecía y para que todo fuera de mal en peor el sol pegó en la nuca todos los días.

Durante aquellos días de marcha bajo el indolente sol; Michi daba alimento y acariciaba con ternura a los animales como si fueran sus hijos. Lo hacía en silencio para no ser escuchado por el insensible Vicente quien no conocía la misericordia. A falta de lluvia la arena ardía y quemaba la planta de los pies desprotegidos por el delgado cuero de las chancletas, cada vez se hacía más arenoso y polvoriento el sendero de guijarros filosos e infernales; las carretas se hundían y no había forma de desatascarlas sino sólo a fuerza bruta; exigiendo realizar un mayor y más fatigoso esfuerzo.

Cuarenta kilómetros han recorrido ya entre planicies arenosas y laderas de guijarros hirientes, allí no habitaban más que serpientes y

escorpiones que les salían curiosos al paso. Tanto esfuerzo en la caldera desértica no podía menos que sentirse agotados por fuertes y resistentes que fueran. Iranio mantenía su metódica disciplina a pesar de sentirse también exhausto. Peyo volvió a quejarse de su pie y en su impotencia repetía ¡Marichiweu, Marichiweu!, pero ya a nadie aquello le causaba gracia. El parlanchín Michi se volvió más gruñón que de costumbre y permanecía absolutamente silencioso, pero lo más cómico era que tampoco permitía que nadie le hablara.

Cubrieron sus nucas del sol con trapos inmundos, otros sin fuerzas siquiera para eso dejaban azar sus pellejos y rostro al sol. El cuello; la espalda y el pecho de Iranio adquirió manchas extrañas como soleases debido a su paso por ese infierno. Que importaba todo aquello al capataz, los muchachos sólo eran animales, sin zapatos calzaban alpargatas deshilachadas reforzadas con

correas o cualquier cosa para malamente unir el empeine con la suela. Por momentos caminaban por inercia apoyándose los unos con los otros y moviendo las piernas por propia volición. Como ya no les quedaba voluntad se entregaban mansos a la autoridad de Vicente; su voz era el látigo conminatorio para seguir empujando los carros de la civilización.

Capítulo IV

Con diez días de marcha Iranio había perdido varios kilos de peso. El perezoso Peyo, que había fingido muchas veces y con gran habilidad una lesión, esta vez cojeaba en serio. Michi también cojeaba, aunque en realidad no padecían otro mal que su inmenso cansancio, pero no ese que sigue al esfuerzo excesivo y momentáneo que luego desaparece con algunas horas de reposo; sino el agotamiento causado no sólo por la lenta y prolongada marcha; sino por la fatiga acumulada durante meses y meses. Habían consumido hasta sus últimas reservas y ya no podían dar un paso más. Cada fibra de sus músculos, cada núcleo de sus citoplasmas estaba completamente cansado y al llegar a la mina nueva se desplomaron como muertos. Ni siquiera les quedaba aliento para

esquivar las carretas que se les venían encima, era como si se entregaran al destino o a la voluntad de dios. Pero lo peor es que no intuían nada aún, nada siquiera de lo que les esperaba en esas cavernas ocultas entre piedras y arenas inacabables, no vislumbraban tampoco nada a la redonda, solo unas tímidas llamas y unas casitas de adobe a lo lejos, unos corrales de cabras, perros y animales merodeando una escuelita que ondeaba una bandera chilena deshilachada. Ni un poco de hierba ni un árbol en el horizonte, pero aquello no tenía ninguna importancia para Iranio, para él no había diferencia entre estar aquí o allá, ya sabía que los momentos y las cosas como las personas sólo duran un tiempo y luego desaparecen.

A las semanas siguientes un carretón arrastrado por un caballo llegó por Iranio al campamento. Ya tiene quince años de edad y son sus hermanos los que han llegado en esa carreta y

lo seducen a regresar.

Es necesario que continúes tus estudios en Ovalle, en un internado religioso de la escuela de artesanos que existe allí—le dijeron.

Es entonces cuando el muchacho escucha nuevamente aquella palabra: internado. Comienza a creer que existe de verdad un destino predeterminado para él, la profecía de la gitana continúa empujándolo hacia esa espiritualidad y al parecer no renunciará nunca a ello. Pero Iranio recuerda con claridad las palabras del padre Clemencio: el destino no existe porque dios dotó al hombre de albedrío. No obstante Michi le había señalado que la superación del hombre depende de lograr el equilibrio en esa contradicción.

¿Qué quieren que les diga?; —exclamó el capataz.

Este muchacho está casi reventado con tanto esfuerzo.

Lo mejor que pueden hacer es llevárselo y hacerlo descansar una temporada completa que bien lo necesita. Luego el capataz les volvió la espalda despectivamente y continuó subiendo tambores vacíos a su carretón, con irónica cortesía restalló su látigo contra el caballo una y otra vez. ¡Arre! ¡Arre! —gritó. La sudorosa bestia exhaló refrescando sus pulmones del árido desierto, sacudió al aire sus crines erizadas y agitó el cuello en un intento inútil de liberarse de las riendas de la vieja carreta que lo inmovilizaba.

Vicente no dijo nada más y se fue con sus hombres apeados a la carreta arrastrada por aquel pobre animal.

Iranio empacó sus cosas y se despidió de Peyo que sin decir muchas palabras lo abrazó afectuosamente. Peyo sabía que debía continuar solo en la permanente necesidad; y su rostro se veía enconada aquella irritabilidad de la impotencia.

Comprendían que en esa despedida se sellaba para siempre; aquel carácter que habían tenido que forjar mientras vivieron soportando como adultos; las duras jornadas en la pampa; y que, sin embargo; habían podido conservar su bondad inalterable; y la tranquilidad de espíritu en medio de tantas amarguras.

Lo que no te mata te fortalece. Le dijo Iranio.

Finalmente, Iranio se apeó al carretón de sus hermanos, el último apretón de manos selló la despedida con Peyo que corrió tras la rodante carreta; y como si en la profundidad de su alma quisiera marcharse con ellos, pero al poco correr detuvo su corta carrera, y se quedó mirando con su cara de niño pobre a los tres hermanos que se marchaban colina arriba. El precario campamento que a la distancia se perdía era ahora para Iranio algo gris y distante. Los jóvenes mineros que quedaron laborando en él, le parecía que ya no eran

seres vivientes, sino sacos de huesos en que temblaba la agonizante chispa de la vida. Como tantos otros seres que se habían cruzado en su camino, quedarían en su memoria como extraños fantasmas que deambularían en su vida entre la imaginación y la realidad. Se marchaba para siempre de aquel lugar del mundo en donde Michi lo sacó de la oscura noche e iluminó su rostro con la luz del fuego, le enseñó a ver más allá de las constelaciones, por donde se filtra el albor del infinito, en donde no había estaciones ni límites y los puntos cardinales eran sólo conceptos. Así como su padre Federico; junto a tantos personajes eternamente soñadores y buscadores; forjados bajo el rigor de las herramientas y el sol; desentrañando el preciado salitre en Ausonia y en Pampa Unión; aún podía ver la fiera mirada de su padre encendida en su curtido rostro y la sonrisa pícaro de aquellos ancianos que siendo niño; lo

deslumbraron con sus añosas historias mientras correteaba por los boliches entre los sones del charlestón. Podía oler y sentir correr el vino y oír las melodías recordando sus relatos. Y es que precisamente allí; en la mente de Iranio; se conservaban los recuerdos más vivos y preciados de ese territorio único en el planeta —el norte de Chile— que transformó al desierto en una manera de vivir sin precedentes en el mundo. Son muchos los mineros de Chile y escenarios que viven y permanecen aún como mudos testigos de una historia de grandeza que no volverá a repetirse, donde el mito y la leyenda pasan a convertirse en un recuerdo de hombres que vivieron en torno al salitre. Aquí en el norte o allá en el carbón del sur; miles de chilenos y seres foráneos laboraron por años más allá de cada ruinoso muro, más allá de cada pedazo de riel hoy apenas visible, e incluso más allá de cada historia formal contada en

antiguas crónicas o libros.

Pareciera—pensó Iranio; que como el hijo del viento aparecería un día como fantasma en un abandonado pueblo minero, atravesaría los ladrillos refractarios o muros empedrados contruidos por los ingleses de la época, y cuando alguien mire entre los vestigios de un pirquén, de un chiflón, de un pabellón de casas obreras; el susurraría a los niños que allí hubo algo más vivo que las simples piedras.

De pronto, un carretón colina abajo se cruzó en el camino y despertó a Iranio abstraído en sus nostalgias. Era Michi junto a otros mineros que regresaban al campamento, pero al verlo, el indígena muchacho bajó de un brinco y se apeó al carretón de Iranio, abandonando también el campamento.

¡No creerías que te irías sin despedirte!
¡Nadie se libera de mi tan fácilmente amigo! —le

dijo el mapuche sonriente, pero con un rostro sarcásticamente siniestro.

Al ver a Michi a su lado nuevamente, le tendió la mano; lo abrazó y le sonrió, René e Iván se miraron entre sí confundidos, los otros mineros les alzaron las manos en señal de despedida.

¡Marichiweu! ¡Marichiweu! — les gritó Michi a los jóvenes mineros que quedaron en el campamento, pero tan potente que turbó el silencio del desierto; largo y ronco sacudió el alma de cualquier humano que estuviese cerca de allí, sonó como el bramido de un rumiante furioso e Iranio levantó también su mano correspondiéndoles como queriéndoles decir algo, pero el carretón de los mineros continuó raudo y polvoriento colina abajo, siempre colina abajo. Hasta que sus miradas se perdieron de vista, y al remontar Iranio la cumbre, desaparecieron de su vida para siempre.

Capítulo V

Cuando Iranio regresaba del desierto a Tulahuén, Teodolinda había obtenido nuevamente gracias al padre Clemencio, un trabajo en la escuela de artesanos de Ovalle. Los religiosos que residían allí recibían a niños en situación de vulnerabilidad social; así que Teodolinda había gestionado anticipadamente la internación de Iranio en el establecimiento. El trabajo de Teodolinda no era esta vez la enseñanza de la lectura a personas mayores, sino encargada de la cocina. El padre Clemencio en su condición de religioso visitaba en ocasiones la escuela por lo que consiguió también una beca para Michi; así que ambos muchachos debían internarse en él.

No obstante, el viaje desde Tulahuén a Ovalle se postergó, una extraña enfermedad le

entró y agravó a Iranio y de la cual no podía sanar. René no le daba mayor importancia; decía que era difícil encontrar a alguien completamente sano en realidad. Todos estamos enfermos en menor o mayor grado de algo—decía.

Cuando Iranio sanó; retomaron los planes; y al llegar Iranio al portal de entrada del internado de Ovalle; una escultura de dos cabezas empedradas se sustentaba en una misma columna anclada a la pared; debajo de la cornisa y en el borde de un alero, en el acceso al recinto. Junto a ella, una enorme palmera resguardaba con sus sombras hermosos helechos cuyas hojas pendían blandamente ante la brisa del viento.

Desde la colonia; generaciones de jóvenes habían traspasado por aquel portal y de todo llegaba al internado, pero no se hacían notar las diferencias entre los unos y los otros e Iranio, ya no se veía postergado ni inferior a aquellos otros, no

obstante, se sentía muy distinto a los demás.

Un cuarto pequeño, una manta y un par de tablas anchas y desnudas como banca fueron sus camas. Aquel primer día no les entregaron nada más, salvo comida en un plato de greda y agua en un vaso de lata para beber. El metódico estudio y el trabajo constante era el mandato divino para ganarse la gracia de dios—les dijo el padre Clemencio cuando los dejó instalados allí, y cerrando la puerta del cuarto se despidió. Iranio comienza a percatarse que aquel claustro en donde lo han internado sus hermanos es más regimentado que la misión del padre Clemencio en Tulahuén, e incluso, siente menos libertad que en la rigidez laboral del capataz Vicente. Las ventanas tienen barrotes de acero como si a alguien se le ocurriese escapar. Aun así, logra adaptarse perfectamente y dobla con creces la disciplina voluntariosa que muestran los demás jóvenes del establecimiento.

Los curas van poniendo sus ojos en aquel hacendoso muchacho de nombre extraño, pero sin saber del todo quien es, y porque tiene esos ojos fieros como si contuviera al demonio en su ser. Va ganándose el respeto de sus camaradas, y se va adaptando también al cambio y a sus nuevas actividades. Sin embargo, hay algo que no percibe Iranio, como se lo advirtió Michi; las borrascas de su inconsciente se vienen formando hace tiempo y le generarán las peores tormentas psicológicas que se desatan de pronto, sin aviso, nuevamente; reaparece esa explosión de curiosa enfermedad que aflora en su cuerpo que lo paraliza físicamente, lo desgana y genera fuertes dolores de cabeza como si se fuera a morir. Va a parar al hospital de Ovalle donde sin quejarse mucho de su corporal dolencia que lo aflige y agota, va aceptando gradualmente el primitivo tratamiento al cual lo someten. Le suministran un purgante y le hacen beber tanta

agua como si pretendieran hacerle explotar sus vísceras.

Luego le entregan una pluma de ave y lo obligan a introducísela en la garganta hasta vomitar. En otra ocasión un cura lo recostó en la camilla del policlínico del internado y le tajeó la piel del estómago con un cuchillo. Como no fue mucho el dolor, el cura le hizo un segundo corte y luego un tercero de lado a lado. En ese instante Iranio retorció y gemía del dolor y el cura al fin lo dejó, pero inmediatamente ingresaron dos curas con enormes sanguijuelas que se las pusieron encima, se pegaron y comenzaron a chupar la sangre enferma según dijeron los religiosos.

Hubiera preferido someterse al guillatún de una machi en vez de padecer ese tratamiento “moderno” que más bien parecía una tortura medieval. Esos hombres de sotanas negras se suponían deberían ser los más instruidos del país y

para Iranio era difícil comprender tal mayor barbaridad en una medicina aparentemente civilizada.

Cierta mañana despertó de pronto aun estando enfermo, pero en otra habitación, más grande y cómoda. Michi había quedado sólo en aquella pequeña con camas de bancas. Iranio abrió los ojos y observó a Teodolinda de pie en un costado de la cama y una vieja indígena en el otro. El padre Clemencio con su cruz de plata en la mano y agua bendita en la otra, lo miraban piadosa pero fijamente como si tuvieran que sacarle al mal que habitaba en su ser. La machi colocó y sacudió sobre su estómago y frente hojas de canelo y eucaliptus sumergidos en un recipiente con agua hirviente, luego sacó de un bolso un tamborcito cónico de cuero curtido y madera, y fue golpeándolo igual que los sonidos que emitía Michi con su cultrún. El padre le arrojaba agua bendita y emitías extraños

palabras en latín. Con el calorcito del canelo y el aroma a eucaliptus en la habitación Iranio se relajó, cerró los ojos y recordó aquella hoguera en las noches del desierto. El fuego mutó a otro fuego, y entre las brasas afloró la silueta de la machi que se puso a cantar, un canto melancólico, casi como el aullido lastimero de un perro. El padre Clemencio hacía lo suyo con sus plegarias y en ese instante por lo que le contó después Teodolinda, la machi se comunicó con sus espíritus, los que le informaron la causa de la enfermedad y lo que debía hacer para curarlo. Durante los siguientes días Teodolinda le dio agüitas tibias con infusiones específicas recomendadas por la machi.

A las semanas siguientes el cuarto de Iranio parecía un jardín botánico más que una habitación porque estaba lleno de plantas medicinales, como el maitén, boldo, quillay, bailahuén y arrayán, entre otras que no pudo reconocer y a la semana

subsiguiente ya estaba dado de alta de aquel misterioso mal contenido en él. Nunca supo lo que en definitiva lo sanó, si los vómitos provocados por la pluma, los tajos del cura y sus sanguijuelas, el exorcismo del padre Clemencio o su madre que trajo a la machi para el machitún. La cosa es que sanado ya y a las semanas después fue llamado por el director del internado que se llamaba Van de Maele, un hombre rubio, alto y algo corpulento.

Ya estás sanado y habituado a los estatutos de este colegio. Te he designado uno de los mejores dormitorios del establecimiento, pero comprenderás joven Iranio, que deberás corresponder de algún modo a este beneficio, y eso será colaborando como bodeguero de los víveres del colegio—le dijo. Iranio aceptó el trato del director, recibió conforme las instrucciones de las funciones del control de inventarios, pero, además, se le ordenó participar como guía de los nuevos

discípulos que llegaban al internado, y con el tiempo ya se le respetaba como si fuera un mentor.

Una vez más Iranio percibe que hay algo sino dios, una energía que lo empuja, sin buscarla ni solicitarla, y que lo ayuda siempre. Primero el padre Clemencio en la misión de Tlahuén, luego Vicente ascendiéndolo a voltear el tambor, el rescate por cuenta de sus hermanos desde el desierto, la sanación de la machi y ahora el reconocimiento de su desempeño por parte del director.

Durante los siguientes dos años llegaban constantemente nuevos muchachos al internado, pero esta vez prácticamente parecidos. De estatura mediana, morenos, flacuchentos y pelos lisos y tiesos. Pareciera que estaban viniendo todos de un mismo punto y saliendo del mismo molde. Algunos se quedaban allí, otros abandonaban, los menos leían libros mientras otros holgazaneaban.

Los que terminaban sus estudios regresaban a sus chozas, mientras que los otros a las casonas de sus padres dueños de minas o de fundos. Pero independientemente de aquello, los estudiosos a la universidad, mientras que otros se dedicaban al comercio o a la artesanía, o corrían por el mundo entregados a la aventura y a los vicios. Los menos; como pretendía el padre Clemencio, se hacían novicios; luego monjes y se iban a los conventos, vestían hábito con cordón, eran eruditos y cultos como si poseyeran la doctrina revelada de dios y su creación, conocedores de todos los secretos del universo, pero, en definitiva—pensaba Iranio, todos de igual modo envejecían y morían. De vez en cuando Iranio veía llegar a hombres adultos y viejos, ex alumnos de la escuela, convertidos ya en hombres cabales, visitaban a los curas con sus hijos pequeños para que les concedieran la santa bendición, conversaban con el cura sentados en las

bancas, compartiendo con ellos tardes enteras. Iranio observaba curioso a esos pequeños atentos al cura, sonrientes, oyendo la enseñanza suprema. Luego atardecía y la añosa palmera ensombrecía los helechos cuya fragancia húmeda recorría los pasillos del devoto internado. Allí Iranio vivía, se educaba, aprendía y enseñaba también cuando era mentor, en las aulas; en los pasillos y en la capilla. Los curas y los maestros administraban y desde allí enseñaban las artes, las ciencias, y se trasmitían de una generación a otra. Los domingos muchos religiosos de otras congregaciones llegaban también allí, hacían misas; cantaban; escribían; comentaban e intercambiaban libros de arte, de ingeniería y de sistemas, sabiduría del evangelio y sabiduría de los griegos, astrología, arqueología, incluso tarot, todo florecía allí en menor o mayor grado, para todo había lugar.

Al tiempo de su estancia en el internado, en

Iranio ya moraba nuevamente la semilla del espíritu sembrada por el padre Clemencio: la bondad, la sencillez, la humildad. Algunos muchachos bromeaban con Iranio al punto que le decían el niño prodigio. Aquel tosco y analfabeto muchacho aparecido del desierto era ahora un culto y apuesto jovenzuelo que se codeaba con los maestros, incluso con los curas. Sus pulcras vestiduras, sus educados modales aprendidos de Van de Maele, su serena y penetrante mirada de pensador y sus labios finos, hermosos y enérgicos. Van de Maele trataba a Iranio con la mayor solicitud, con la mayor consideración; lo cuidaba como a un hijo excepcional, como si fuera frágil, quizá maduro antes de tiempo, quizá en peligro. Iranio recibía todos los mandatos, consejos y alabanzas de Van de Maele con irreprochable actitud; jamás contradecía, jamás se malhumoraba; y si era exacto el juicio de Van de Maele en el

sentido que aquel joven Iranio no tenía defecto alguno más que su orgullo, ese defecto sabía ocultarlo a maravilla. Nada podía decirse de él, era perfecto y distinto a todos. Empero, fuera de los maestros y los curas, tenía pocos amigos verdaderos; salvo Michi que le susurraba al oído que su distinción algún día se alojaría como un dios en el olimpo.

Por otro lado, René nunca pudo reintegrarse a los estudios, y desde aquel entonces lo único que hacía era trabajar, y durante los años en que Iranio se mantuvo en el internado, tuvo que irse a trabajar a un almacén de alimentos en un caserío cordillerano llamado Las Ramadas, situado al oriente de Tulahuén y a media hora de la frontera con Argentina. Vivía solo en aquel almacén y lo atendía todo el día. En ocasiones iba el hijo del propietario al que tenía que rendirle cuentas para que lo reabasteciera.

Iván en cambio, antes que Iranio llegara al internado, se había graduado de electricista de esa misma escuela de artesanos de Ovalle, pero como las buenas siempre llegan con las malas, Teodolinda tuvo que dejar de trabajar en la cocina y debió entregar la habitación que le habían asignado para vivir, pero la tristeza no duró mucho, la luchadora mujer había comprado un vigésimo de la lotería, a pesar que ella misma pregonaba que la suerte era la última guarida de la pereza y la incompetencia, y aunque no se crea, éste salió premiado, así que con el dinero arrendó una casa en calle Benavente de Ovalle donde se instaló con su propio almacén.

René se vino de Las Ramadas y con Teodolinda lo atendían. Iván encontró trabajo en una fábrica de cemento en un caserío llamado Juan Soldado, a diez kilómetros de La Serena, y como el negocio del almacén no prosperó, Iván les dijo que

lo entregaran y se fueran a vivir todos a su casa de Juan Soldado, a expensas de él.

Llegaron al internado dos muchachos: Monchito y Marchant. El primero era hijo de un policía y como tal resultó servicial. Lavaba los platos de sus amigos, les lavaba la ropa y planchaba. Era su terapia—decía. Iranio llegó a agradecer tanto a Monchito que lo llegó a respetar y a querer como a un hermano.

Marchant también era amigable, aunque no tan expresivo, pero astuto y ambicioso. Hijo de un empleado de la misma cementera, alto, bien parecido y larguirucho como si las piernas le salieran desde el cuello, risueño y de inagotable paciencia y bondad.

De inmediato Iranio notó que este nuevo par que se le cruzaba en su camino también era especial. No eran tan distintos a los otros sino cercanos, francos y abiertos. Extremadamente

afables, no eran competitivos ni agresivos, sino emocionalmente equilibrados y estables. Parecía que nunca hubieran tenido preocupaciones o siempre hubieran crecido al amparo de las comodidades de una vida benevolente, y a medida que compartía con ellos, se hizo frecuente las invitaciones a salir a las cantinas de Ovalle. Así Iranio, en estos nuevos amigos, conoció esta nueva costumbre bohemia de relación social. Con ellos y Michi comenzó a compartir la vida nocturna que los embriagaba de vez en cuando, y transparentaban sus más ocultos sentimientos. A pesar de la brecha social entre Iranio, Michi y ellos, existía algo entre los cuatro que los unía como una hermandad. Sintió desde hace tantos años aquel instinto de necesidad de pertenencia, cariño, noble y fiel, satisfecho. Intentó ser para ambos un buen compañero y amigo. Se sentaban juntos en la sala de clases, tomaban a la misma hora y en la misma

mesa el desayuno y el resto de las comidas del día. Se transformó en el protector de este par, y ninguno de los compañeros de la escuela los agredían, intuían de sobra el mal carácter del mentor, por lo cual nadie pensaba siquiera entrometerse de mala manera con ellos.

Van de Maele era geólogo de profesión, holandés de nacimiento, pero educado en Alemania. Los ingleses, dueños de las salitreras, lo habían contratado para trabajar en las minas, pero al comenzar la primera guerra mundial lo desvincularon por espía o al menos por sospecha. Así fue como fue a parar al internado de Ovalle, e Iranio se complacía durante las clases con este nuevo ser tan especial, Van de Maele, que también, como tanto otros, se le había cruzado en su camino. Cortés, afectuoso, estimulaba con oportunas palabras cariñosas a sus alumnos. Se sentaba en su pupitre de maestro y sostenía largas charlas sobre

los orígenes del hombre y las civilizaciones, los motivados discípulos lo escuchaban felices mientras los traviesos holgazanes de siempre bostezaban. Nunca había visto Iranio docente con franca vocación, nunca en su vida, ni siquiera en sus primeras lecciones en Tuluahuén ni tampoco en la mano salvadora del párroco Clemencio. En ocasiones, cuando Iranio paseaba por los pasillos del internado, sorprendía a Van de Maele absorto en su oficina con la vista perdida oyendo el Danubio Azul de Johann Strauss, era el vals de las estrellas –decía. Pero en otras, en aquellos mustios días que siempre azotan a los hombres, se le veía ensimismado y nostálgico, en el fondo de su abismo, oyendo El Holandés Errante de Wagner. Pero esos tormentos, íntimos eslabones perdidos del maestro solo eran suyos, porque en sus clases magistrales se levantaba con su metro ochenta de estatura y se paseaba aguerrido por los

pasillos del aula hablando sin cesar. ¡Afuera muchachos, la vida es muy otra! —les decía reiterada y enérgicamente.

Van de Maele le ordenó a Iranio instalar un altavoz en los jardines del internado y, en los recreos, emanaba la obertura de la sinfonía de Richard Strauss: Así habló Zaratustra, seguida por El Danubio Azul.

Cuando esto ocurría, Iranio y Michi se quedaban mirándose entre sí sorprendidos porque no se sentía volar ni una mosca, todos los jóvenes quedaban atónitos, escuchando los sonidos que parecían provenir del cielo, mientras otros aseguraban que eran las melodías del diablo.

Motivado por el maestro, Iranio se alejó gradualmente de los bohemios amigos y se pasaba largas horas leyendo en la pequeña biblioteca de la escuela, y no satisfecho con ello, como ya no tenía que ir a atender el almacén de su madre, al

terminar la jornada de clases corrían con Michi como adolescentes traviesos a la biblioteca municipal de Ovalle. Allí, durante el último año en el internado se pasaron cada día leyendo la Historia Universal de modo que quedaron eruditos en la materia. Cuando Iranio se cansaba de leer se detenía, y entonces Michi entonaba la obertura de Zaratustra de Strauss, moviendo los brazos como un director musical. Y mientras Michi eso hacía, Iranio sacaba de su bolso un cuadernito y dibujaba aquel estero, árboles frondosos y aves majestuosas en parajes que trazaba a su voluntad. Dibujaba para perderse y leía para encontrarse porque en aquella biblioteca, hallaba los tesoros de los remedios de su alma. En efecto, curábase en ella, de la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades y el origen de todas las demás.

Le confesó entonces a Michi la profecía de la gitana, cuándo y dónde nació, y luego con pena la

triste anécdota de aquel niño analfabeto y tartamudo que, en su trauma silencioso, hacía pensar a sus familiares que era mudo, porque no hablaba nada, y cuando lo hacía, lo hacía con tartamudez. Fueron esos tiempos de hambruna en donde se vieron forzados a comer cebollas durante meses, sin embargo, fue cuando Iranio mencionó la primera palabra de su vida: “pumpulla”, queriendo decir cebolla. Michi escuchaba con detenimiento cuando Iranio le contaba que risas y aplausos causaba a sus hermanos, primos y familiares semejante logro de aquel niño que había salido de su mutismo recién a sus seis años de edad. Ahora comprendía Michi porque la biblioteca para Iranio lo llenaba tanto, era su compañía, su refugio, porque aquel lugar era capaz de catapultarlo al contexto de la sabiduría. Y mientras Michi reflexionaba en eso Iranio dibujaba y hojeaba con gran interés los libros que según

decía, eran como una nave espacial que lo llevaba a los puntos más lejanos del universo, una máquina del tiempo que lo trasportaba al pasado lejano o al futuro. Cada libro era un amigo, un maestro que lo divertía y lo consolaba, pero sobre todo una salida a una vida mejor, más feliz y más útil.

Aunque ya no duermo en un pajar, en la biblioteca puedo sentirme libre como las aves—le decía Iranio. Y muchas cosas comenzaban a cuadrarle porque estaba perdiendo la inocencia y dándole cabida al saber, a saber quién era porque en su orfandad, sin un molde de padre alguno en quien confiar, en las clases que siguieron observaba el rostro del maestro que blandía su puntero como el martillo de Wotan. Van de Maele, aunque no se parecía a su padre, era igual de severo hasta en sus menores rasgos, pero denotaba un buen corazón. Observaba y estudiaba con interés sus gestos, cada movimiento, cada cambio de expresión. Otras

veces el muchacho se sentaba en la última fila del aula junto al parlanchín Michi a quien costaba hacerlo callar para observar desde allí, el perfil de aquel hombre que lo motivaba a superarse porque aquel maestro era su único referente. Y a veces, el maestro también lo observaba, y a sabiendas del progreso de su motivado discípulo, ponía sus ojos profundos en él, contemplándolo con esa mirada dulce y celeste como un retrato vivo de dios o del corazón.

Durante las vacaciones de verano retornó a Tulahuén, recorrió sus callecitas. Recordó a su madre atareada en sus miserias. A sus hermanas y hermanos correteando cabras o chicoteando a las mulas. Era una forma de aferrarse a las cosas que alguna vez amó, a las cosas que lo hacían ser, las cosas que no quería perder. En ocasiones viajaba a Juan Soldado a ver a su anciana madre y a René, quienes, a falta de actividad, ocupación o trabajo,

habían sucumbido en la desesperanza y resignación. Aquellas visitas le resultaban depresivas y desganadas, y ese sentimiento de impotencia ante la triste realidad de los suyos lo martirizaba, sus visitas fueron cada vez más cortas y menos frecuentes. Junto con aquello, su sentimiento de la continua pérdida de amigos le había despertado la sospecha que no podría tener a un amigo para siempre. Temía que Van de Maele, aquel hombre que tanto admiraba, desapareciera de su vida como Peyo, como el bondadoso Arturo o el recio Juan. Aún soñaba con ellos durmiendo bajo el manto cósmico de las constelaciones, apretujados como los neandertales para combatir el frío y temerosos ante la oscuridad que los rodeaba, pero luego se despertaba sudoroso, adolorido e inquieto, y al abrir los ojos se entristecía porque se daba cuenta que estaba soñando.

Sentía en lo profundo de su ser una extraña

pero poderosa metamorfosis. A pesar de sus diecisiete años no tenía un rostro lozano. Se estaba convirtiendo en hombre y se daba cuenta de ello, a pesar de lo bien parecido que era, delgado pero apariencia fuerte y viril, el espejo acusaba lo curtido de su piel, arrugas y manchas, el tiempo le estaba pasando la cuenta de la constante exposición al sol, y se sumaba al haber de su inexorable reloj, la nariz medianamente torcida producto del combate con Oscar, todo delataba su oscura niñez y violenta adolescencia. No obstante, sus largas lecturas, disciplina y metódicos hábitos de estudio le permitieron mejorar sus calificaciones. La ayuda de Van de Maele les permitió a él y a Michi acceder otra vez a una beca universitaria para jóvenes en situación de vulnerabilidad. En esa condición de becado en la Escuela de Minas de la ciudad de La Serena, tuvo que rechazar las invitaciones a las cantinas, no

condescendiendo a la nobleza de sus amigos, recordaba el designio de su padre –vivir con la razón y no con el espíritu—sentía esa voz interior que lo inducía a alejarse de aquellas juntas que lo desconcentraban de sus estudios.

Monchito y Marchant, aunque muy satisfechos con su desempeño, no tenían perseverancia como tampoco voluntad, así que sus padres tuvieron que pagar los estudios de la universidad por cuenta propia.

Venían vientos de cambio y los hombres corrían como locomotora a vapor, durante el período en la universidad, Iranio conoció a Atila, otro maestro muy particular, pero a diferencia de Van de Maele, era más temido que querido. A Iranio nunca le inquietó saber por qué. Hombre pragmático y robusto, y a pesar de su avanzada edad escribía poesías y bailaba cueca; admirador del legado de Domeyko, disciplinado e intolerante

al extremo. Sin embargo, este singular personaje que se le cruzaba en el camino tenía su lado bueno, porque para las fiestas patrias su facultad alzaba la bandera nacional en el mástil más alto de la universidad, con su escudo, con su cóndor y su huemul, e impartía clases de cueca y encargaba a Iranio la organización del campeonato y la construcción de ramadas en el patio de la universidad. Era tan patriota y tanto su amor a la cueca que eximía de los exámenes a los triunfadores de aquellas competencias, así que todos los alumnos se pusieron a bailar.

Pero la personalidad de Atila se alejaba mucho de un hombre con ambiente de fiesta, sus alumnos le temían porque los reprobaba sin misericordia en su asignatura de electromagnetismo cuyas ecuaciones y fórmulas resultaban tan incomprensibles como un código maya. Era tan compleja que Michi llegó a la

conclusión que dios ponía a funcionar las cosas del mundo con el electromagnetismo de acuerdo a la teoría de ondas el lunes, miércoles y viernes, y el diablo de acuerdo a la teoría cuántica el martes, jueves y sábado, porque todo según esas teorías era relativo, incomprensible o indescifrable.

Cierta noche, Iranio y Michi, que no habían triunfado en ningún campeonato de cueca, desesperados por aprobar la temida asignatura, hicieron un forado en el tejado por sobre la sala de imprenta en donde se encontraba el examen que Atila aplicaría al siguiente día. Cómplices con la oscuridad de la noche, como viles ladrones buscaron y encontraron a tientas el atesorado papel, y durante la noche lo estudiaron y lo resolvieron por completo.

A la mañana siguiente, soñolientos pero confiados en el éxito, se apearon en sus pupitres a la espera del examen de Atila, pero éste al ingresar

al aula, y antes de distribuir el temido documento les manifestó solemnemente el siguiente sermón:

¡Educar no es tan sólo entregar conocimientos o un cartón escrito con una profesión, sino templar el alma para las dificultades de la vida! ¡Aunque no lo comprendan aún, la electricidad y la ciencia están cambiando el mundo, y estoy aquí para enseñarles a enfrentar y a hacerse amigos de esos cambios, de este modo ellos se transformarán, junto a la pujanza del trabajador joven, en la catapulta que lanzará a este país al éxito!

Todos se miraron entre sí preguntándose que pretendía o que había querido decir el profesor, y la respuesta la tuvieron cuando comenzaron a leer el examen.

¡Gran sorpresa! Las preguntas no correspondían al resuelto. ¡Era otro examen! Michi miró a Iranio intentando encontrar en su mirada la

solución que aliviara su terrorífica sorpresa.

A los dos días de la fatídica experiencia, Atila ya publicaba en los murales las rojas calificaciones de los muchachos. Iranio había comprendido en pellejo propio, el porqué del apodo de su temido maestro, quien una vez más y a cabalidad honraba su nombre: Atila, el rey de los Unos.

Al finalizar el último año en la universidad, Iranio y Michi finalmente habían aprobado en tercera instancia la compleja asignatura. Aunque seguían pensando que venía del espacio, habían comprendido la más valiosa enseñanza del maestro, que ellos actuaban como un campo magnético, que es posible predecir eventos y hasta percibir pensamientos mediante las ondas electromagnéticas, un campo gravitatorio con energía invisible e intangible pero vibracional, por eso lo que eran era resultado de lo que pensaban, y

que la solución siempre estaba en aquella energía interior que predicaba su padre, aquella fuerza motriz inmaterial, que es más poderosa que la energía mecánica o la del vapor, incluso más potente que la electricidad y que es la fuerza de voluntad.

Cuando Iranio se graduó de la Escuela de Minas de La Serena, se dirigió a la escuelita de artesanos de Ovalle para agradecerle a Van de Maele. Al llegar al portal se sentó en una banca rodeada de los helechos debajo de la palmera. Frente a ésta y en la cornisa estaba la columna con las dos cabezas de piedra incrustadas en la esquina de la pared, al comienzo del largo corredor colonial que conducía a un jardincillo. En el centro de éste habían instalado una virgen arrodillada y sosteniendo en sus brazos a un moribundo con la boca abierta agonizante, como intentando respirar o decir algo. Aquella imagen le recordó la profecía

de la gitana respecto a su necesidad de tomar el camino religioso para no morir en el abandono. De pronto una visión. Fue sólo un instante, un relámpago fugaz con la imagen de su padre que se le acercaba por el corredor mirándolo cariñosamente, una sonrisa de satisfacción se dibujaba en los labios de Federico, pero al instante que Iranio se dio cuenta de ello la imagen de su padre desapareció. Entonces sintió una brisa leve, alzó la mirada y las dos pétreas cabezas arraigadas en un solo cuerpo lo observaban. Nunca antes durante su paso por la escuelita de Ovalle había puesto real atención en esas cabezas decorativas que parecían gárgolas; y que servían para evacuar por la boca de las cabezas el agua lluvia de los tejados. Y en el preciso instante en que se levantó de la banca curioso para tocarlas tuvo que contenerse, porque desde el fondo del corredor Van de Maele apareció, Iranio contuvo el impulso

de tocar aquellas cabezas, y caminó en cambio hacia el maestro para saludarlo con un estrecho y alegre abrazo. Sonrieron y se miraron a los ojos sin decir palabra alguna, sino que conversando a través de esas ondas de Atila que son como señales. Caminaron por los corredores y se sentaron en una banca rodeada de prados y jardines. Hablaron de astrología, que antiguamente—dijo Van de Maele, no se cultivaba ni en las escuelas ni en los conventos porque la iglesia consideraba aquello como un atentado a dios, y lo tenía prohibido ya que, evidentemente, era un intento del hombre en buscar la diversidad de especies con distintos destinos y vocaciones, y eso era como evocar al mismo diablo. En ese punto intervino Iranio.

Usted siempre nos habló de búsquedas, de descubrimientos; imperios y conquistas, de tal manera que, después de estos años, he llegado a la conclusión de que las búsquedas y esos grandes

descubrimientos y conquistas diferencian a ciertos hombres de otros. Por ejemplo— dijo Iranio. Aquellas cabezas del portal representan dos seres distintos, pero a la vez parecen uno solo. Acabas de dar en el clavo—dijo Van de Maele. Ahora veo que has crecido y tu camino se ilumina, y aunque no hayas despertado del todo pronto lo harás, no tengo la menor duda.

Iranio lo miró confundido, pero Van de Maele continuó:

La verdad mi querido Iranio, la diferencia que encierran esas cabezas no tiene mayor importancia, sino el interés que has tenido en buscar aquella diferencia. Así, por ejemplo; un maestro busca en sus discípulos como el científico en las estrellas aquellas características que la distingue de las demás con el fin de cultivar en ellas sus virtudes individuales. Cada uno debe sentirse distinto a otro en la medida que conozca sus

virtudes interiores y su real vocación.

Comprendo—dijo Iranio. Pero si un niño observara aquellas cabezas no creo que exista en ese niño alguna virtud ya que, fácilmente notaría la diferencia sin necesidad de tener aquella vocación de buscar diferencias.

Efectivamente—dijo Van de Maele, pero si los rostros de esas cabezas fueran iguales, algunos niños ya no acertarían a distinguir la diferencia entre una cabeza y otra, sino los que tuviesen más paciencia y no se atenderían sólo a observar los rostros, sino que también las señales más intensas de aquella escultura. Y no me refiero a esto como inteligencia, sino a la diferencia de la capacidad de observar entre un niño y otro.

Ahora comprendo—dijo Iranio. Si ambos rostros fuesen iguales los niños ya no acertarían a distinguirlos, sino que tendrían que buscar en la escultura la unidad o la totalidad que representa.

Me alegro que hayas comprendido al fin Iranio—Nunca habías notado esas cabezas sino hasta ahora, cuando eras joven esos rostros no eran más que un par de cabezas similares—dijo Van de Maele. Ya verás que la inteligencia no existe como tal, así como yo no soy más inteligente que tú, ni más bueno o más malo, sino que existen solo diferencias entre tú y yo. Somos tan solo distintos como puede ser el mapuche del mongol representados en esa escultura. Debes sentirte digno de ello Iranio, a pesar que era parte de tu sangre esculpida allí que durante años tu mente no reconoció.

Iranio comprendió y aquel maestro de rostro paterno contemplaba al muchacho con expresión afectuosa mientras ambas pétreas cabezas le miraban. Se echaron a reír y compartieron el resto de la tarde caminando pausadamente por los corredores y las placillas

floreadas de la escuela. Los niños corrían en derredor y el maestro jugaba con ellos y les hacía bromas. Iranio le miraba, agradecido y alegre. Van de Maele había logrado en él, como en esos niños, que sus ojos recuperaran la mirada limpia y soñadora como si viniera del corazón. Finalmente Van de Maele se despidió y se retiró, y al caer la tarde tañó por última vez la campana, pero aún se veía a Iranio solitario dormitando sentado en la misma banca, plasmado debajo de la palmera, flanqueado por las gárgolas que asomaban sus rostros por entre los altos helechos. Un viento suave apareció de pronto acariciando su rostro, abrió sobresaltado sus ojos soñolientos, se había quedado dormido en el conflicto, entre la necesidad de pertenecer a un grupo y la inconsciente necesidad de ser visto como único, pero esa lucha de adolescencia había terminado, había establecido su carácter, ya tenía todo lo que

necesita un joven para comenzar con buen pie su vida, una buena reputación y un crédito, había despertado.

SEGUNDA PARTE

Capítulo VI

Había muerto el salitre en el norte así que muchos desempleados pusieron sus ojos en el carbón del sur. El abarrotado tren inició la marcha mientras las personas aún corrían de aquí y para allá y viceversa; en loca carrera chocaban entre sí; como si el lugar desde donde Iranio y Michi desertaban; se fuera a hundir de un momento a otro.

Iván ya se había marchado hace algunos años a laborar a las minas de carbón de Lota; y había enviado pasajes de tren a Iranio para que siguiera sus pasos; pero en las minas de carbón de Schwager; en Coronel. René allí parado sólo en el andén parecía árbol arraigado por el desconsuelo al suelo; e intentó despedirse de Iranio en lo que sería una última mirada; pero un ronco y breve

silbatillo bajó el telón de aquella despedida. La locomotora comenzó su procesión, los blancos nubarrones del vapor sellaron ese adiós que, sin saberlo los hermanos, sería para siempre.

Cuando el caballo de hierro se aproximó al Sur; éste conservaba aún intacto aquellos rincones con el encanto virgen de la naturaleza primitiva. El río Biobío; calmo como un espejo; y en la ribera del otro lado; un bosque de araucarias tan esbeltas; tan elegantemente sencillas que se reflejaban en él, y la Nahuelbuta sombría que se perdía hacia el sur monte tras monte; se fundía con el cielo y el mar hasta que en el firmamento lejano; no era posible distinguir lo uno de lo otro.

Era el lugar más grandioso del mundo. Sólo faltaban en esa escena mágica los dinosaurios caminando entre las coníferas milenarias.

Todo lo que se le mostraba a Iranio ante sus ojos era desconocido, misterioso y recóndito.

Verdes y profundas hondonadas, vio en su sinuoso recorrido hacia aquel lugar que según decían situado en el infierno, e iba atalayando expectante cada orilla, cada hondonada, cada rincón de quilas y de bosque virgen apenas visible por el ojo humano.

El tren orilló el río en un largo y pausado recorrido, sagaz y prudente como siseo de una serpiente. De pronto, al detenerse la máquina un instante para abastecerse de agua de un arroyuelo que caía de una quebrada; los muchachos divisaron a una liebre que saltaba de entre la espesura. Cuando Iranio se levantó de su asiento y se acercó a la ventanilla para observarla, el animalito le clavó la vista y dando media vuelta se alejó a la carrera.

El caballo de hierro; con sus convoyes de esperanzas; cruzó el Biobío que fluía después de siglos de servicios prestados a la especie humana;

y que ahora poblaba sus márgenes. Ese río largo como cinta magnética, había grabado el susurro de la historia, pero no era la corriente sino la voz de la vida, de la existencia, de lo que fue, de lo que era y de lo que siempre será.

En la llanura al otro lado del río; un desperfecto en la caldera detuvo a la locomotora entre los claros de una laguna y el mar. Había allí abundancia de aves que aparecían y desaparecían zigzagueantes, parecían hablar entre ellos, pero luego huían volando a ras de piso.

Cuando llegó el crepúsculo de la tarde; un lúgubre silencio invadió el vagón que se llenó de murmullos. Algunos comenzaron a ponerse en pie y luego a bajar del vagón y desaparecieron en la oscuridad de la noche; mientras otros la pasaron en absoluto silencio o conversando en el bosque alrededor de una hoguera.

Iranio se acurrucó en su butaca y se preparó

con Michi a pasar allí la noche.

Al amanecer la tibieza de una lengua de sol despertó a Iranio. Bajó del vagón, sintió frío y para colmo la situación no parecía tener avance alguno.

Los más osados o con poca paciencia se aburrieron, y echando bolso al hombro continuaron el viaje caminando y por cuenta propia.

El pájaro chucao comenzó a tronar en el bosque, canto, que sólo se le oía a intervalos, lejos del hábitat del hombre. Era un canto sorprendente que Iranio no había escuchado nunca, pero le atraía. Un canto profundo y primitivo. Largo rato se quedó en vano intentando ver desde dónde provenía; de entre los árboles o de los arbustos; y como no lo logró se sentó resignado en un tronco escuchando el extraño sonido que le parecía provocar un trance.

¡Lástima que no sea capaz de hablar con las

aves o los animales como lo haces tú Michi! —le dijo Iranio.

¡Qué hermoso sería hablarle a esa ave de canto misterioso; y preguntarle algo de lo cual ella quisiera hablar; de su vida en el bosque; de sus amores; de sus hijos; de sus sueños o de sus penas!

Acordóse entonces de las veces que dibujaba con un carbón toda suerte de aves en bosques sombríos, de gruesos troncos enervados y gigantes. Ahora ya no necesitaba dibujar porque ante tal incomprensible y verdadera belleza se emocionaba, y en aquel amanecer, cuando observó salir el sol por detrás de la montaña, le ocurrió aquello que ya le había sucedido. Los colores de la aurora y el canto infinito de avecillas que despertaban al ritmo del firmamento; le hizo caer lágrimas de gozo, pero no ese gozo de felicidad que genera un éxito repentino, sino un llanto de dicha, incomprensión y dolor como si estuviese viendo al

mismísimo dios, al verdadero. Cuando Michi lo miró a los ojos, Iranio disimuló su llanto como si fuese resultado de una risa, pero su fiel amigo guardó silencio hasta que las lágrimas se evaporaron al son de la brisa mañanera, se volatizaron, como el vapor que generaba la fuerza para el enganche de la locomotora.

Un huaso campesino tirando una carreta con dos bueyes apareció de pronto y todos los pasajeros se abalanzaron sobre él. Le ofrecieron todo tipo de pagos para que transportasen sus bolsos; pero sin pensar siquiera en el inmenso peso que representaba todo aquello, y como resultado de semejante insensatez, empantanaron como burros las ruedas de la carreta en el lodazal.

¡Arre! ¡Arre! —gritó el campesino, pero fue inútil.

La multitud guardó silencio, expectante, mientras el huaso vociferaba y golpeaba su vara

sobre el lomo de los bueyes como si creyera que ese palo poseyera la magia del báculo de Moisés.

Iranio miró a los bueyes y Michi exclamó—
El hombre trajo el infierno a la tierra; y lamentablemente ha hecho de ella también un infierno para los animales.

Esos bueyes saben que estamos perdiendo en forma peligrosa nuestro sano instinto animal, estamos mutando a un dios irracional, a un engendro enfermo e infeliz. —dijo Michi.

Iranio le quitó la vara al huaso empujándolo con violencia. El sorprendido campesino cayó sentado de espaldas asustado, sin saber que había sucedido.

Iranio acarició el lomo de ambos bueyes dulcemente. La multitud y el huaso aún tendido en el suelo observaron la improvisada y extraña escena, y luego Iranio golpeó la vara a intervalos contra el yugo logrando que los bueyes

retrocedieran. Se les acercó nuevamente y les murmuró algo indescifrable en las orejas. Un impulso repentino sacudió a las bestias que tiraron con tal fuerza como si hubiesen recibido un latigazo. La carreta se estremeció y sonó el golpe seco de la vara contra el yugo.

¡Arre buey! —exclamó Iranio, el grito resonó por el valle desde las montañas hasta el mar.

Y repitió la maniobra haciendo mover los bueyes de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, una y otra vez. Las ruedas se desatascaron, ya estaban desenterradas. El grito de Iranio se oyó nuevamente como un cañón.

— ¡Arre buey! ¡Arre!

Un buey comenzó a moverse y luego el otro lo siguió. Uno; dos; tres metros hasta que el ritmo continuó. Todo el mundo dio rienda suelta a su entusiasmo y como locos se abrazaron muy felices todos los unos con los otros, pero sin saber con

quién, y la euforia persistió hasta el cansancio. Pero lo más curioso —le dijo Michi a Iranio, fue que, en ese preciso punto de aquel inhóspito lugar, después de tan largo viaje y gracias a esos bueyes, recién los hombres se sintieron unidos por primera vez.

Al clarear el día, la gente que caminaba junto a la carreta ya no quería dar un paso más. El agotamiento no era tanto, sino el regateo permanente de una mujer llamada Burda, la cual no dejó de hablar ni refunfuñar durante todo el tiempo desde que retomaron el viaje en el carretón.

Burda era la esposa de un tipo con rostro árabe y domesticado por ella llamado Macab, y hermana de otro de mal aspecto de nombre Patricio que caminaba detrás de la carreta. Desde un principio Iranio miró con recelo e inquietud a este nuevo trío que se le cruzaba en su camino, desde cuando comenzaron a cargar la carreta. Se percató

de un pequeño perro que llevaba en brazos la mujer del cual se preocupaba y alimentaba mejor que a su propio esposo y hermano. Todas sus actitudes, maneras y movimientos, tanto de la mujer como de los hombres demostraban inexperiencia y una absoluta falta de método. Burda no hacía nada más que darles órdenes, mirar y acariciar al perro mientras Macab y Patricio hacían torpemente unos bultos de pertrechos enrollándolos desganadamente y de mala forma; resultando con un volumen tres veces más grande de lo que debiera, y lo peor es que empaquetaron con sus ropas sucias las fuentes de latón y ollas en las que habían comido ellos mismos y el perro, sin siquiera lavarlas.

Burda se movía con su perro en brazos y alrededor del carretón, estorbando al huaso y a los hombres que avanzaban en torno a la carreta y no paraba de hablar, pretendiendo darles lecciones y

consejos. Cuando Patricio acomodaba un saco suelto de ropa que estaba en la parte trasera de la carreta hacia delante; ella opinaba que debiera ir detrás, y cuando el pobre Macab movía un saco de la parte delantera hacia atrás, ella decía que debía ir delante. Se empeñó en que descargaran la carreta porque uno de sus delicados bultos había sido olvidado y colocado debajo del peso de los demás; y no dejó de persistir en aquello durante todo el penoso viaje.

Cuando ingresaron a la periferia del puerto minero los hombres exclamaron ¡gracias a dios!, pero no por acercarse al destino sino porque se desasirían de Burda, y para todos eso ya era una bendición.

La caravana bajó por un arcilloso cerro llamado Obligado; y cuando ingresaron de lleno al pueblo se sorprendieron porque sus calles, aunque de tierra; revelaban un importante auge

carbonífero; portuario y comercial.

En la estación cada cual tomó sus maletas y emprendió su propio camino, mientras otros ayudaron a descargar los aplastados bultos de la Burda.

¡Traen mantas suficientes como para instalar un hotel! —exclamó sonriente uno de aquellos.

Burda lo miró agradecida, pero con desdén.

La desagradable mujer arrojó el perro a los brazos de Macab y se abalanzó de cabeza a rescatar los delicados bultos que tanto ella suplicaba salvar durante el viaje.

¡Santo dios! —dijo la mujer al abrir sus valorados sacos. Después de mirar atónita hacia el interior de cada bulto, no hubo más remedio que aceptar la realidad. Al poco rato Burda; Macab y Patricio estaban eliminando una serie de vidrios y platos rotos; mientras la mujer sollozaba sin cesar

al instante que tiraba todos aquellos objetos inútiles uno tras otro. Lloraba sin parar y cada vez que tiraba una cosa, lloraba más fuerte. Luego de terminar de arrojar todos sus pertrechos inservibles a la calle; en un ataque de venganza arremetió contra los sacos de ropa de Macab y de Patricio, tirándolos al suelo y pateando cada prenda y dejando todos los harapos desparramados en el fango de la estación. El perro también las emprendió contra los sacos y las vestimentas; ladrando y desgarrándolas como si su pequeño cerebro de animal pudiese anular el temor de cualquier reprimenda de los hombres; y al mismo tiempo ser capaz de confabularse con la furia de la Burda.

Iranio y Michi se alejaron lentamente del inesperado pero gracioso espectáculo, y mirándolo de reojo cruzaron la calle para sentarse en la banca de una placilla. Fatigados del viaje, suspiraron

profundamente y sintieron por vez primera el aroma salino de orilla de mar. Una paz y descanso fugaz les invadió un momento ante un celeste cielo que se mostraba en plenitud ante el tibio sol del mediodía, sin embargo, la armonía les fue interrumpida nuevamente por los chillidos de aquella enferma mujer. Un ding-dong sonó potente desde un pulcro campanil de estilo inglés el cual confirmó la hora del mediodía, Iranio observó en su cúspide un hermoso reloj de cuatro esferas. El reloj había sido donado y traído desde Inglaterra a la plaza 21 de mayo del pueblo de Coronel en el vapor Limarí, por el pionero del carbón don Federico Schwager Maggines en 1881. Además, por sus contactos e influencias don Federico había sido cónsul del pueblo porque Coronel en esos años era puerto mayor.

El campanil exhibía una planta cuadrangular que lograba gran esbeltez y altura.

Sólido ladrillo y mucho hormigón, y a su alrededor se había cultivado un hermoso jardín con árboles nativos y exóticos importados desde Europa. En frente de la plaza había una amplia y cómoda avenida recubierta con baldosas refractarias fabricadas en las minas de la familia Cousiño en Lota, y en sus senderos se situaban elegantes bancas enmaderadas en hierro fundido, dispuestas para los visitantes.

Iranio no sabía nada del pueblo minero de Coronel. Le habían contado que míseras casuchas se habían levantado en las faldas de unas colinas en donde solo llegaban las olas y el viento a azotarse contra sus flancos. Que todo sobre la tierra arcillosa del valle y de las colinas pertenecía a la Compañía. Que hace mucho tiempo habían tendido un sendero desde Concepción y habían perforado los piques y ahí mismo construido las casas de madera de los mineros que eran solo

campamentos. Que habían levantado tiendas de abarrotes que eran también de la misma Compañía y hasta habían edificado una iglesia. Desde entonces, aquel pueblo era un agujero sin fondo. Que los míseros salarios salían en fichas de las minas y terminaban en los engranajes de la misma; y que era lo que el minero gastaba en las cantinas; en las chinganas; en los burdeles; en comer; vestirse y pagar algún lugar donde dormir, así que a fin de cuentas no le quedaba nada y para colmo; esas fichas con las que la Compañía les pagaba; eran como grilletes adosados a sus pies; no les permitía emigrar porque las fichas salvo en Coronel, no tenían ningún valor.

Que todos los horizontes desaparecían al bajar a la mina. No obstante Iranio al llegar; vislumbró comercio; ferreterías; tiendas de abarrotes; telares y casas comerciales de los vascos; árabes e italianos que denotaba la presencia

européa ya arraigada por lo menos medio siglo. Una glorieta llenó de música la placilla dándole la bienvenida a los nuevos inmigrantes.

El sonido del ding-dong del campanil de cuatro esferas les fue hechizándolos poco a poco, pero se levantaron y retomaron su camino hacia los chiflones de carbón de la mina Puchoco. Iván se encontraría allí en un barrio obrero esperándole. Caminaron en esa dirección dejando atrás y sentada en la solera a la ensimismada Burda mientras el perro le mostraba los dientes y mantenía a distancia al complaciente Patricio y al sumiso Macab.

Llegaron a una fresca costanera de tierra que conducía a Puchoco. Las casas que orillaban la playa tenían puertas macizamente enmaderadas y callejuelas amuralladas que protegían las salidas de mar. Había escaleras empedradas que ascendían hacia los cerros zigzagueantes y una que

otra maestranza y herrería que arrojaba a la calle un rojo resplandor del martillo que a la vez; emitía el dulce sonar del yunque. Caminaba curioso Iranio por la barrosa calle y en cada esquina olfateaba en las puertas de las bodegas el aroma de los toneles y del vino, recordó los ancianos que embriagaban sus penas entonando canciones de charlestón en Tulahuén; y en la ribera de la playa; vio también largos y coloridos tendederos de charqui con su olor a pescado; a tierra y a mar. Encontraron a su paso la cantina llamada El Sin Remedio; atendida por un garzón obeso y colorín que le hizo varias preguntas, pero Iranio se refirió a algunas, pero calló en otras. En aquella cantina; se vieron acogidos amistosamente por los mineros que bebían y charlaban acaloradamente en el mesón abarrotado de chuicas de vino y pipeño. Pasaron un buen rato almorzando con ellos y con vino que el gordito llenaba copa tras copa

amistosamente. Reanudaron su viaje hacia la costa dejándose llevar como los ríos al mar, contemplaban sorprendidos inmensos barcos carboneros y como otros añosos veleros agitaban sus blancas velas al viento. Hermosas jovencitas le sonreían a la distancia, tras los cercos de esas casas mineras; o de los pescadores que también vivían en la caleta aledaña. Pero otras mujeres; más maduras y osadas; plantaban flores en sus jardines, acucilladas; y seductoramente les dejaban entrever sus muslos desde donde nacían sus ceñidas piernas. Más allá otras; tan hermosas como aquellas; sacudían sus cuerpos escobillando las ropas en las lavanderías públicas que la Compañía había construido.

Desde el corazón de una escuela, a los pies de un cerro, el tañido de una campana que no rompía, sino que sostenía el silencioso correr del tiempo. Y desde las alturas del mismo cerro,

blancos delantales descendían brillantes y libres como mariposas, hacia esa escuela que era su jardín. Allí, en la iniciación del silencio aprendían a escuchar, antes que intentar comprender.

Tres hombres toscos de rostros curtidos sonreían de gozo en un bote a remo sobre la negra arena de la playa. Vaciaban sus redes cargadas de mar y en su euforia, chiflaban a los mineros camino a la mina; quienes sabían; que había que ganarse el pan primero; antes que merecer a esa mujer.

Al llegar a Puchoco; encontraron pabellones obreros con departamentos facilitados por la poderosa Compañía; para que los ingenieros y personal técnico se hospedaran allí, al menos por un tiempo, mientras se establecían.

En lo alto de una colina; un cuartel de policía fortificado se asomaba con dos imponentes cañones de artillería pesada, Iranio no distinguió bien si apuntaban hacia el barrio obrero o hacia la

bahía del puerto, porque apuntaban en la misma dirección. Le quedó claro a Iranio entonces; que nada entraba o salía de allí, ni siquiera un barco; sin que la Compañía lo supiera; a menos que tuviese la autorización de Freddy. Freddy era el hijo de Marion Schwager, hermana de Federico Schwager Maggines; fallecido en 1892. Ahora Freddy era su heredero y dueño de la empresa. Había estudiado ingeniería industrial en la universidad de Hanover en Alemania, y en 1902 con 25 años; había ingresado a la Compañía y en 1912; ya era presidente del directorio. Paradojalmente a un costado de la colina en donde se situaban los cañones; la Compañía había construido una parroquia de estilo inglés. En las faldas de la colina a metros del mar; existía una plazuela rodeada de economatos para el abastecimiento de alimentos y abarrotes para la población. Escuelas; un liceo técnico-comercial; gimnasio, un club social; cine y

edificio de bomberos. Y unos metros más allá; los tres chiflones que formaban parte de la mina Puchoco. Todo lo necesario para vivir estaba allí; porque Coronel estaba distante de todo; así que la verdad, es que no había más a donde ir.

Lo recibió el encargado de las habitaciones; pabellones y departamentos destinados al personal. Este señor de aspecto lozano y peinado engominado llamado Pablo, les preguntó sus nombres y lo que deseaban, y cómo habían llegado hasta allí.

—Caminando y en compañía de unos bueyes —dijo Iranio.

Pablo lo miró con desconcierto y le entregó las llaves de una habitación reservada previamente por Iván que aún no había llegado, pero a Michi lo derivó a un departamento que tuvo que compartir con otros. A Michi no le gustó la idea, pero Iranio lo hizo callar, Iván les había advertido que en las

minas de los Schwager no era conveniente preguntar y mucho menos protestar, sólo obedecer.

Desde ese momento los caminos de Iranio y Michi se separaron como una bifurcación en un sendero, mantener las jerarquías en la mina era importante y las recomendaciones también, así que Iranio al ser apadrinado por Iván comenzó a correr por cuenta propia y Michi, a abrirse camino por sí mismo.

Durante la tarde; Iranio se dirigió a las oficinas del chiflón Puchoco; a hablar con don Pedro que era el jefe de la mayoría de las zonas de producción de la mina llamados distritos. Iranio se dio cuenta que a don Pedro todos lo apodaban don Peter. Era flaco y demacrado con arrugas acentuadas en su rostro que nacían desde el cuello, más bajo que alto pero fibroso y atlético. Su cabello plateado ahora era gris como ceniza. Todo en él

ahora era viejo, salvo sus ojos celestes que tenían el brillo del mar, inquieto y soñador.

¡Muéstrame tus manos muchacho! —le dijo don Peter severamente.

Iranio se las extendió someramente.

Si trabajas como dicen tus manos que lo haces, preséntate conmigo mañana al amanecer. Serás mi ayudante durante el turno, y ahí veremos —dijo el hombre.

Lo que quedaba de la tarde paseó por Punta Puchoco; gozando de la frescura marina; sentado sobre rocas de la negra playa en dónde había un faro; y reventaban bellamente allí las olas; como si el mar quisiese salirse de sí mismo y no renunciara nunca a aquello. Ese día no vio ni supo más de Michi, seguro se quedó enredado en sus quehaceres, con sus colegas en su nuevo hábitat como puede ser un departamento compartido entre tres o cuatro hombres jóvenes y solteros—

pensó Iranio.

Al atardecer regresó a Puchoco, pasó debajo de los cañones y cuando ascendía por la calle hacia la casa de técnicos; en donde se encontraba su habitación; encontró a una bella joven sentada y llorando en una banca; acababa de tener una disputa con su novio y él se había ido dejándola sola. Iranio sorprendido la observó un momento, era preciosa; de dorados cabellos que caían ondulados sobre sus hombros y de piel rosa refulgente a plena luz. A Iranio se le erizó la sangre porque nunca había tenido contacto con alguna mujer. Aun así, el silencioso sollozo y gemido de la joven; sus largas y contorneadas piernas; y el embelesador aroma de su cuerpo; el candor y color de su boca lo alentaron, e incluso lo hicieron fantasear a tal punto que se le aceleró el pulso de su corazón; se llenó de valor y se sentó a su lado. Le preguntó su nombre; escuchó sus quejas, en un

impulso incomprensible y valiente le acarició la mano; le contó cosas del desierto; de las estrellas; de Resbaloso y del Ying y el Yang. También le habló de los campos; de las uvas y la paz que genera la sombra de una higuera; de los pájaros que dibujaba; de aquel río que cruzó para llegar a este pequeño paraíso del mundo; la consoló. Luego; le habló del chucao y hasta la hizo reír con la historia del perro de la Burda. Pero instantes después retornó el amado a buscarla; venía ya sosegado y arrepentido de la riña. En cuánto vio a Iranio sentado junto a ella; lo increpó a insultos y al ver a Iranio desafiante se abalanzó contra él intentando golpearlo con los puños. Era un muchacho grande y maceteado así que a duras penas pudo Iranio defenderse, mas, al fin, consiguió dominar a su adversario y éste se alejó maldiciéndolo. Elisa, la joven hacía ya rato había huido. Iranio, en un pueblo ajeno, temiendo otra

gresca en reprimenda se fue de inmediato a la conserjería en dónde retiraría las llaves de su habitación. Al llegar, encontró conversando y riendo a don Pablo con Iván. Su hermano no trabajaba en los chiflones de Puchoco de la familia Schwager, sino en las minas de Lota de la familia Cousiño que distaban diez kilómetros al sur; y que ya estaban electrificando. Por lo mismo Iván; sugirió a Iranio que aprendiera rápido de los avances tecnológicos de la mina de los Schwager. Freddy contrataba profesionales ingleses; no sólo para trabajar; sino para aprender de ellos; así que si pretendía Iranio prosperar debía pensar como aquellos y aportar con trabajo duro; con ideas y llevarlas a cabo.

Al amanecer, cuando el pueblo aún no estaba del todo despierto ni lleno de rumores, con el corazón palpitante tomó rumbo al chiflón al encuentro de don Peter. Afuera, el bullicio de

jinetes y el piafar de sus caballos se sumaba el golpe de carros con carbón que se impactaban entre sí al salir de las galerías subterráneas de la mina.

En las oficinas encontró a ingenieros británicos a quienes preguntó en dónde podría encontrar a don Peter y uno de ellos quiso saber por qué motivo deseaba verlo. A Iranio no le costó trabajo interiorizarle de su posición en la mina y el gringo le indicó entonces donde don Peter se encontraba. Hallábase el veterano jefe al fondo de un pasillo, después de un largo corredor con bancas de madera que antecedian a su oficina.

Don Peter era delgado, pero con mayor energía que un hombre corpulento. Recién afeitado, entre cincuenta y sesenta años de edad. Miró a Iranio como a un extraño, con sus ojos zarcos y ahondadores, pero enseguida reaccionó saludándolo afablemente.

Trabajaron con los planos de las galerías y

con ello marcó el comienzo del laborioso día. Don Peter informó a Iranio que su amigo Michi había sido asignado al turno de la noche por lo que de día difícilmente lo vería.

Por un momento Iranio le pareció ver en don Peter la imagen del capataz Vicente, aquel hombre duro y solitario; un tanto descortés y sin interés de cultivar amistad alguna, sólo empeñado en sus cálculos, en los avances de la mina, como una guerra en donde sólo importaba avanzar, producir y producir, incapaz de escuchar; o en donde no hay cabida a la voz del sentimiento o del dolor. Don Peter marchó delante de él; y tomó rumbo a la entrada del chiflón en donde se parapetaron; en espera de los carros que los introduciría hacia el interior de la mina. También había otros hombres con cascos de diferentes colores: negros; rojos; amarillos; azules; verdes y blancos; en fin, cada color representaba una

función específica, como las piezas de un reloj cuyo movimiento depende de las demás y las demás de una. Eran como soldados en las trincheras; a punto de salir de ellas para lanzarse al frente de batalla, hombres cabales; curtidos y valientes; todo era como un regimiento. Ellos eran entonces; --pensó Iranio; los guerreros de la tierra.

Toda la edificación en la superficie de la mina era de piedra como castillo medieval inglés, y en algunas zonas de construcción reciente, de ladrillo refractario. En una bodega de herramientas sustentada sobre piedras que afloraban desde el suelo; sólo la estructura de techumbres y las puertas eran de madera; y en los estrechos vestidores les entregaron los elementos de protección. Una lamparilla electrificada mediante una batería que colgaba de un cinturón también le fue entregada. La mina de Puchoco, como la de Lota; recientemente había sido totalmente

electrificada, no obstante, no siempre había sido así. A comienzos del siglo XX; Thomas Edison había diseñado la primera lámpara de casco basada en una batería de almacenamiento eléctrico en reemplazo de las de carburo; motivado por las trágicas explosiones de gas metano en las minas subterráneas de carbón. Desde entonces; todas las lámparas de casco se caracterizaron por un pequeño reflector que se enganchaba en el casco del minero; y que se unía mediante un cable a una batería que colgaba del grueso encuerado cinturón.

En uno de los cuartos fortificados que servían de base para la coordinación de las operaciones; en el interior de la mina submarina; a quinientos metros bajo el nivel del mar; estaba James Reid, un escocés que le fue presentado a Iranio por don Peter.

Reid; era un veterano ingeniero en minas británicas; y que le había brindado asesoría técnica

a don Federico Schwager; cuando compró y emprendió en 1891 su proyecto carbonífero de la mina Puchoco, sin embargo al fallecer don Federico al año siguiente; Reid abandonó las labores de Schwager y regresó a su patria en 1895, pero dejó un informe, en el que advertía a los herederos de don Federico del complejo destino que les deparaba a las minas submarinas de la familia, debido a una Gran Falla geológica que había fracturado los mantos de carbón submarinos sin saber si se habían desplazado hacia arriba o hacia abajo, y se adicionada a esta complicación la creciente emanación de gas metano debido a los incrementos de los volúmenes de producción que proyectaban. No obstante, en 1913 Freddy lo recontrató; para que hiciera un diagnóstico de la situación presente y futura de la mina; junto con recomendaciones para una explotación segura y rentable.

Pero Freddy era ingeniero industrial, no era minero. No portaba el carbón en la sangre como el gran Federico, el carbón no era su fin, sino el medio, para ir más adelante, hacia los más suyos y ambiciosos; los más íntimos e impensados de sus sueños. Así que, como muchos herederos, sólo escuchaba a Reid; y no le hacía en todo caso porque lo limitaba con razones técnicas; todos sus anhelos.

Reid; le dio a conocer a Iranio el talón de Aquiles de la mina, y que era que se había construido sobre un antiguo chiflón que don Federico había comprado a los hermanos Délano en 1891. Los Délano; en décadas pasadas habían sido socios de don Federico, pero después de una serie de litigios legales entre ellos la sociedad terminó. En 1881; la mina de los Délano en Puchoco se había inundado; y aquello había significado la ruina de la mina de los hermanos, de hecho, desde 1881 a 1891; cuando don Federico se las compra; los

Délano la habían dejado abandonada y a los habitantes del pueblo relegados a su suerte y Puchoco durante esos diez años no era más que un pueblo fantasma.

Lamentablemente—le explicó Reid; el acceso de los tres chiflones fue situado por sobre el punto de esa inundación; debido a que era el lugar ideal de acceso a la mina, los yacimientos de carbón se situaban bajo el mar y aquello descartó la posibilidad de acceder mediante la construcción de piques verticales. Así; mediante la construcción de chiflones inclinados se evitó pasar por las galerías de la antigua mina inundada, sin embargo; el avance de las galerías hacia el mar desde los chiflones implicaba que quedarían todas bajo el lecho del mar porque ahí estaban los mantos de carbón; lo que obligó a construir tres chiflones en la costa; bajando con una pendiente suave que permitió en un principio; cuando no se tenía aún

electricidad; la extracción de la producción con rieles y cables sin-fin movidos con maquinaria a vapor situadas afuera de los brocales de los chiflones. Las galerías inclinadas se perforaron en una capa de roca arenisca dejando un piso mínimo de veinte metros sobre la mina inundada; y un techo mínimo de treinta o cuarenta metros debajo del lecho del mar. Los carros para extraer carbón y tosca se fabricaron de madera, con una capacidad de quinientos kilos de carbón que se movían manualmente en las áreas de explotación. A cierta distancia de los brocales se explotaba ahora la zona de la mina llamada La Fortuna, y continuarían en línea recta hacia el oeste desde los dos primeros chiflones número 1 y número 2, sin embargo, después de los quinientos metros; después de haber traspasado la falla geológica llamada la Gran Falla; debían cambiar de dirección y orientarse hacia al norte en busca de otra zona proyectada de

la mina llamada El Tesoro, que era donde existían grandes reservas de carbón. El tercer chiflón de la mina denominado número 3; se había construido como una galería de retorno de aire llamada revuelta; y que permitía la salida del aire viciado y la normal ventilación de toda la mina con el ventilador denominado Hohenzollern; que era un ventilador diésel alemán instalado en 1916, y que había reemplazado a un antiguo ventilador mecánico a vapor, instalado en el brocal.

El edificio en donde se situaba el ventilador señalado por Reid; era una torre blindada mezcla de grueso hormigón; ladrillo y acero, un torreón inexpugnable; era el pulmón que permitía respirar a la mina. Iranio notó que en el portal del chiflón numero 3; había una placa recordatoria con el año de 1916, que efectivamente comprobaba que ese año se habían terminado los avances de las galerías principales y que el nuevo ventilador diésel ya

estaba funcionando de acuerdo a las recomendaciones de Reid.

Así Iranio en un par de horas, aprendió y vio en Reid la capacidad creadora del hombre en una obra de ingeniería trascendental; sin siquiera disponer de electricidad para mover motor alguno. ¡Cuánta razón tenía Atila! —recordó Iranio; porque aquí en la práctica; en los hechos; le quedó demostrado de un modo concreto; que la fuerza de voluntad es tanto o más necesaria que la eléctrica, sin embargo; Iranio supo después que el mismo Reid en ese entonces; había recomendado a Freddy postergar la electrificación en la mina; por razones de seguridad; ante las explosiones posibles al hacer contacto con el mortífero grisú. Esto limitó a Freddy en su decisión, en la posibilidad oportuna de una mayor mecanización de las faenas extractivas y que ya se habían implementado en las minas de la familia Cousiño en Lota; lo que

provocó que técnica y comercialmente les sacaran ventaja. Quizá aquello—pensó Iranio, era una de las razones porque Freddy no era absolutamente fiel, como lo había sido su tío Federico, a las recomendaciones del escocés Reid. Pasado algunos años; finalmente la mina se electrificó, permitiendo a Freddy grandes economías en los equipos—le señaló don Peter a Iranio, porque los huinches y bombas que antes funcionaban con aire comprimido se cambiaron por equipos eléctricos, los grandes compresores de aire con motores diésel; antes ubicadas en la superficie; donde ya no se necesitaban; fueron instalados en el interior de la mina; mejoraron notablemente su eficiencia al reducir las distancias entre los compresores y los equipos que aún utilizaban esta fuerza. Se cambió el sistema de extracción de carbón en la zona de laboreo que antes consistía en mantener una serie de galerías abiertas detrás del sector para el

transporte del carbón que se iba extrayendo, ahora el carbón se extraía mediante cintas transportadoras activadas mediante un motor eléctrico. Se inició el uso de máquinas circadoras para cortar el carbón en una ranura al pie de la veta en todo el largo del frente; haciendo mucho más efectivos los disparos con explosivos para soltar la veta. Así se alivió el trabajo para los mineros y aumentó su productividad. La electrificación también mejoró la ventilación en la mina y ésta permitió el uso de las lámparas eléctricas individuales para todos los mineros que antes trabajaban en la semioscuridad. Las lámparas requerían el uso del casco para soportar el foco en la cabeza de los usuarios quienes recibieron una doble ventaja: la buena iluminación de la zona en donde pisaban y trabajaban y de una buena protección para su cabeza.

Con todos estos cambios tecnológicos fue

posible aumentar la producción—según don Peter; de 1.800 a 2.800 toneladas diarias de las minas de Puchoco; Santa María y Chiflón IV que hasta 1924; las dos últimas aún funcionaban. No obstante; los grandes beneficios logrados por Freddy; con la electrificación de las faenas extractoras y sus primeros pasos en la mecanización de los frentes de producción; trajo consigo como se lo advirtió Reid, sus propios riesgos. Las máquinas circadoras producían mucho carbón triturado generando mucho gas metano en la ranura cortada. Los picos de acero de las máquinas producían chispas al cortar el carbón; y si no se controlaba bien su nivel; los picos rascaban el piso duro y podían producir chispas capaces de incendiar el gas y las llamas azules; corrían hacia arriba y abajo dentro de la ranura y no hacia la corriente de aire del frente que lo reducía a porcentajes no inflamables. Para solucionar este problema; Reid les enseñó a

extender una red de agua en cada zona de laboreo y conectada con una manguera a la circadora. Mientras la máquina cortaba; se dejaba caer un chorro de agua sobre la cadena que llevaba el agua dentro de la ranura para apagar cualquier chispa producida. Esta medida de seguridad también sirvió para reducir la cantidad de polvo en suspensión durante la faena; lo que significaba un gran beneficio para la salud de los trabajadores.

Don Peter había aprendido a trabajar con los ingleses, así que sabía que Iranio no aprendería sólo con la información, quería que el joven Iranio, como él; aprendiera en la mina, descubriendo o experimentado las cosas en la práctica del trabajo.

Lo llevó por una galería inclinada que descendía cada vez más y que llamaban principal, al llegar al fondo accedieron al frente que era la zona de laboreo o extracción del carbón desde los mantos. La Fortuna era un distrito que tenía varios

frentes, y cuando se introdujeron se agacharon y gatearon a punta de codos y rodillas, hasta llegar al manto. En ese lugar Iranio vio por vez primera el convencional sistema de trabajo inglés denominado muralla larga; pero todos los mineros le decían Long Wall, que consistía en la construcción en avance de dos galerías paralelas separadas a una distancia variable de hasta ciento cincuenta metros; denominadas principal y revuelta, y que se conectaban mediante aquella muralla larga o frente; de menor altura pero que podía variar entre ochenta centímetros o hasta casi un metro y medio de alto. Esto dependía de las características y altura del manto de carbón en explotación. En las minas de Lota; los mantos eran más generosos; y podían medir hasta tres metros de alto. Era allí; en el frente; en donde don Peter le ordenó a Iranio organizar y dirigir a los mineros en distintas funciones tales como barreteros; apires;

circadores; huincheros; huacheros y los hombres a cargo del abastecimiento y la fortificación. Iranio también tenía a cargo en cada frente de laboreo a un jefe de turno y éste último a un mayordomo que rendía cuentas de su turno. Estos mayordomos debían saber de todo para asegurar el buen funcionamiento de la operación de sus hombres y sus máquinas, por aquella razón eran tan poderosos y respetados como el propio Freddy. Iranio no explotaba todo el frente cada día, sino que iba avanzando gradualmente como un rastrillo; variando la ubicación diaria de los barreteros; para evitar cambios bruscos en la alineación general que podría dificultar el flujo de la ventilación desde la galería principal, que era por donde ingresaba el aire desde el brocal del chiflón.

En las galerías de extracción denominadas revueltas, en ocasiones colocaban cortinas de lona para dirigir el flujo de aire por el frente de

extracción. Así; el aire que se respiraba era fresco porque había buena ventilación que ingresaba por la principal, atravesaba el frente y salía por ley física por la revuelta construida a cota de mayor altura. El carbón extraído y todo material estéril resultante se transportaba en las cintas e iban a parar a las canchas de acopio de carbón en superficie. También se extraían en carros de madera que entraban por estas galerías empujados manualmente por los huacheros en algunas zonas, los ayudantes de los barreteros los llenaban, y los barreteros eran quienes perforaban el carbón a pulso o con barrenos de hierro y martillos neumáticos, para después colocar cargas explosivas. Todas estas nuevas experiencias para Iranio lo estimulaban en grado sumo; porque siempre se requerían soluciones ingeniosas cada día y que debían funcionar bien y a la primera. Aquí no bastaba sólo con la fuerza bruta ni el

carácter ni la sagacidad, había que pensar esta vez, pero rápido y en serio, la muerte estaba siempre latente y presente y los mineros escuchaban día y noche su canción.

Las altas temperaturas que se producían en esos rincones del infierno en ocasiones se hacían insoportables, a pesar de la ventilación. Iranio se sorprendió al ver a unos mineros con chancletas, no usaban bototos por la sencilla razón que los vendían o trocaban en el pueblo. Si bien la Compañía en esos años le entregaba dos pares al año, no duraban los seis meses porque eran tan pobres que los utilizaban en sus casas y no en el trabajo. Otros en cambio como trabajaban con los pies en el agua, se los quitaban para no pudrirlos. En esa caldera submarina entonces; Iranio se quitaba su camisa y mantenía su sudoroso dorso desnudo a la vista de los otros mineros que hacían lo mismo. No había lugar a los prejuicios, a las

diferencias sociales y a veces ni al rango mismo, el compañerismo primaba como hermandad sobre todo lo demás.

Una traicionera; pesada y filosa tosca le dio la bienvenida a Iranio, cayó de pronto y rasgó su blanco casco; le tajeó la espalda desde el hombro hasta el cinturón. Indiferente y ajeno al dolor continuó dando órdenes a sus hombres aquí y allá. Todos veían hervir su sangre en el tajo sangrante que al poco rato cicatrizó con ayuda del negro polvo, con los coágulos de su sangre y su sudor.

Iranio fue adaptándose día a día, una vez más como lo había hecho a lo largo de su vida al tosco y peligroso trabajo, y a las instrucciones de don Peter.

¡Se obediente, aprende y gánate a los ingleses! —le había dicho perentoriamente Iván.

En sus recorridos por las galerías de vez en cuando se encontraba con Jack Brunt, que era el

ingeniero en jefe y ayudante de Henry Cahill, el administrador general de la mina. Otro jefe británico no muy alto pero maceteado también los acompañaba, era el jefe electromecánico de la mina llamado Robert Smith, al cual los mineros querían y respetaban mucho por ser muy vigoroso, entusiasta e ingenioso; lo apodaban Bob. Estos tres hombres le saludaban y le preguntaban a Iranio asuntos referidos al avance de la producción; al desempeño y bienestar de sus hombres; de la seguridad; de los protocolos en las mediciones para detectar la presencia del gas metano; de la mantención de los equipos; máquinas y otros datos técnicos respecto a los rendimientos y fortificación de las galerías, pero luego, retomaban su camino y no se les veía más sino hasta la semana siguiente cuando regresaban conversando entre ellos las mismas cosas y haciendo a Iranio las mismas preguntas. Iranio se fue percatando otra

vez que este trío de cabellos dorados que se cruzaba en su camino era algo especial. No eran como Vicente ni como don Peter; que los veía como se veía el mismo; un trabajador que tiene que labrar sus sueños con sus propias manos. Estos gringos parecían benevolentes como Monchito y Marchant. Condescendientes; educados y tranquilos, pero severos y justos cuándo y dónde cabía serlo, poseían e irradiaban el poder de la autoridad y la sapiencia sólo con su presencia. Hacían sentir con su mirada crítica que todo trabajo no debía hacerse a la ligera, sino que al primer intento para no lamentar accidentes o tener que corregir después.

Como todos sabían que don Peter descendía de un buscador de oro nacido en Nueva Imperial; ninguna razón había para ese apodo que más bien parecía impuesto por los ingleses, pero lo cierto era que todos lo respetaban como uno de aquellos, se enorgullecía de ello, pero nadie parecía notarlo, sus

celestes ojos y ceniciento cabello lo ayudaban a mimetizar su conducta y apariencia con el del trabajólico e ingenioso inglés. Ahora; al llegar don Peter al recodo de su vida; su rostro de apir; barretero y mayordomo endurecido que alguna vez fue; se había transformado en un cuadro de hombre noble que amaba a sus amigos y a su trabajo. Absolutamente resuelto; realizado y feliz.

Con el tiempo el avance de las galerías hacia el Oeste provocó que la tectónica se complicara; incrementando los costos de producción y el sector de explotación La Fortuna se hizo cada vez menos rentable. Freddy se intranquilizó y dio la orden de abandonar el avance hacia el oeste y desviar la apertura de galerías hacia el campo noroeste, que era el lugar en donde se situaba el distrito El Tesoro. Pero eso implicaba desviarse hacia el norte antes de los quinientos metros, y antes de atravesar la Gran Falla; no después como lo había previsto y

planificado Reid. Iranio concentró sus esfuerzos en el nuevo objetivo, aunque la decisión le parecía insensata, no obstante don Peter contaba con la complacencia de Freddy al cual todos admiraban porque siempre se movía más allá de lo estrictamente racional, a fin de cuentas –según don Peter, la humanidad ha demostrado que de un error muchas veces se ha conquistado una verdad.

Cierto día don Peter; llamó a reunirse a Iranio junto a otros jefes a cargo de diversos frentes; para informarles cierta situación referida al incremento de emanaciones de gas metano en la mina. Reid; que se encontraba también presente en dicha reunión; informó de una reciente explosión de gas metano en la mina de Lota; y que había activado la alarma pública causada por la muerte de varios mineros, y todos culpaban a una chispa derivada de la electrificación; por lo que era preciso que cada jefe estuviera alerta y tomara las máximas

precauciones de seguridad para proteger la vida de sus hombres. No obstante; considerando la gran área de explotación ya abierta en que se había constituido con los años la mina de Puchoco; y considerando que se continuaría abriendo en el futuro en busca de El Tesoro; y además con el conocimiento de que de los mantos de carbón en actual explotación emanaban una cantidad considerable de gas; y que el ventilador existente Hozenhollern había llegado al límite de su capacidad, el asunto de la ventilación había que tratarla con mayor cuidado y la más alta importancia.

Iranio, con medida extrema entonces debería intentar conectarse con antiguas galerías submarinas del primitivo Chiflón IV, abierto por don Federico en 1870 pero abandonadas en 1924. Este Chiflón IV; situado a una distancia de dos kilómetros al norte de la mina de Puchoco; había

intentado llegar también a los mantos de carbón del sector El Tesoro situado en el campo noroeste, pero los sondeos que se hicieron hacia abajo de la Gran Falla en esos años; no fueron positivos. De este modo; era conveniente conectarse con esas galerías ya abiertas porque tenían un razonable flujo de aire que serviría de pulmón a las galerías de Puchoco, una vez conectadas, sin embargo, la galería de revuelta del Chiflón IV, igual mostraría un preocupante 3% del peligroso metano, cuando el máximo porcentaje permitido para operar era de 1,5 %. Otros sectores de la mina Puchoco; paralizarían tal vez en dos años más, liberando un mayor flujo de ventilación hacia El Tesoro, pero había que considerar que el área de este último distrito en dos años; a pesar de su complicada tectónica; también aumentaría significativamente y liberaría más metano, así que Reid decía que había que considerar la instalación de un ventilador de

mayor capacidad en alguna parte. Las galerías de ventilación del Chiflón IV eran de un largo considerable, eran bien mantenidas y estaban en buen estado por lo que permitían pasar un buen volumen de aire sin llegar a una velocidad excesiva, pero el ventilador Hozenhollern —dijo Reid, estaba trabajando casi al nivel límite de seguridad, entonces, era inevitable contar con uno de mayor capacidad.

Finalizada la reunión; don Peter pidió a Iranio que se mantuviese en su oficina debido a que deseaba tratar otro asunto referido a la poca duración que presentaban los cables de acero en La Fortuna; y en los avances de las galerías que se abrían paso hacia El Tesoro, siendo que estaban garantizados por el doble de tiempo por los fabricantes.

Iranio le recordó que cuando los chiflones de Puchoco fueron diseñados por Reid, se

consideró virar al norte hacia a El Tesoro pasado los quinientos metros, pero nunca supusieron que La Gran Falla sería una roca maciza de más de diez metros de alto la cual además de bajar los rendimientos por hombre turno; impedía conectarse con el Chiflón IV para continuar la producción con menores costos. Al estar limitados por esa falla; las curvas diseñadas inicialmente por Reid en las galerías de Puchoco; habían resultado mucho más pronunciadas e irregulares, y el hecho de pretender desviarse según la nueva orden, antes de los quinientos metros hacia el norte en dónde se situaba El Tesoro, agravaría aún más la situación. Junto a lo anterior las curvas habían sido diseñadas por el gringo Reid para permitir que el chiflón Puchoco siguiera avanzando en línea recta hacia el oeste; hasta cruzar La Gran Falla y sacar por esa vía desde La Fortuna el carbón del lado norte. Así Iranio no tenía dudas que esas curvas abruptas que

se estaban utilizando hacia todos lados para esquivar La Gran Falla; provocaban el desgaste prematuro de los cables pues no habían sido fabricados para ese esfuerzo angular. Además; los carros de carbón de ejes fijos, al no tener sus ruedas suspensión independiente se volcaban en esas curvas. Uno de ellos se había desenganchado de un convoy en interior mina, rodó sin control pendiente abajo por la galería de revuelta, pero al llegar a una curva se desmontó de sus rieles guía y descarriló, reventando contra el muro a un minero que intentaba resguardarse. Iranio se abalanzó sobre el accidentado para auxiliarlo, pero al tomarlo del pecho para rescatarlo, su caja torácica se abrió como la puerta de un refrigerador.

Esas malditas curvas son la causa de muchos gastos y accidentes de mis trabajadores. — exclamó Iranio. Y es por eso que recomendó a don Peter la conveniencia de continuar con el plan

original de Reid, ir extrayendo y sondeando a la vez, hasta tener certeza en dónde se encontraban los mantos de carbón de El Tesoro, pero una vez que hubiesen traspasado con las galerías hacia el otro lado de la falla. No antes. Sobre todo, que habían sondeado tanto terreno hacia el oeste tachando de este modo muchas zonas en las que ya no habría que buscar. Además, ya estaban casi llegando a la profundidad necesaria antes de cruzar la falla del chiflón Puchoco, sólo faltaba continuar prolongando a la profundidad estipulada en el proyecto de Reid. Por primera vez Iranio confronta una decisión de don Peter, aunque teniendo conciencia de la presión de Freddy referida al cumplimiento de los volúmenes de producción a bajo costo, no obstante, el plan previsor de Reid y la garantía de su experiencia en minas británicas provocaba en todos, una vital contradicción.

Don Peter decía irónicamente que lo más fácil; cómodo y menos riesgoso para todos era lo que planteaba su contraparte Reid, mantener la prolongación de los trabajos en los chiflones y seguir sondeando a medida que se iba extrayendo el carbón de La Fortuna, y no anticipar el encuentro con los mantos de El Tesoro, porque no se tenía certeza si los mantos del Chiflón IV al otro lado de la falla geológica estaban desplazados hacia arriba o hacia abajo, por lo cual todos deseaban seguir sondeando primero, de lo contrario, cualquier avance hacia ese lado sería en vano si no acertaban con la ubicación de los mantos. El plan original de Reid era ideal, facilitaba el transporte en los tres chiflones, concentraba y aseguraba, aunque poco rentable; la mantención de los niveles de producción en La Fortuna y mejoraba la ventilación, no obstante, la empresa podría quebrar en el intento si no se controlaban los crecientes

costos.

Paralelamente Freddy; se mostraba ansioso y expresaba abiertamente su interés en desviarse antes de los quinientos metros para anticipar el encuentro con El Tesoro, aquella incertidumbre lo malhumoraba porque era incapaz de tolerar la idea de seguir asumiendo el sustantivo incremento de los costos derivado al obstáculo que representaba La Gran Falla. Reid también estaba enfurecido, pero por la razón inversa, no compartía el pensamiento de que el incremento de los costos justificara cambiar su plan. El ingeniero en jefe Jack Brunt; previendo que Freddy persistiría con su osado plan; y el hecho de pensar que tendría que lidiar con la presión psicológica de los constantes riesgos de accidentes fatales, no quiso seguir siendo cómplice de esa irracionalidad—según le expresó a míster Cahill. Así que renunció a la Compañía. Su ingeniero ayudante, don William

Ward, que había sido contratado hace un año por Cahill, lo reemplazó. Don William, o don Bill como lo llamaban con cariño, era oriundo de Ansley, Inglaterra. Como era hijo de una familia minera, a los catorce años había dejado la escuela para trabajar en una mina de carbón cerca de su pueblo; a la vez que siguió estudiando en cursos vespertinos. Como se mostró un destacado alumno, se le otorgó una beca para estudiar ingeniería de minas en la Universidad de Leeds.

Una vez titulado volvió a trabajar en varias minas en Warwickshire, su condado natal, para cumplir con los requisitos del ministerio de minería y aprobar los exámenes para obtener su certificado de competencia de jefe de mina, documento sin el cual no podía ejercer en el Reino Unido. Es así que llega a Chile contratado como ingeniero ayudante de Brunt, y asume entonces el cargo de ingeniero en jefe, quedando don Peter

bajo su mando.

Don Peter protestó, apelaba a su antigüedad y al mérito, pero don Peter no tenía estudios. No obstante, le recordó a Cahill que el ingeniero en jefe anterior a Jack Brunt; que se llamaba John Watt; tampoco tenía estudios; que solo había trabajado en minas inglesas, y que era hijo de una familia de escoceses que habían tenido que desembarcar en el muelle de Lota porque se habían peleado con el capitán de barco; sin poder continuar a Canadá en dónde trabajaría como leñador. Cahill valoró en ese entonces a Watt como si fuera ingeniero, en cambio ahora a don Peter sólo era considerado un profesional de oficio, no de instituto; o de universidad.

La vida es así Pedro. –le habría dicho místico Cahill— desviando la mirada, y a tu edad ya deberías saberlo. Explicación clara y suficiente, para quien necesita recordarle a otro que no ha

caído en cuenta, o ha olvidado de donde viene.

Iranio supo de aquello, y le hirió como si le hubiese ocurrido a él mismo, pero no se doblegó. Entendió, aceptó como tantas veces en el desierto y en el internado de la escuela y a partir de entonces; jamás se dio a si mismo la oportunidad de soñar ni aspirar a más de lo que el mismo reconocía que no le sería posible. Su origen humilde, honrado y modesto —del que se sentía orgulloso— le habían claramente demarcado y al mismo tiempo enseñado, el límite de sus posibilidades. Y no desgastaría energías pretendiendo ni aspirando más de lo concreto y alcanzable a su condición.

Un estilo de sobrevivencia que fue replicando, con severidad, frustración oculta y disciplina, por el resto de sus días.

No morderé la mano que me da de comer, era la réplica inmediata a los otros ingenieros que intentaban azuzarlo para sumarse a la protesta de

don Peter; y a los reproches que hacían a sus empleadores por falta de reconocimiento; o mejores condiciones salariales. Y así, Iranio, fue imponiendo respeto, reconocimiento y aislamiento como un hombre de canina incondicionalidad y lealtad con sus superiores y subordinados. A todos a quienes también reclamaba con la misma dureza que exige la sobrevivencia minera; el cumplir en estado de alerta permanente las normas y medidas de seguridad establecidas. Todas ellas, características que terminarían por apodarlo, en una mezcla de admiración, odio y resentimiento, como el Perro Iranio.

Pero Iranio ya ha aprendido en el corto tiempo que lleva en las minas; que las faenas subterráneas bajo el mar; suelen resultar mucho más dificultosas y traicioneras de lo que al hombre más leal y valiente le parecen. Y aún no está seguro de recoger ese desafío de Freddy; candente fierro

que podría quemar no tan solo a él; sino que también a los demás. Existe algo más que le preocupa, es la primera vez que nota en el rostro de don Peter; no un trazo característico de orgullo; sino que aflora ahora la autosuficiencia en su personalidad. Comprende que ese curtido viejo minero venido de los campos; forjado de las cenizas; ha esperado ya demasiado tiempo esta oportunidad, y aunque míster Cahill le haya postergado el ascenso; lo ha indicado como el elegido para ir tras El Tesoro; por su probada eficacia; arrojo y valentía, por su incondicional lealtad que lo ciega hasta la temeridad, esa misma lealtad que Iranio siente que le corresponde y le debe, porque a pesar que don Peter ha sido siempre de esos hombres humildes que no les gusta hacerse notar; Iranio siente que ahora; cuando ya termina don Peter lo que queda de su vida; le aparece eso que no le había aparecido

nunca, aquella necesidad incomprensible que florece de pronto de los más variados sentimientos, quizá forjada al calor de la exasperación, de la pasión que puede encender el impulso, la voluptuosidad psicológica de explicarse o probarse así mismo. Y este hombre canoso en una decisión técnicamente incomprensible a los ojos de Reid; acepta anticipar los avances en una acción insensata que otros dicen casi suicida, como quien echa una moneda al cara o cruz, dejando de lado su prudencia generosa tan admirada por los que hasta ahora lo han seguido. Don Peter está frente a frente a la responsabilidad de su decisión. Muchos de los mineros han pedido que los saquen de esas faenas, y don Peter; puede apenas contar con el apoyo de sus más leales campesinos que llegaron junto a él desde Carahue y Nueva Imperial, no temen confiar y seguir al mando de un hombre que nunca ha caído en desgracia. Ni un fatal accidente le pesa a

su haber en su hoja de vida, ni una tacha. Su sermón ha sido siempre el ejemplo porque nunca pidió hacer algo a alguien sino lo hubiera hecho él primero. ¿Por qué no seguirlo? Si entre los mil o mil quinientos que llegaron a entregar su sudor o hasta la vida ante la estatua del gran Federico; con la mano levantada llegó también con chancletas un hombre de veinticuatro años hasta entonces de nombre Pedro. Es Pedro Jara. Poco se conoce de su pasado, a no ser que nació en 1880; ya no hay acuerdo al tratar del lugar del nacimiento: en Carahue o en Nueva Imperial que defienden los más cercanos a su tiempo. Tampoco se tienen más datos de su familia que el de ser hijo de un buscador de oro entre los ríos Imperial y Las Damas. Se sabe que llegó de Apir y al poco andar en las oscuras galerías de las minas ya fue notado por Jack Brunt por su entrega; astucia y eficiencia. Así, cuando Pedro entra en el círculo de los

elegidos, ya es un sobresaliente entre tantos barreteros. Ahora Pedro ni siquiera es don Pedro sino don Peter, ese mismo que fue uno más entre los mil quinientos hombres que se alimentaron; vivieron y laboraron en las oscuras galerías del infierno, durmió en las camas calientes porque no habían camas suficientes para todos, así dormía, en común con todos, el que fue un minero desconocido más; se trasformó en mayordomo de los que por cientos añoraban serlo, como tantos que llegaron a la conquista del mineral en esta campaña de arrancarle las entrañas a la tierra; de los cuales muchísimos huirán; morirán o serán despedidos; y quedarán una docena o quizá menos; para contar la aventura de encontrar El Tesoro de Schwager; y es uno solo ahora; Don Peter; el que pretende llevarse la gloria imperecedera; de aquel hecho colectivo.

Capítulo VII

Han pasado ya dos años e Iranio continúa en la conquista de El Tesoro. Con don Peter; han sacado todo lo que queda en las exiguas vetas de carbón que encuentran a su paso, pero El Tesoro; está lejano aún, los sondeos de los mantos no hallan nada de nada ni hacia arriba ni abajo. En cuanto a Reid; se ha jubilado; y sólo queda su recuerdo del hombre leal, sabio y tenaz de múltiples ideas pero que jamás tronzó sus técnicos principios. Freddy, el impaciente está allí aún, a la espera.

Con mis 52 años no puedo esperar tanto tiempo—dice. Y es cierto, todos saben que ni siquiera en sus más osados sueños. Pero sucede algo todavía más pasmoso y transcendental: aparece como pandemia la gran depresión

económica de 1929; que frenó todo intento de Freddy de seguir invirtiendo en la mina. Con el Chiflón IV paralizado en 1924; Puchoco es la única mina operando, pero su capacidad productiva es ahora superior a la demanda de mercado, lo que significa detener la producción de Iranio en La Esperanza, un distrito situado en el avance entre La Fortuna y El Tesoro. Otras faenas también se cierran con una reducción importante de trabajadores. Michi al quedarse sin turno de producción, Iranio lo remueve a labores de abastecimiento, y a formar parte del equipo de rescatistas de la Compañía.

Ojalá no te necesite nunca—le dice Iranio.

Pero la naturaleza; les tenía preparada una sorpresa, que cambió más drásticamente aún la situación ya debilitada de la Compañía. Ocurrió cuando se produjo una explosión en un frente del distrito La Fortuna que producía la mitad de la

producción de toda la mina. Durante esos años la mina se había extendido mucho extrayendo el carbón de los mantos de La Fortuna y La Esperanza; y tal como lo había advertido Reid; el ventilador Hohenzollern de aire comprimido estaba funcionando a su máxima capacidad. El frente afectado era extremadamente largo y para mejorar la ventilación tenía dos galerías de entrada de aire y dos de revuelta, una situación técnicamente que nunca había sido recomendada por Reid. La explosión ocurrió en un turno de producción nocturno, y se supone causado por la chispa de un disparo en el carbón, la destrucción producida no permitió llegar a investigar mayormente y no fue posible recuperar los restos de catorce fallecidos, el sector de producción en dónde se situaba el frente fue cerrado. Don Peter renunció, pero don Bill lo retuvo; dejando sin efecto su renuncia. Tardaron más de un año en

recuperar los niveles de producción aún con un mercado limitado.

La gente comenzó a buscar refugio en dios, para sus padres, para sus hijos, sus abuelos y maridos que trabajaban en las minas.

Iranio comenzó también con cierta frecuencia a asistir a la misa de la tarde los domingos. El padre Herman era el párroco de la parroquia; tenía artritis avanzada en ambas rodillas; usaba una muleta y antes de la misa Iranio le ayudaba en la preparación del ornamento y otras cosas. El mágico sonido de cristal de la campana le evocaba a Iranio; indescriptibles sentimientos que por momentos se quedaba quieto absorto en sus recuerdos. Un día; mientras colaboraba con el cura; volvió a sentir aquel aroma a flor que no era más que el perfume de la joven a la cual había osado tomarle la mano. De pronto tuvo una sensación, más bien una intuición y giró la cabeza. Entonces,

a sus espaldas como un milagro, estaba allí, aquella joven de sinuosas piernas y cabello dorado quien, al verlo, avergonzada, le sonrió. El padre Herman apareció de pronto hablando con los padres de ella y la joven se fue con ellos dejándolo solo. Iranio continuó preparando la parroquia; y buscando en vano el regreso o la mirada de esa joven una y otra vez, pero ya era inútil. Como un sueño fugaz; había desaparecido otra vez.

En la misa del domingo siguiente; cuando había terminado aquel momento solemne en que todos creían hacer contacto con dios; la gente comenzaba a retirarse muy alegre y renovada; creían que sus almas eran libres de todos los pecados del mundo.

Cuando Iranio se disponía también a abandonar la anglófila parroquia; ingresó desde una alta ventana un rayo vertical de sol; parecía ser la llegada de dios a la tierra, y su mirada lo siguió,

y entonces vio que aquel haz de luz, iluminaba en una de los altares laterales; una imagen que por vez primera le impresionó y atrajo como nunca antes y, con tal fuerza, que se volvió hacia ella contemplándola lleno de devoción. Notó en aquella figura esbelta llena de pureza y religiosidad, la figura de la joven. Era una virgen de madera que se inclinaba hacia adelante sobre un hombre moribundo con inmensa ternura y suavidad; y la manera como le caía de los hombros un manto rojo; y como extendía la delicada mano de doncella, y como miraban los ojos el rostro de aquel hombre y se mostraban sus labios sobre una boca agonizante. Toda esa escena tenía una expresión tan viva, tan bella, íntima y animada, que Iranio a pesar de haber posado mil veces su vista sobre ella, creía ahora no haber visto jamás nada semejante. Pensó que lo que estaba viendo; era otra versión o el homólogo de la escultura situada en el

pasillo de la escuelita de Ovalle, pero más hermosa y profunda que algún inspirado escultor haya algún día podido crear. Esa imagen de la virgen retornaba otra vez a su vida, pero esta vez era otra cosa, así que no se cansaba de contemplar aquella boca parecida a la joven con la cual no dejaba de pensar. No se cansaba de contemplar aquel sensual e íntimo movimiento de su cuello. Parecía estar viendo algo que le causaba fantasiosas sensaciones pero que, sin embargo; nunca había anhelado. Era una especie de Ying y del Yang del cual hablaba Michi. Goce y dolor al mismo tiempo.

Se avergonzó de sí mismo; e intentó evadir de su mente aquel instinto primitivo y varias veces se volvió para irse, pero el hechizo de aquella imagen lo retenía.

Cuando por fin se decidió a partir, se encontró en el portal de la parroquia con el padre Herman que; disimulando el dolor; se sostenía a

duras penas gracias a su muleta.

Es hermosa... ¿Verdad? —le preguntó suspicazmente el cura.

--Hermosísima. —dijo Iranio.

No me refiero a la virgen, sino a Elisa —dijo el padre Herman.

Bueno, yo me refería a la virgen. —replicó Iranio. Realmente es hermosa.

--Así opinan algunos —declaró el religioso. Otros, sin embargo, estiman que no es una imagen adecuada de la madre de dios, que es demasiado moderna y terrenal, que en ella todo es exagerado e irreal. Sobre esto hay muchas discusiones. Pero me alegro que te agrade; como hace más de medio siglo le agradó también a quien nos la donó, a nuestro protector, el gran Federico.

Cerraron los portales de la parroquia, el padre le dio las gracias despidiéndose sin antes decirle a Iranio; ¡Apégate a los ingleses! ¡Ya sabes!

y envíale mis saludos a don Peter, de mi parte—le dijo.

El trabajo en las minas continuó; y la rutina de la parroquia también, y el domingo siguiente tocó un día espléndido, soleado y parecía reinar en el entorno un aura divina, un maravilloso olor a mar, también a tierra y a hollín del traqueteo de las carretas y chimeneas. El padre lo esperaba como siempre sonriente en el portal; subió Iranio los peldaños de la ancha escalera hacia el acceso de la parroquia, el padre Herman, apoyando todo su peso en la muleta; extendió sin poco esfuerzo sus brazos para recibirlo, como si fuera San Pedro en las puertas del cielo. Platicaron un rato y le mostró unas plantas marchitas y otras casi secas, pulcramente conservadas entre hojas de papel y le pidió un favor. Le preguntó si podía llevar a Elisa en la carreta de la iglesia, llegaría pronto a preparar los adornos de la parroquia.

¿A dónde? —preguntó Iranio.

Elisa recogerá de las colinas aledañas algunas flores frescas; para adornar mis macetas de modo que todo esté dispuesto para la misa de la tarde.

Claro que puedo. —dijo Iranio algo sorprendido y nervioso.

El religioso le sonrió y le recomendó que fueran a recogerlas a un lugar preciso llamado La Huerta; en la profundidad de los bosques, en donde abundaban las cinerarias. Era un bosque inmenso con abundantes eucaliptus, humedales y llanos muy aptos para el pastoreo de las vacas y la crianza de animales. Reid; había sugerido a don Federico hace muchos años ya; la compra de dichos terrenos que parecía una adquisición imposible; porque eran propiedad de la familia mapuche Millabú, así que cuando Reid supo que habían sido adquiridos se alegró mucho; porque la Compañía

se evitaba muchos problemas al estar rodeada de terrenos de terceros; que sólo eran guarida de delincuentes, pero ahora, formaban parte de la Compañía y así Freddy podría llevar a cabo otros de sus soñados proyectos.

Tu vida no es únicamente el trabajo; estimado Iranio, sino también el conocimiento de la naturaleza que es el alimento de tu alma, que bien lo necesitas. —le dijo el padre Herman.

La mañana era cálida y luminosa. Estuvo paseando con la hermosa joven en la carreta arrastrada por Eslípnir; que era como se llamaba el brioso caballo del padre; durante una hora o más. En los altos de los cerros vieron a un grupo de hombres y al fornido Bob Smith. Estaban a fuerza de bueyes y a punta de hachas derribando árboles para abrir paso y claros al verde prado, para una cancha de golf.

Como gozaban entonces Iranio y la joven;

ante aquella escena y la loca idea de construir allí esa cancha y plantar tanto césped. Era una idea casi lúdica, pero para Freddy ni para Bob Smith; nada era imposible.

La frescura del aire y el aroma de los eucaliptus, y, sobre todo, el placer de descubrir los senderos del bosque en primavera, plena libertad, era para ambos un momento maravilloso e inolvidable. Podían estar ahora sentados ahí, en la sombra de esos árboles porque Freddy los había plantado hace mucho tiempo. Iranio le habló de Resbaloso, de la caminata en el desierto; cuando saciaba con agua a los caballos; a escondidas de Vicente. ¡Qué mundo tan diferente era aquello! — pensaron, y luego, entre risas y miradas de encanto, recordaron el encargo del padre Herman. Al llegar al lugar Iranio amarró las riendas del caballo a un árbol, y luego le habló cariñosamente. Eslípnir relinchó, sacudió sus orejas y se puso a

pastar.

Había allí inmensos helechos, árboles y arbustos cubiertos de hojas y colores como miles de planetas colgando en un universo. Los árboles del bosque siempre habían sido para Iranio los predicadores más persuasivos. A lo lejos; en la verde pradera encantada; la joven divisó y le indicó con su dedo un árbol aislado; como un hombre solitario, no un ermitaño que huye por alguna debilidad, sino como el gran hombre solitario, como lo había sido Federico o como lo era ahora Freddy.

El padre Herman le había dicho que las plantas se llamaban cinerarias, muy parecidas a las margaritas pero que no eran tal, y aunque las que traían como muestras estaban ya descoloridas y secas, aún mantenían la belleza de sus colores. Después de encontrar las primeras matas Elisa las juntó y al rato ya tenía varios manojos. Se sentaron

a descansar a la sombra de los árboles mirando hacia las verdes colinas exuberantes, era para Iranio hace mucho el mejor descanso. Quiso preguntarle a la sombra que hacía allí, a solas con aquella joven, pero Elisa no le temía, como hija de minero ya conocía la oscuridad de las sombras del cual Iranio estaba hecho.

¿Qué motivos tendría el padre Herman en haberlos enviado a aquel lugar de ensueño? —Le preguntó Iranio.

Al padre le gustan las flores, pero no puede subir a la colina a buscar sus cinerarias; está mal de las piernas, pero ni dios puede aliviarle su artritis—le respondió la joven. Quizá morirá pronto y nadie intentará recordarlo, ni tampoco adornar las macetas de su tumba.

De pronto algo pequeño cayó del árbol y golpeó la cabeza de Iranio, era un coco de eucaliptus y Elisa lo alzó del suelo. Absorta,

examinaba la geometría de aquel coco piramidal, su forma cónica perfecta y la forma de cruz en su cavidad interior. Cerró los ojos para sentir las formas tan solo por el tacto de sus dedos. Haciendo girar el coco entre sus dedos finos, palpaba suavemente, sin hacer presión, acariciando sus formas, embelesada con la maravillosa modelación de la naturaleza, con el encanto de lo corpóreo. Al rato Iranio se quedó dormido entre las sombras, estaba solo porque la joven había desaparecido alejándose en busca de más cinerarias, los pajaritos piaban y corrían confiados por sus zapatos, en sus rodillas se mustiaban las plantas y, junto al eucaliptus, Eslípnir esperaba, ya impaciente. De las arboledas lejanas, al otro lado de la hondonada reapareció la joven con su cuerpo bronceado de suave primavera. Se acercó vestida de un blanco telar que al sol; parecía traslucir sus encantos. Un atado de cinerarias en la mano, y una rosa roja

pinchada en su dorado cabello. Elisa; al descubrir a Iranio dormido; aunque se detuvo y lo observó unos instantes; advirtió entre curiosa y desconfiada que Iranio dormía profundamente, y se aproximó cautelosamente con sus delicados pies desnudos, se detuvo muy cerca de él y con sus verdes ojos se le quedó mirándolo. Desapareció en ella cualquier temor; porque recordó que Iranio la había consolado y protegido, y ahora; el bello durmiente ya no tenía aspecto peligroso, le agradaba, estaba indefenso allí, desprovisto de toda inmunidad, así que se arrodilló intrigada junto a él, haciendo contacto con los muslos de sus piernas. Las mariposas hasta ese entonces revoltosas, parecían inmóviles, atentas para oír palpar ligeramente los tambores que anteceden al pulso incontrolable del amor.

Pobre muchacho solitario, parece ser que se ha dormido para siempre—pensó la joven. Luego

vio que Iranio en su lecho, había aplastado las flores, y ella las contemplaba sonriéndose.

Iranio abrió los ojos como un gigante dormido, retornando de su desierto, de aquel lugar de piedras ardientes que alguna vez fue. Su cabeza descansaba blandamente al fin, descansaba por vez primera en la más absoluta paz. Dormido en el sueño eterno que ofrece el regazo de una mujer, unos ojos verdes y cálidos miraban a los suyos medio dormidos y asombrados. No se asustó Iranio, nada había que temer, el desierto había florecido dentro de su ser, aquellas estrellas ahora eran verdes y tenían un dulce fulgor. La hermosa joven le sonrió bajo su sorprendida mirada, se sonrió con gran dulzura, y, lentamente, también el empezó a sonreír. Era la misma escena de la escultura de Ovalle y de la virgen del gran Federico. Sobre sus labios agónicos, descendió la boca de Elisa, y se saludaron con un beso

suavísimo pero ardiente. Pero; impensadamente el beso continuó, la boca de la joven se demoraba en la suya, seguía jugueteando; insistía; cautivaba, el beso de la muchacha se adueñó de sus labios con fuerza y avidez, se adueñó de su sangre y le despertó el deseo hasta lo más hondo, y él, continuando con su largo y mudo juego, se fue adiestrando poco a poco, se entregó a la muchacha a quien la dejó buscar y encontrar. Luego, él también buscó, la halló, la penetró y la enardeció hasta apaciguar su ardor. El delicioso sabor se extendió sobre él, resplandeció fluida y abrasadoramente como el fresco torrente de un río de plata; la muchacha contorsionó, declinó y apagó. Iranio estaba tendido con los ojos cerrados y su rostro en el pecho de la joven. No se había pronunciado ni una sola palabra. Ella permanecía tranquila acariciándole el cabello, le dejó despertarse lentamente. Eslípnir relinchó y lo

despertó sobresaltado. Se había hecho tarde. Bajaron de las colinas a pleno galope, besó a Elisa quien después de un corto segundo beso lo abrazó y tomó el camino a su hogar. El padre Herman sentado en una banca de la plazuela se levantó al verlos. La misa había terminado hace mucho.

--¡Padre Herman! Perdóneme. Me quedé dormido en el bosque, pero traje bastantes cinerarias—exclamó Iranio avergonzado.

--Nada hay que perdonar Iranio—dijo el cura.

Iranio le miraba desconcertado porque había una sonrisa en el padre, un semblante alegre, pero grave y lastimero. Lo notó en su voz cuando dijo:

Regresa al establo el caballo mi querido Iranio, el sol se pondrá pronto, debes trabajar mañana y el tiempo se te acaba. Ha llegado el momento que descanses—le dijo el padre Herman.

No padre, no estoy cansado. Sólo me he quedado dormido en el bosque.

Bien me parece muchacho, pero muchos se han perdido en ese bosque verde y profundo; pero ten cuidado con las delicias que ofrece una mujer; como el bosque; son demasiados los misterios que encierra. Le dijo el padre.

Iranio escuchó y asintió reflexivo con la cabeza, hasta que el anciano se despidió de él, le sonrió, puso un candado a la puerta del establo, le recibió las flores y cerró la puerta.

Capítulo VIII

En 1937; después de sobrevivir la Compañía a esos años de depresión económica; Freddy; encargó a don Bill; hombre joven y que traía ideas frescas de Inglaterra; reorganizar y modernizar la mina. Don Bill, ascendió a don Peter al cargo de ayudante de Ingeniero en jefe; e Iranio; pasó a ocupar a la vez el cargo que tenía don Peter. Esto es: jefe de Distrito, y quedó con La Fortuna y el distrito nuevo llamado La Esperanza; también a su cargo, pero siempre bajo la administración mayor de don Peter; sobre el cual; recaía toda la responsabilidad ya que él era quien estaba a cargo de todos los distritos de la mina; y precisamente quien le rendía cuentas a don Bill.

En una hazaña técnicamente histórica; con la vital ayuda del ingenioso electromecánico Bob

Smith; quien fabricaba en la maestranza de la mina todas las piezas o máquinas que no se podían importar desde Europa debido a la guerra; instalaron tráfico con carros de mayor capacidad; locomotoras eléctricas de 9 toneladas con troles; cintas transportadoras de 36 pulgadas de ancho; y con un total de 4 kilómetros desde la interior mina hasta la planta de preparación de superficie llamada Jureles. Estos nuevos bríos impulsados por don Bill; permitió hacer carrera a Iranio y la posibilidad de pensar en echar raíces y formar familia en el mineral. Su precario origen; y ni siquiera su orfandad fueron obstáculos suficientes para alcanzar aquel cargo que para cualquier hombre no británico; que llegase a las minas de Schwager; era muy difícil de lograr. En este momento de su vida; y estando Iranio en la cúspide de su energía vital; había descubierto en aquel lugar de piedras ardientes porque todos decían que

era el infierno; porque las piedras negras de carbón se auto combustionaban; en donde había conocido a ese puñado de hombres ingeniosos; ambiciosos y pujantes que parecían venidos de otro mundo, a seres que no tan solo los reconoció como tal, sino que ahora sentía ser parte de ellos, aunque siguió siendo el niño minero de la pampa y del desierto; solitario; sin ayuda de nadie; confiado en su propia fortaleza templada en sus conocimientos adquiridos en la biblioteca; en las escuelas y en la universidad; y su resolución plasmada en sus variadas experiencias en el desierto y en los abismos de los bosques; sentía poseer todo lo necesario para sobrevivir triunfante en el ambiente tosco de la zona carbonífera, en donde parecía de verdad; que habitaban unos pocos irracionales que aprovechaban el medio para sí. Y al estar consciente de esta realidad; contaban los viejos mineros; como también le ocurrió a don Peter;

comenzó a surgir su egolatría que parecía contagiar todo su ser; y cuando bajaba a la mina; sabía que adivinaban la soberbia de todos sus movimientos; la agilidad de sus miembros y músculos de acero y, sobre todo; lo varonil de su rostro y de su lacio cabello; que iluminado a la luz de las lamparillas; parecía lucir como distintivo de su ganada nobleza. Su tez lozana pero sencilla; franca y sincera; sus simétricas facciones casi hasta la perfección sino hubiese sido por su torcida nariz; suavizaban su firme y segura mirada que era como un halcón; ostentaba la fortaleza de carácter y los mechones de pelos salpicados que caían sobre su amplia frente que a metro ochenta desde el suelo; le daban la apariencia de un hombre gigantesco, de cuidado y de respeto.

Había heredado la altura y el peso corpóreo de ese algo irlandés que tenía su padre, pero fue la herencia mongol de Teodolinda, quién tuvo tanta

inteligencia y vigor para vaciarla en el molde de chileno, un cuerpo mestizo, mimetizado con el entorno y la idiosincrasia de pueblo minero. Poseía la inescrupulosidad del rudo Federico y la sabiduría de los indígenas, ancestros migratorios del oriente; que acompañada con la experiencia obtenida de la cruel enseñanza de la vida; se convirtió finalmente en uno de los más formidables de los hombres que habían llegado al mineral.

Bajaba a la mina con una leve sonrisa cada mañana porque disfrutaba y se sentía orgulloso de pertenecer a todo aquello; y al cruzar las galerías subterráneas se estrechaban la mano con don Peter, y a Iranio se le erizaba la piel como si chisporroteara ardiente la sangre por sus venas. El cerebro y el cuerpo, los nervios, tejidos y fibras estaban afinados con la más coordinada armonía, y existía en el conjunto de su ser un ajuste y equilibrio perfecto y admirable. Respondía con la

velocidad del rayo ante cualquier instrucción, y su vista siempre atenta a los objetos y peligros latentes de la mina, a los sonidos, voces y acontecimientos que requerían de su pronta decisión.

Fiel a los consejos de su hermano Iván y a los del padre Herman, con los años la ansiada confianza de don Bill y de Elisa también fue ganada. Así; contrajo matrimonio con Elisa, la joven de la riña, de la misa y de los bosques en dónde había puesto a descansar para siempre su corazón. La ceremonia religiosa fue en la parroquia de Puchoco cuya misa el mismo padre Herman ofició.

Te estás casando con el mejor minero de Schwager—le dijo don Bill a Elisa durante la ceremonia.

Así Iranio junto a Elisa, recién después de muchos años de trabajo y esfuerzos, pudo llevar una vida plácida y benevolente, y con la confianza

y garantía que le otorgaban sus jefes. Evidente era que la mayor exigencia y responsabilidad en la mina se hizo acompañar también del bienestar en las mejores condiciones recién promovidas bajo su nueva posición, permitiendo a Iranio y a Elisa y sus futuros cinco hijos, el ingreso a condiciones anteriormente prohibidas. Al igual que él, Elisa era pobre; hija de minero y su madre; profesora de una escuela de la Compañía y situada en el mismo cerro del Faro de Punta Puchoco. Por lo que, para ambos desde recién casados, coincidían acerca de la precariedad y amenaza permanente de la pobreza.

Porque ambos nacimos pobres, sabemos el valor de las cosas—fueron argumentos tácitos para no alterar sus estilos de vida, férrea disciplina y austeridad impartida sobre sus hijos.

Consciente de que las oportunidades recibidas en su vida; no eran garantía para ellos; replicó con el mismo temperamento de su padre

Federico; rigor y disciplina; la exigencia necesaria para asegurarles a sus hijos su propio futuro acomodado; a cambio de un techo y algo más que legumbres; frutas; leche de un carretón o en polvo y pan.

Por lo mismo, maximizó sus potencialidades velozmente como el ataque de una serpiente, su rapidez para corregir una desviación de su gente era mayor aún. Capacitaba a sus mineros en cómo medir la presencia de grisú, fortificar y prevenir las caídas de las toscas antes que éstas sucedieran; la trizadura o caída de un madero; la presencia del mortífero metano y cuidarse del enganche de los huinches o las circas que actuaban como navajas cercenadoras de rocas, o algún derrumbe antes de que la roca o cerro cediera. A medida que el tiempo transcurría en los laboreos; se corrió el rumor de que el jefe Iranio; aquel que anda en busca de El Tesoro; era capaz de

percibir los sonidos antes que cualquier otro minero fuera capaz de recibir la vibración. La capacidad de percibir; determinar y responder a las acciones parecían instantáneas en él; y fue tanto lo que creció su fama; que lo apodaron Ira; como diminutivo de Iranio, lo que le daba un respeto casi supersticioso a tal punto que los mineros hablaban del jefe Ira, como un hombre casi místico, de una energía y personalidad extraordinaria.

La mina no es para cualquiera – les decía Iranio a los novicios mineros que postulaban a algún trabajo en la mina. Bien lo sabía desde niño, y en los procesos selectivos de postulantes; siempre iniciaba y finalizaba con dos preguntas que, según él, escuetas y suficientes para conocer el perfil de un hombre y su destino en la faena...

–Dime tu nombre, el de tu padre y tus hijos–

Así conocía el origen, religión o preferencia política.

Nombres como; Jesús, Isaías o Ángel, eran evidencia y tradición religiosa del esfuerzo evangélico en el pueblo. Otros como Boris, Vladimir o Yuri, reflejaban la ideología revolucionaria que los engendraba.

Y finalmente: Muéstrame tus manos... Las manos; -siempre las manos como le señaló don Peter; - eran suficiente evidencia de la experiencia previa del postulante; hijo de pescador o pirquinero. O con desdén e inmediatamente desechadas, aquellas más vírgenes sin marcas ni cicatrices; de vendedores, comerciantes y conductores, que eran presagio de una deserción temprana o muerte anunciada.

Fue tanto el respeto y temor que infundía hacia su gente que éstos cayeron en estado de

paranoia hacia su persona, incluso decían que poseía la condición de la ubicuidad; es decir que como dios; tenía la cualidad de estar en el sitio correcto en el momento preciso; y aseguraban haberlo visto en dos puntos opuestos de la mina al mismo tiempo.

A las siete en punto de la mañana; cuando bajaba a la mina y se dirigía al frente de producción; junto a sus mayordomos y jefes de turno; ya no bajaba atado a un neumático, no carretilleaba ni tampoco hacía girar el tambor, sino que avanzaba con su comitiva de guerreros por las galerías hacia El Tesoro, se sentía el retumbar de sus pisadas con una fuerte intensidad que iba de menos a más, como un gran regimiento que avanzaba hacia el frente de batalla. Los mineros y otros jefes dejaban de laborar para verlo pasar y observar su llegada y la de sus acompañantes. Cuando esto ocurría, cesaba el sonido de picotas y

barrenos neumáticos ya que dejaban de picar; y se quedaban expectantes observando el oscuro túnel desde donde Ira provenía. Aquel túnel se iluminaba poco a poco mientras el compás retumbante de la marcha se hacía más y más potente. La sombra de ese hombre se desdoblaba en las paredes rocosas de aquel túnel, entre ambarinas y amarillentas luces se perfilaba una o dos sinuosas y demoniacas figuras que parecían representar el bien y el mal al mismo tiempo, alegría y horror, pero paradójicamente un ente endiosado por los hombres. Una vez ya dejado ver, lo observaban vestido de pies a cabeza como minero. Botas de seguridad, canilleras y rodilleras que resaltaban sus pantalones como bombachas. Una camisa blanca arremangada que resaltaba su varonil y firme pecho; acinturaba su ancha y triangular espalda, y su encuerado y grueso cinturón remataba su dorso en la cintura, el cual

sostenía una serie de elementos y la batería que alimentaba la lámpara enganchada al blanco casco; que era la guinda de la torta que adornaba su majestuosa figura. Cuando se le veía venir; cuentan los mineros, parecía un general armado hasta los dientes que un jefe minero en realidad. La luminiscencia de su camisa alba como la Luna llena; en una noche oscura; resaltaba su pálido pero brillante rostro. Su mirada fiera pero serena; evaluaba todo a su alrededor, y se podría decir que mirando a los ojos de sus hombres; y oliendo el polvillo de la faena y el aire enrarecido con el olor de los motores; y del aceite de las máquinas; podía tener la clara idea de la situación en aquellas labores. Cuando preguntaba algo, no se le podía mentir, ya que en los ojos de los hombres él era capaz de leer la honestidad y las verdaderas intenciones de quien le interlocutaba, no tenía caso mentirle o engañarle; cuando ellos iban él ya venía

mil veces de vuelta. Cuando caminaba por las galerías con su casco que proyectaba su rayo de luz; o cuando se detenía firme atalayando las labores de sus hombres; se podían sentir sus músculos sobrecargados de vitalidad y cada vez que emitía una orden, sus colaboradores o subalternos temblaban de pánico y obedecían como resortes de acero, su palabra era ley, casi sagrada, no había opción. En reiteradas ocasiones que hacían aumentar su fama; había sorprendido la negligencia en algunos de sus hombres; porque al dar Iranio la orden al convoy que lo transportaría hacia el sector sur; le cambiaba repentinamente la instrucción haciéndole dirigirse hacia al norte, en donde nadie lo esperaba, encontrando de este modo la real situación en que aquel sector se encontraba. Estas y otras series de anécdotas generaba en su paso por la mina. En la cantina El Sin Remedio; los viejos mineros; secaban sus

gargantas embriagadas contando una y otras cosas de los turnos; mientras sus carcajadas denotaban la astucia y pertinacia del jefe Ira; lo que hacía ser amado por sus hombres, sobre todo por los viejos veteranos de las minas y también por aquellos jóvenes mineros y aprendices que recién se incorporaban a aquellas labores. Inexorablemente siguieron pasando los años, las galerías avanzaron y la vida en la mina continuó, como se ha dicho; muchos iban y venían mientras otros morían, pero ahora, aquel infierno fluía como nunca por todo su ser y al poco tiempo lo amó; como si esas piedras ardientes fueran los glóbulos rojos de su sangre que corría por las venas dentro de su ser. Lo quería y amaba más que a su vida misma porque se había apoderado de él. Los mineros ahora eran sus hijos, y sus colaboradores sus hermanos. A pesar que en alguna época llegó a debatir algunas erradas decisiones de don Peter, siempre fueron con

respeto como lo hacen acérrimos amigos. Los sábados por la noche se escapaban juntos de sus hogares y jugaban a la brisca y también al cacho, en el refinado Club Social Maule, exclusivo y reservado para los ingleses. Pero él no era de aquellos, hijo de la pampa y del campo su esencia estaba en el pueblo. Uno va al pueblo y aprende del pueblo—decía. Así que luego de entibiar sus gargantas en aquel elegante Club; remataban sus correrías bohemias en la cantina El Sin Remedio en dónde era recibido como un rey por el colorín garzón y el resto de los mineros; que se abalanzaban sobre él para saludarlo y tocarlo como a un emperador. Llenaban con don Peter sus copas y se acercaban a sus camaradas, los mineros. Todos compartían jugando alegres, abrazados, eufóricos y vencedores. ¡Voy al pueblo y aprendo del pueblo! —cantaban al unísono. Hizo buenos amigos, sobre todo con don Peter que lo llegó a querer casi como

a un padre porque aquel jefe lo trataba como a un hijo; su confidente, y no era la carne ni la sangre sino el corazón que los hacía sentir padre e hijo, incluso, en ciertas situaciones críticas en la mina don Peter nunca fue tan severo con Iranio como éste fue en alguna oportunidad con él. Fue su compromiso y camiseta por el trabajo; y esa confianza lo que hizo que fuera querido por don Bill; y su nombre llegara a la administración mayor de míster Cahill; y a los oídos propios de Freddy Claude; hijo de don Adolfo Claude y de doña Marion Schwager, hermana y heredera de don Federico. En aquella cantina don Peter; le hablaba a Iranio de aquel Federico, que había fallecido en alta mar, a la altura del estado brasileño de Pernambuco en 1892; mientras navegaba hacia Inglaterra donde continuamente viajaba para tratarse sus problemas de salud, y cuando regresaba, era recibido con flores que caían como

hojas de los árboles sobre su carruaje. Don Federico; al no poseer descendencia directa; en su testamento dejó toda su fortuna y el control de la carbonífera a su hermana Marion, la cual por años rentabilizó las inversiones de la Compañía, multiplicando su fortuna. Aun así, nunca más se vieron las calles adornadas de flores ni en el pueblo de Coronel ni en el barrio minero de Puchoco porque el gran Federico se había marchado para siempre. Nunca más su elegante carruaje escudriñaría por los barrios obreros buscando a la privilegiada dama que lo acompañaría en sus sueños, y las poleas de máquinas de coser Singer que en compensación les obsequiaba; dejarían de girar también en el futuro; como lo harían las poleas de las cabrias por donde bajarían las jaulas; con los hombres hacia el interior de la mina.

Aquellas máquinas de coser a pedales, dejaron para siempre de girar rebosando

esperanzas y alegrías en aquellos corazones hogareños.

Así fue que, con la muerte de Federico, doña Marion continuó el legado de su hermano, y para ello se apoyó en su administrador, Henry Cahill, quien como Federico confiaba plenamente en el legendario James Reid.

Al tiempo que llegó Iranio a las minas; míster Cahill; Jack Brunt y hasta el mismo Bob Smith; comenzaron a observarlo con mayor detenimiento porque se le veía trabajar lleno de vida, de una galería a otra dando instrucciones aquí y allá, codo a codo con sus cuadrillas; ayudando al minero agotado; engranando o engrasando una máquina con desperfecto; desatascando un carro atorado; levantando un leño pesado para fortificar la peligrosa caída del leño trisado, planificando y dirigiendo, en fin; estaba en todas, como obrero y como jefe; siempre delante,

dando el sermón con el ejemplo porque había aprendido de don Peter que nunca se debe pedir a un hombre que haga algo si es que uno no lo ha hecho antes primero. Y esa actitud hacía que sus hombres y sus colaboradores lo valoraran y respetaran como a un verdadero líder.

Se le veía ir y venir como un caudaloso torrente lleno de vida y exuberante energía; como si estuviera a punto de estallar de pura plenitud vital.

Jamás se ha visto a un trabajador semejante—dijo míster Cahill cierto día, cuando en compañía de don Peter contemplaba a Iranio subiendo de un solo impulso al carro del convoy que lo trasportaba al frente.

—Verdaderamente, el molde de donde salió, se rompió el mismo día que nació. Nunca volveremos a tener a otro hombre como Iranio—añadió don Peter.

Pero ninguno de los dos sospechaba en aquel momento; la terrible transformación ansiosa y violenta que se operaba en la psiquis de Iranio tan pronto como pisaba las ocultas y oscuras soledades de las galerías. Era el alma y la sangre de don Ferre que seguía circulando en su ser, porque cuando hacía sus tempranos recorridos de inspección a lo largo de la submarina y cavernosa ciudad; en la cual con los años se había transformado la mina Puchoco; ya no solo caminaba, sino que se deslizaba furtiva, callada, recelosamente en el frente de laboreo, en donde únicamente era posible avanzar arrastrando el vientre y los codos.

Como una sombra misteriosa que se iluminara y se oscureciere entre las penumbras de los túneles se le veía pasar, lleno de cólera y de inexplicable ira; como si fuera el mismísimo Wotan. De este modo, sigiloso y sorpresivo podía sorprender a los alérgicos al trabajo y a los hombres

dormidos en sus turnos, acurrucados en pequeños escondrijos de los cavernosos túneles de laboreo; mientras otros de conciencias comprometidas duplicaban sus esfuerzos para cumplir la meta; esa meta del rendimiento reflejado en el salario con la producción del tonelaje. Para Iranio; esa injusticia no podía ser, por eso aquellas correrías ajusticiadoras poco frecuentes, eran temidas por los mineros; ya que al ser uno de aquellos sorprendido, Iranio lo despertaba a puñetazo limpio. Cuentan que muchos dormilones; mientras el resto trabajaba; despertaban sobresaltados de sus sueños ilegales cuando un gran dolor en las costillas los hacía chillar y brincar por los aires de dolor, al abrir los ojos se encontraban con la mirada fiera de Iranio, que a punta de empujones los sacaba de la mina como si aquello constituyera un delito tan grave como el acto de verdadera traición. Tal vez; en los rincones de la psiquis de Iranio; aún

recordaba su niñez de duro trabajo, pero también aún tenía latente la admirable figura de su padre Federico al pasar por la avenida de su pueblo; arrastrando con su caballo a los cuatreros. Los tiempos habían cambiado desde entonces, y en aquellos años los bolcheviques hablaban de derechos, pero nada de deberes—decía Iranio. Mientras tanto los sindicatos proliferaban y pregonaban: “El hombre necesita más respeto que de pan”, pero para Iranio; esa frase cliché no significaba nada; el trabajo y la superación por cuenta propia a costa del salario bien ganado era parte de su vida, y cualquier evento que contraviniera aquel principio merecía el mayor de los castigos y de las humillaciones.

— ¡Es cierto! ¡El minero tiene más necesidad de respeto que de pan, pero mientras yo viva, aquella ley del mínimo esfuerzo no avalará a los flojos que ingresen a esta mina! —había jurado.

Una noche de aquellas; cuando la camanchaca húmeda y fría penetraba por el barrio minero de Puchoco; y se desplazaba silente por los adoquines que parecían enlozados; y no reinaba en el aire ni una brisa ni un ladrido perdido, un dirigente comunista santiaguino fue asesinado de un balazo a la salida de una reunión sindicalista en el club obrero del pueblo. Nunca se supo quién ni por qué lo mataron, aunque la prensa dijo que se suicidó, pero así era, y por eso que era también extraordinario el hecho de que; a pesar de su particular y controvertida personalidad; Iranio siempre fue admirado y muy querido por su consecuencia; valentía y lealtad hacia sus jefes y el bienestar de sus trabajadores. Quizá también odiado en silencio, pero tan solo por aquellos referidos por Iranio. Se puede decir también; que su forma de ser sólo era el resultado de su quehacer

a lo largo de la vida; que la vuelca una y otra vez hacia aquella obsesión que mueve más allá a algunos hombres; sin dejar de ser parte de la naturaleza; aquella obsesión de algunos; que los aparta o los aleja del rebaño, de la infecundidad o de la mediocridad. Y si de naturaleza se trata, cuentan los viejos mineros que Iranio sabía y les enseñaba como aprovechar la naturaleza del terreno, adiestrándolos para sacar provecho de aquello. Instruía a los mineros a detectar el grisú utilizando un canario enjaulado, como en la minería antigua; y a moverse en los estrechos túneles arrastrándose sobre sus vientres como las serpientes; y también les enseñaba el procedimiento de huida, reaccionando veloz como el vuelo de un pájaro, para salvar sus vidas ante la caída de una tosca o de un derrumbe, como lo hacen esas mismas serpientes cuando se deciden al ataque.

Además de todos los avances tecnológicos y mejoras logradas por don Bill; la Compañía se puso a construir el hospital del barrio Maule; situado en lo alto de una colina; y que colindaba con la cancha de golf construida por el recio Bob Smith. Iranio fue invitado y llevado por don Bill a conocerlo. Los encargados del hospital le mostraron salas con pacientes y todos los servicios que eran de alta calidad y con tecnología de vanguardia; servicios y tecnología que ni siquiera tenían los mejores hospitales del país. Esta innovación era muy necesaria en el establecimiento de la Compañía Schwager; en donde la naturaleza de las faenas subterráneas producía accidentes con frecuencia; cuando un trabajador sufría un accidente relativamente trivial y era llevado inmediatamente al hospital y atendido, frecuentemente su recuperación era rápida y permitía al afectado volver a trabajar en pocos días, en vez de, como en

los tiempos pasados, ir a su casa para recibir toda clase de remedios que perjudicaban al paciente. Entonces; ahora el hospital de Maule era una bendición para todos; porque también lo atendían unas monjitas benefactoras que para el verano; solían visitar la playa de Maule con sus atuendos; que las hacían parecer pingüinos en las rocas; situadas un poco más al norte del Chiflón IV. Una monja enferma de las piernas; que visitaba con frecuencia aquella playa y humedecía sus pies en el agua salina de los roqueríos; un día no pudo caminar más y quedó invalida. Entonces Iranio dio a un grupo de mineros la orden que todos los domingos la subieran a la ambulancia del hospital; y la llevaran a aquella playa de las monjas, pero cuando los mineros le informaron a Iranio que al no poder moverse no podía bañarse en la orilla de ella; dio una nueva orden que consistía en que a punta de picotas y barrenos; cavaran un surco en

esas rocas para que quedara como una piscina natural, y desde la ambulancia; la trasladaran en ancas hasta la poza labrada por los mineros. De este modo, con el tiempo aquella playa y sus roqueríos; dejó de denominarse la playa de las monjas como había sido la tradición; sino que desde aquel día; pasó a llamarse la poza de las monjas, porque finalmente, todas las monjas comenzaron a bañarse en ella.

La decisión de la administración de construir y contar con un hospital en el establecimiento minero; reveló en Iranio que Freddy comprendía perfectamente los beneficios sociales y económicos que dicha inversión traía para la empresa.

Capítulo IX

Al comenzar la segunda guerra mundial; la situación económica de la Compañía había cambiado positivamente, el conflicto había incrementado la demanda de cobre; y las refinerías cupríferas necesitaban el carbón. Freddy había implementado el nuevo plan de reorganización liderado por don Bill y don Peter quien ya había recuperado el cariño, confianza y respeto de todos después del trágico accidente. Debido a la guerra; Bob Smith no podía importar equipos ni repuestos desde Europa, así que tenía que intentar traerlos desde Estados Unidos cuando no podía diseñarlos o fabricarlos él mismo con su ingenio y su gente; en la maestranza de la Compañía y que el mismo dirigía. Don Bill diseñó e implementó la

modernización del equipamiento para poder llegar a El Tesoro, y decidió que en las galerías principales que ya habían penetrado mar adentro; y a seis kilómetros de los chiflones; se cambiaran las antiguas máquinas con cables sinfín por locomotoras eléctricas con troles, y los pequeños carros de madera de 500 kilos de capacidad fueron reemplazados por carros de acero de 2 toneladas de capacidad y suspensión independiente en cada rueda; para así evitar su volcamiento.

El equipamiento de transporte de carbón entre interior mina y el muelle de embarque se había modernizado.

Sin duda que don Bill y Bob estaban sincronizados con los cambios tecnológicos que exigía el mercado y que estaban transformando el mundo. El legendario Henry Cahill; ya había traspasado los 70 años así que se retiró de la compañía y Freddy; designó a don Bill como su

sucesor.

Don Peter; estaba consciente del hecho de que las reservas de la mina se estaban agotando porque los avances de Iranio en La Fortuna y en La Esperanza; ya habían llegado a la profundidad que aumentaba el costo de producción que haría que la mina, tal como presagió Freddy; fuera inviable. Pero don Bill como Freddy, eran de la camada de donde proviene el duro inglés, y consecuentemente don Bill inició un estudio para abrir una nueva mina con piques verticales de 950 metros de profundidad; y que se convertiría en la mina de carbón más profunda del mundo en su tiempo. El acceso a la mina era un pique de 6,7 metros de diámetro y revestido con muro de ladrillo de 50 centímetros que permitirían extraer las reservas de carbón entre los 900 y 750 metros de profundidad, profundidad que don Bill determinó como límite rentable para la mina de Puchoco. La

realización del proyecto de los Piques se inició en plena guerra mundial y se llamó Arenas Blancas debido a la arena sílica que afloraba naturalmente en el lugar.

La Compañía adquirió un nuevo ventilador que le decían Siroco, nombre del huracán que produce los fuertes vientos en el mediterráneo provenientes del Sahara, y que son los más endemoniados y violentos del mundo. El Siroco se instaló en la salida del Chiflón número 3; en un edificio de ladrillos refractarios y que además de contener el ventilador; tenía pasillos y compuertas que permitían revertir la dirección de la ventilación; en el caso de ocurrir un incendio en las galerías de entrada de aire, y permitir a los mineros salir a superficie sin tomar contacto con los gases de la combustión. El Siroco mejoraría la ventilación, mientras se terminaba el proyecto de Arenas Blancas, y sería adecuado para las

necesidades de la nueva mina. Finalizada la guerra; Don Bill viajó a Europa y contrata el equipamiento de la mina nueva. La máquina extractora; circuitos y carros; equipo eléctrico y de señalización los trajo de Alemania, y los cables de extracción y guías; huinches; transportadoras; perforadoras; etcétera; de Inglaterra.

Cuando las reservas de La Fortuna se agotaron, se reorientaron esos recursos hacia la aceleración de la apertura de las galerías hacia el campo noroeste al otro lado de La Gran Falla, en donde se situaban los mantos de El Tesoro. Iranio cruzó hacia el campo noroeste con dos galerías interiores extrayendo las exiguas vetas del carbón que quedaban y sondeando para ubicar el carbón. Don Bill diseñó la proyección de las galerías cuyos frutos deberían visualizarse en 1952. Con este proyecto y con el nuevo ventilador Siroco que tenía un motor de 3.000 HP ya instalado; y que era el más

potente del mundo; permitiría a Freddy asegurar la producción del Chiflón Puchoco por lo menos hasta el año de 1962, año en que debían estar en operación los Piques de Arenas Blancas.

Todo marchaba sobre rieles, pero en ocasiones, como decía la gitana; el mal espera en los caminos que el hombre toma para evitarlo. Se encontraban los chiflones de Puchoco dedicados a mantener la producción de acuerdo a las necesidades del mercado; hasta que los Piques Arenas Blancas pudieran entrar en funciones, pero la naturaleza nuevamente les jugó una mala pasada. En un turno nocturno mientras Iranio dormía sosegadamente en su casa, repentinamente una intuición ensordecedora lo despertó. Desconcertada Elisa le preguntó que le sucedía, pero Iranio atinó solo a decir que algo ocurría en la mina. Como su padre; con un sombrero de ala ancha y un abrigo oscuro de cuello alto; a falta de

vehículo que aún no poseía; montó a Eslípnir; que le había sido donado por el cura antes de su muerte; y galopó en él hacia la mina de Puchoco a plena marcha.

Sintió un trance consiente, pero ya no era aquel que sanaba y tranquilizaba su espíritu; sino que a cada tranco de Eslípnir como corcel de la muerte; percibía con mayor claridad aquella extraña agitación de la población; como susurros o lamentos de la antesala de una fatal tragedia.

Y mientras galopaba en la noche negra hacia Puchoco por el camino que orillaba la playa; el aire chillaba junto al bramido del mar, pero Eslípnir es valiente y corre más rápido que la luz, aunque ya sabe que la muerte siempre habrá llegado primero.

Hasta los pájaros y el ladrido fiel de los perros se muestran ausentes, no hay lugar más que al susurro del viento lúgubre y helado. Respira

Iranio el aire tormentoso del mar y descifra en él un escalofriante mensaje que lo impulsa a galopar más a prisa y Eslípnir, el mejor de los caballos vuela y cruza veloz de un extremo a otro, el desnudo y silencioso trazo que se dibuja al fondo del espacio.

Cuando Iranio llegó a la mina, repentinamente había comenzado a salir agua desde la falla y a correr frente abajo, éstos se habían proyectado inclinados hacia la galería principal que es por donde entraba el aire y desde ahí corrió hacia las galerías mayores del tráfico principal en donde se situaban los rieles, los trolleys y los carros. Con el fin de facilitar el desplazamiento de estos carros cargados con carbón y tosca, todas las galerías principales se habían diseñado con una leve pendiente de bajada que llegaban al pie de los chiflones en donde estaban instalados los pozos de desagüe de la mina. A pesar de todos los intentos de don Peter, Iranio y los trabajadores de sellar el

sector desde donde venía el agua, siguió apareciendo por antiguas galerías ya abandonadas a tal punto que el agua aparecía tanto por el piso como por el techo de éstas, y cada vez en cantidades mayores que terminaron por sumergir las bombas principales de la mina. A medida que las galerías iban siendo inundadas fue llegando la jefatura mayor y el nivel del agua iba ascendiendo hasta el nivel 750 que avanzaba para comunicarse con la mina nueva Arenas Blancas, un proceso que según los cálculos de don Peter tardaría solamente un par de días.

La situación desastrosa fue salvada solamente por la acción heroica de Bob Smith que bajó con don Peter y con otro grupo de hombres rana, quienes debajo del agua lograron soltar las bombas de sus bases y tirarlas con tecles hacia arriba a un nivel superior del 750. Ahí instalaron las bombas principales y otras traídas desde la

superficie hasta contar con una capacidad de desagüe superior al flujo de la inundación. La mina de Puchoco se salvó y con ella se salvó también el proyecto de la mina nueva, pero La Gran Falla no se iría de la batalla sin un trofeo a cuestas, don Peter quedó enredado en los cables erizados como púas debajo del agua y a pesar de los esfuerzos de los rescatistas no fue posible hacerlo revivir. La testarudez desafiante del hombre invencible que todo crea, paga siempre de algún modo su soberbia.

Cuando Iranio se acercó al cuerpo inerte de don Peter, miró hacia el cerro que antecedió el acceso a los chiflones y se percató que la gente sollozaba a la distancia presagiando la muerte de uno de los suyos. Pero éste no era el caso porque nadie más excepto don Peter había muerto. Al igual que Iranio, don Peter había sido un lobo solitario, un tanto intransigente y en ocasiones

hasta la insensatez, habría sido incapaz de dar a una mujer una vida plena, su carácter intolerante y su dura forma de ver y plantear las cosas la habrían conducido a frecuentes tormentos sicológicos. He Iranio en ese instante pensó en aquello porque en las amargas copas de vino con el difunto hombre, en aquella añosa cantina Sin Remedio, don Peter se había confesado acerca de su vida solitaria, y le había dicho que el matrimonio representaba para él terminar muchas tonterías cortas con una larga estupidez. Es por eso que nunca se casó, aunque fanfarroneaba que estaba casado con la mina más rica del mundo. Ahora, en la hora del juicio enfrentaba el más triste final de los caminos, pues por aquella egoísta decisión e intransigencia, no había nadie que pudiera llorar su muerte. Don Peter fue y el mar vino—dijo un minero. Solo Iranio que había adquirido un especial afecto por él lo abrazaba con firmeza e intentaba en un acto de

locura revivirlo.

Incrédulo y lleno de impotencia creía estar soñando porque zamarreó violentamente a don Peter ordenándole despertar del sueño eterno, le rogaba, le ordenaba desesperadamente a su propio jefe, regresar al mundo de los vivos. Finalmente lanzó el desgarrador y lastimero grito de la muerte, lleno de ira y pavor salvaje que pareció llenar las oscuras cavernas de los chiflones. Toda la población desde el cerro observaba el espectáculo de la muerte. Don Bill y Bob Smith se le acercaron e intentaron apaciguar su desesperación. Pero continuó allí llorando un buen rato, abrazado al impálpito cuerpo de su jefe y amigo. El sentimiento de vacío y desesperanza de la muerte lo había sorprendido, arrastrándolo nuevamente a los abismos más profundos de su ser.

Capítulo X

El 11 de febrero de 1961, en un día histórico para la Compañía, el veterano Iranio con un grupo de trabajadores y a 900 metros bajo el lecho de mar; conectaron las galerías perforadas desde El Tesoro con las galerías de la nueva mina que venían avanzando desde los Piques Arenas Blancas, un sueño que Freddy nunca en vida pudo ver, porque el tiempo se lo llevó en 1956 a la edad de 79 años.

El inicio de las faenas productivas en la mina nueva fue aumentando paulatinamente mientras el Chiflón Puchoco siguió explotando las últimas reservas que quedaban hasta su fin en 1975, dando termino a una vida productiva de 77 años, pero siguió sirviendo con sus galerías de revuelta al Piques Arenas Blancas hasta 1995, completando una vida útil de 103 años.

Pero durante el proceso de aquella extraordinaria hazaña, Iranio presentía que, como una vela, don Bill como Freddy se apagaría pronto, y el mismo gringo lo adivinaba también, por eso cuando recibía a Iranio en su oficina le decía que las minas no podían cerrar, pero luego, se dejaba caer rendido sobre su silla y le quedaba mirando fijamente.

Iranio admiraba a don Bill como a pocos hombres que había conocido en su vida, si no, al que a más.

En la mirada de don Bill Iranio veía el sueño de Friedrich, de Federico, de Reid, de Marion, de Freddy, de Brunt, de Cahill, de Bob y de tantos otros guerreros anónimos como don Peter que entregaron sus vidas a este sueño intrépido. Todos acumularon el gran cansancio de una marcha tan dura como pudo ser la marcha de Iranio en el desierto, adquirido durante años y años de lucha,

de aciertos y errores, de pasión y hasta locuras. Y no exageraba en su reflexión Iranio porque don Bill le había confiado en la única oportunidad que el gringo le otorgó de conversar y compartir con él, íntima y francamente, con un whisky en la mano y su pipa en la otra, en el bar inglés del club social Maule de la Compañía, era que había nacido en Ansley, Inglaterra, y que había trabajado desde niño en las minas de carbón de su pueblo y luego estudió y se graduó con honores en la universidad que pagaba con los ingresos de su trabajo. Sin duda que el proyecto de la mina Arenas Blancas era su vida y su creación misma.

Aquella experiencia lo marcó en cuanto a disciplina, austeridad, trabajo y compromiso y fundieron en él su vocación de servicio y solidaridad. Servicio hacia su primera y segunda patria y solidaridad con los más necesitados de ella, con los más débiles. Por eso siempre insistía a

Iranio su convencimiento de que las minas de carbón no podían cerrar y él haría todo lo que estuviese a su alcance por ello.

Sólo dos ocasiones le bastó a Iranio para preguntarle a don Bill si quedarse o no perseverando en las minas y no emigrar como muchos ingenieros lo hicieron ante la incertidumbre de esos años difíciles.

Don Bill nunca desistió, sino muy por el contrario, alentó a cada uno de sus hombres a continuar porque siempre dijo que las minas tenían para 50 o 70 años más y así fue.

— ¿A dónde marchará toda esta gente si no revivimos estas minas? ¡Qué será de ellos! —decía.

A pesar de ser británico había adoptado a Chile como su propia patria, como lo hacen los hombres dichosos.

—Hay muchos países donde nacer, cada cual tiene perfecto derecho a sentirse orgulloso de

su tierra.

¡Pero por dios que vale la pena haber nacido en ésta!, en este Chile nuestro—le había dicho a Iranio, y al referirse a las guerras mundiales que le tocó sobre llevar siendo joven y administrador de la Compañía, se lamentaba diciendo que lo malo es que la fuerza pudo más que la razón; ¡Fracaso total de la diplomacia, fracaso total! —decía.

— ¿Tú crees Iranio que alguien ganó con esas guerras? ¡La guerra la perdimos todos! — ¡Cuántas muertes serán necesarias para darnos cuenta de que ya han sido demasiadas! —señaló.

Sin embargo, sin darse cuenta Iranio, o quizá sí, nunca lo sabremos, a él también se le estaba acabando el tiempo y como un último gesto hacia su amigo Michi que siempre había estado allí junto a él, lo promovió como su ayudante. Así, con este insignificante pero valorado gesto abonaba a

la deuda pendiente que tenía con su amigo, el cual había sido un especial y atesorado hallazgo con quien pudo establecer un lazo humano cuyo viaje colmado de aventuras había forjado una historia extraordinaria. Pero también aquel joven mapuche no tan solo le había sugerido un viaje fantástico, sino un viaje interior que le había hecho cuestionarse aquella pregunta a la cual todos debemos responder: ¿De qué se trata la vida?

Pero no hay mejor maestro que la experiencia más amarga de uno mismo.

A medida que las faenas de los frentes se alejaban de la costa, caídas de rocas, derrumbes y accidentes sucedían a diario en los laboreos de la mina nueva. Tiempo después otro jefe al cual Iranio le tenía especial afecto fue aplastado y muerto por un derrumbe traicionero. Aquel día de ese fatal accidente que tiñó de sangre las vísperas de las fiestas patrias venideras, ensalzaron al

hombre y el nombre de Iranio quien, arriesgando su propia vida, corrió primero y avanzó luego a punta y codo en sentido inverso a quienes evacuaban el frente en desarrollo, para advertir a quienes, por torpeza, inexperiencia o simplemente sordos por el sonido de sus barrenos que perforaban la roca, no escucharon ni advirtieron las órdenes y gritos de pánico exigiendo la evacuación inmediata. Esa reacción, entre heroica, instintiva y también definida irresponsable por los mediocres, permitió salvar la vida de más de cien de los suyos, sus trabajadores y discípulos, por quien Iranio íntimamente se sentía responsable.

Por lo mismo, fue el primero en reingresar a la mina después del derrumbe. Tanto porque se sentía responsable por las víctimas rezagadas, como también para demostrarle al resto que el peligro había cesado, y debían reiniciarse las labores de rescate y la continuidad operacional de

la faena. Se hizo acompañar por dos de sus experimentados mayordomos, confiables y leales como el mismo, para alcanzar la zona cero. Ahí entre escombros, yacía y se asomaba un brazo izquierdo, quizás como último intento de aferrarse a la vida, o bien como súplica para ser sus restos recuperados y entregados dignamente a sus familiares para su entierro.

Iranio se inclinó para retirarle el reloj aun marcando la hora del deceso, para posteriormente entregarlo a la madre o a la viuda en señal de duelo. Como a tal soldado desconocido caído en batalla en cumplimiento del deber, y a cuya madre se le entrega la bandera en señal de agradecimiento y congoja por la vida ofrecida.

—A menudo, el sepulcro encierra dos corazones en un mismo ataúd—pensó Iranio ante la sollozante viuda.

Al año siguiente Iranio fue invitado por

segunda y última vez por don Bill, a compartir unos whiskies al atardecer de un fin de semana en el mismo bar de estilo inglés del Club Social Maule que quedaba en las faldas de un cerro, y en cuya cima se situaba la casa de don Bill y la de Iranio, ambas de ladrillos refractarios y construidas en 1910.

El gringo estaba sentado en un sofá y en compañía de Iranio cuando de pronto llegó un joven escritor quien se acercó a saludarlos muy protocolarmente.

Aquel joven recién llegado era hijo de un ex minero de las minas de Schwager, era ingeniero, pero también escritor, le apasionaba la historia y venía a entrevistar a don Bill para rescatar detalles de la epopeya del carbón de las minas de Schwager, las experiencias vividas en la zona y las vivencias personales referidas a la construcción del Pique Arenas Blancas cuya hazaña había cruzado el

Atlántico y recientemente había sido publicada en una reconocida revista de minería británica. Y si recordaba antecedentes de algunos de los tantos hombres que llegaron a echar raíces al mineral, y así en el libro perpetuar la hazaña de la industria carbonífera de Coronel.

— ¿Mr. William Ward, I supuse? —dijo el escritor —parodiando el hallazgo de Livingston en África.

El anciano don Bill poniéndose de pie y riéndose por la famosa frase, miró a Iranio y le sonrió al joven diciéndole: —En español, por favor señor, después de tantos años, al fin y al cabo, me siento más chileno que Usted —y le tendió la mano. Se saludaron cordialmente.

—Me lo imaginaba a usted más viejo —comentó el escritor— se conserva usted muy bien.

—No lo crea. Los años pasan... Ya no

estamos tan jóvenes —dijo don Bill.

Después de una larga y amena conversación entre los tres hombres respecto a la construcción de los siete chiflones que existieron en la línea de las mareas, de la mina de Puchoco y del nuevo Pique Arenas Blancas, los problemas técnicos, las recientes huelgas y revueltas de la gente y los sueños que tuvieron los pioneros y de algunos antecedentes de su propia vida, los hombres procedieron a despedirse.

Don Bill apretó la mano del escritor, y por un instante Iranio, al contemplar a su jefe, recordó la misma escena vivida durante su despedida de Van de Maele en la escuelita de artesanos de Ovalle.

Don Bill encendiendo su pipa salió lentamente del club. Iranio había ido en busca del abrigo de don Bill y ya lo esperaba para cubrirle la espalda en el hall. El anciano caminó asistido por

Iranio y apoyado en un bastón por la costanera del barrio rumbo a su casa que quedaba en las alturas del cerro, cuando de pronto se sintió atraído por la magna estatua de Federico Schwager de casi cinco metros de altura, cuya figura flanqueada por el edificio de la administración de la Compañía, homologaba los frontones del olimpo, y Federico se mostraba magnánimo, altivo e inmortal.

— ¡Este sí que fue un gran creador! —dijo el gringo reflexivamente.

—Iranio no dijo nada, sólo escuchó su voz que irradiaba el reflejo de su alma.

— ¿Por qué será que necesitamos creer en la inmortalidad del alma? ¿Será solo nuestra tenacidad hacia la vida, nuestro deseo de seguir viviendo? ¿Nuestro pavor de llegar a un final? — Se preguntó para sí don Bill, pero luego miró a Iranio y le dijo sonriente:

Parece que dios ha estado utilizando

nuestras vidas para un fin que no comprendemos, pero tal vez algún día, cuando este escritor escriba su libro, lo comprenderemos, y entonces, y sólo entonces, el que lo lea, le ayudará a cuestionarse y a encontrar el verdadero propósito de su vida, y así todos estaremos satisfechos de nosotros mismos ¿No crees Iranio? ...en fin—suspiró.

Y así diciendo, los dos hombres reiniciaron la marcha, bajo la atenta mirada del gran Federico, atrayendo don Bill con su apostura de metro ochenta la atención de los caminantes, muchos de los cuales ni siquiera sabían quién era aquel imponente anciano que con orgullo ascendían por la verde ladera hacia su anglófilo hogar.

Poco tiempo después, un 29 de agosto, el supremo le brindó a don Bill la muerte más hermosa que puede desear un hombre, morir trabajando, porque le sobrevino mediante un ataque cardíaco en su oficina, y como hombre

creador no soltó jamás su lápiz sostenido en una de sus manos. Hoy, una calle en el barrio de San Pedro de la Paz en la ciudad de Concepción lleva su nombre.

Así dejó tras de sí don Bill; un vestigio luminoso, semejante a esas estrellas apagadas que se ven desde la tierra, después de muchos siglos.

A la muerte de don Bill la mina Schwager tuvo que enfrentar otro fatal desastre que costó la vida a veintiún trabajadores. Este ocurrió cuando al intentar Iranio cruzar con otra galería La Gran Falla para continuar con sus hombres explotando el distrito de El Tesoro desde la mina nueva, se estaba explotando un frente del manto tres con una excelente ventilación en toda la mina. Iranio había mantenido las exigencias a sus disparadores de medir gas grisú con sus lámparas de seguridad y, en caso de encontrar metano sobre 1,5 % no hacer ningún disparo antes de limpiar el aire en la zona

afectada. Estaba claro entonces que el disparador no efectuaría la tronadura habiendo un porcentaje de grisú inflamable, sin embargo, un grupo de trabajadores jóvenes estaban encargados de la tarea de traer al frente los carros cargados de madera para la fortificación de las galerías de la producción del día siguiente. Estos carros entraban al sector por una galería de entrada de aire, pero en un punto bastante alejado del frente tenían que pasar los carros a la otra galería de retorno de aire. El traspaso se hacía por una pequeña galería entre la entrada de aire y la revuelta que tenía tres puertas en su entrada y tres en la salida. Michi les había advertido e instruido perentoriamente a los muchachos que la operación de traspaso debía hacerse abriendo las primeras tres puertas, pasar los carros hacia adentro y cerrar las puertas antes de abrir las tres puertas de acceso a la revuelta. Para apurar el trabajo los jóvenes muchachos habían

abierto y mantenido abiertas las seis puertas al mismo tiempo causando un corte en el circuito de flujo de aire hacia el frente suficientemente largo para permitir la acumulación del metano en el frente, que al ser más liviano que el aire, buscó la zona de mayor altura ubicándose en el techo de la galería donde se haría el disparo.

En aquel preciso momento Iranio con Michi avanzaban hacia el lugar de la detonación ya que en aquel lugar correspondía hacer el trabajo de avanzar las galerías de entrada al frente, disparando al techo de roca sobre la veta de la galería.

De pronto, una llamada telefónica a Iranio desde superficie hizo que Michi se retrasara para acudir al llamado en su reemplazo. La cabina telefónica estaba blindada, el mismo Iranio había instruido construirla bajo un relieve de rocas en la

misma pared de la galería. Michi ingresó en la cabina e Iranio continuó su marcha hacia la faena. Se produjo el disparo y al sentir la explosión Iranio pasó a un estado de trance consiente. Aquella detonación no le sonaba como tronadura de carbón en una faena, sino que presagió que algo terriblemente desastroso estaba a punto de suceder si es que no había sucedido ya. Intuyó que era tarde para cualquier acción, pensamiento e incluso sensación, porque a cada tranco de galope de los corceles de la muerte sintió el pulso de su corazón que le advertía que era el último instante de su existencia. Sabía que el traicionero grisú no tenía piedad ni tampoco compasión. Y no se equivocó Iranio porque la bola de fuego salió hacia afuera por la galería buscando oxígeno y derrumbándolo todo, encontrando primero a los veinte mineros y luego a Iranio.

Se produjo silencio y a lo lejos Iranio vio

titilar aún la luz de su lamparilla minera que había salida disparada con su batería por la galería con la explosión, aquella luz había iluminado la oscuridad de su camino en la mina durante 44 años; y como exigua llama de una vela su luz se fue apagando; el pulso de su corazón se fue atenuando; el quejido agónico de sus hombres también se fue acallando. Pensó que esa luz era el resplandor de las puertas del cielo; o talvez el aura del mismísimo dios. Sus trabajadores sufrieron quemaduras graves, no solamente en sus cuerpos exteriores, sino también en sus pulmones al respirar las llamas. Por las quemaduras exteriores la mayoría pudo haber sobrevivido, pero las quemaduras interiores no perdonaron y todos fallecieron, excepto Michi que salvó ileso gracias a la llamada milagrosa del teléfono.

La explosión fue tan potente que destruyó toda la galería, y los rescatistas apenas pudieron

despejar el área para llegar al lugar de la explosión. El cuerpo de Iranio quedó de cintura hacia abajo sepultado. Michi se arrastró hasta él para abrazarlo y al verlo, supo que lo perdía para siempre. Lloraba Michi desesperadamente como si fuese el alma que se resistía a abandonar el pecho de Iranio. Un llanto lleno de pasión y de dolor, como lo hacen los hombres de verdad que les ha tocado llevar una vida llena de dolores e incesantes sufrimientos. Pero de pronto Michi desapareció, la galería retumbó; el derrumbe aún no había terminado, y la galería total y estruendosamente sucumbió. El cuerpo de Iranio y el de sus hombres desaparecieron, jamás pudieron ser recuperados, entonces, ya habiendo traspasado Iranio aquel umbral en donde creyó ver la luz del cielo, vio venir las sombras de una veintena de mineros que lo pusieron sobre una camilla, Iranio les sonrió agónico diciéndoles: ¡La gitana!

Y llevándose luego, se alejaron con él como penumbras, y al doblar en la primera curva que conducía a la revuelta, no se les vio más.

Epílogo

Información que se supo con los años, el salto de la falla geológica que conducía hacia los grandes yacimientos de carbón de El Tesoro era hacia arriba, hecho que de haberse sabido en aquel tiempo hubiese salvado el proyecto de los Piques Arenas Blancas, en cuanto a la optimización del diseño y orientación de galerías, y posiblemente evitado el fin, o al menos prolongado la vida de las minas que cerraron definitivamente en 1995, como consecuencia de una fatal explosión.

COLECCIÓN PATRIMONIO CULTURAL

UN LIBRO EDITADO E IMPRESO

POR EDICIONES ORLANDO

AÑO 2022